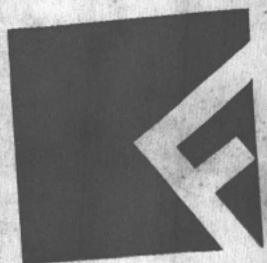


fichas
de investigación económica y social

Año 1

Número 3

setiembre 1964



Número especial dedicado a

LA CLASE OBRERA Mito y Realidad Del Proletariado

EDITOR RESPONSABLE

JUNTA DE EDITORES

DIRECTOR

ARTE

DISTRIBUCION

INTERIOR

DISTRIBUCION

KIOSCOS

Editorial Data (s.e.c.p.a.)

Daniel Horacio García, Manuel López Blanco,
Alfredo Parera Dennis, Gustavo Polit, Daniel
Speroni, Víctor Testa

Manuel López Blanco

Ernesto Rollé

A. Peña Lillo

Pedro Sirena

PUBLICADA BIMESTRALMENTE POR EDITORIAL DATA S.E.C.P.A. SARMIENTO 1422, PISO 2, CAPITAL FEDERAL, ARGENTINA. MARCA REGISTRADA. REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL EN TRAMITE TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. - DIRECCION POSTAL: J. S. CASILLA DE CORREO 37 - SUCURSAL 34 B. - PRECIO: ARGENTINA, \$ 100; EXTERIOR, U\$S 1. SUSCRIPCION: 1 AÑO (6 NUMEROS): ARGENTINA, \$ 600; EXTERIOR, U\$S. 5.

ARTICULOS

- | | | | |
|-----------------------|----|-------|---|
| | 3 | 1. | DEFINICIONES Y PUNTOS DE PARTIDA |
| | | 2. | LA CLASE OBRERA "EN SI" DENTRO DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA |
| Ely Chinoy | 4 | 2.1 | El Obrero Norteamericano: Alienación en la Prosperidad |
| | | 3. | LA CLASE OBRERA "PARA SI" COMO AGENTE DE CAMBIO HISTORICO DENTRO DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA |
| | | 3.1 | EL ESQUEMA REFERENCIAL |
| Henri Lefebvre | 7 | 3.1.1 | El Proletariado, Mito y Realidad |
| Isaac Deutscher | 15 | 3.1.2 | La Revolución Permanente en 1905 |
| Isaac Deutscher | 20 | 3.1.3 | La Revolución Permanente Sesenta Años Después |
| | | 3.2 | EL MODELO CLASICO DE REVOLUCION PROLETARIA TRIUNFANTE. LA CLASE OBRERA "PARA SI" DENTRO DE LA SOCIEDAD POST-CAPITALISTA |
| Lenin | 26 | 3.2.1 | Revolución Proletaria y Desalienación |
| León Trotsky | 27 | 3.2.2 | La Revolución Proletaria y el Estado |
| Henri Lefebvre | 28 | 3.2.3 | El Marxismo y el Estado |
| León Trotsky | 29 | 3.2.4 | Revolución Proletaria y Nacionalismo |
| León Trotsky | 30 | 3.2.5 | Revolución Proletaria y Vida Nueva |
| | | 3.3 | EL MODELO CLASICO DE REVOLUCION PROLETARIA NO-TRIUNFANTE |
| León Trotsky | 32 | 3.3.1 | La Experiencia de la Lucha de Clases en España |
| | | 4. | LA CLASE OBRERA "EN SI" DENTRO DE LA SOCIEDAD POST-CAPITALISTA |
| Isaac Deutscher | 40 | 4.1 | Industrialización, Colectivización y Burocracia. Las Bases Sociales del Stalinismo |
| León Trotsky | 47 | 4.2 | ¿Qué es la URSS? |
| | | 5. | LA CLASE OBRERA ARGENTINA |
| Alfredo Parera Dennis | 53 | 5.1 | Una Década Decisiva en la Formación de la Moderna Clase Obrera Argentina: 1935-1945 |
| | | i. | El Gobierno Directo de los Estancieros y el Imperialismo Inglés: 1935 - mayo 1943 |
| | 61 | ii. | El Gobierno Bonapartista de los Estancieros y el Imperialismo Inglés: junio 1943 - 1946 |
| Gustavo Polit | 70 | 5.2 | El Legado del Bonapartismo: Conservadorismo y Quietismo en la Clase Obrera Argentina |

¿QUE SIGNIFICA BARRY GOLDWATER?

las elecciones en los E.E. U.U.

Leo Huberman
Paul M. Sweezy

LOS MECANISMOS IMPERIALISTAS

Andrés G. Frenk

las comunas chinas



octubre 1964

AÑO 2

14

REVISTA MENSUAL DE INVESTIGACION POLITICA INTERNACIONAL

EDITORIAL PERSPECTIVAS

1. Definiciones y Puntos de Partida

1

“Cuando en la antigüedad el Estado alcanzó su poderío, al acercarse al punto culminante de su civilización, sus ciudadanos se dividían en dos clases: los poseedores y los desposeídos. Los poseedores pagaban al Estado impuestos directos; los que no poseían nada le entregaban sus hijos, a quienes se empleaba en defender a los ricos y se enviaba a regar con su sangre los inacabables campos de batalla, para aumentar más todavía el poderío y la riqueza de la clase poseedora. La prole significaba, en la lengua latina, los hijos, la descendencia; los proletarios eran, pues, una clase de ciudadanos que no tenían más patrimonio que sus brazos y sus hijos.

Hoy, en que la sociedad moderna se acerca al punto culminante de la civilización, con la invención de las máquinas y la creación de las grandes fábricas; hoy, en que la propiedad tiende a concentrarse cada vez más en manos de unas cuantas personas, se ha demostrado también en nuestros países, cada vez más nutrido, el proletariado. Un puñado de privilegiados posee en propiedad todos los bienes, mientras que a la gran masa del pueblo no le quedan más que sus brazos y sus hijos. Sigue siendo el mismo el odio de los pobres oprimidos contra los ricos opresores. Pero el proletariado de nuestra sociedad ocupa una posición muy distinta y muy superior a la del proletariado romano.”

ENGELS, *Catecismo Comunista*.

2

“El proletario... que tiene la misión de satisfacer sus necesidades, al igual que cualquier otro hombre, y que ni siquiera puede dar satisfacción a las necesidades que le son comunes con los demás hombres...; este proletariado recibe ya con ello la misión real de revolucionar sus condiciones de vida. Puede, ciertamente, representarse esto como su «misión» y puede también, si quiere hacer propaganda, expresar esta «misión» suya diciendo que es misión humana del proletariado hacer esto o lo otro... Pero San Sancho no se preocupa en lo más mínimo de la realidad que sirve de base a esta representación, de los fines prácticos de este proletario, sino que se aferra a la palabra «misión», y la erige en lo Sagrado y al proletario en un siervo de lo Sagrado.”

MARX, *La Ideología Alemana*.

3

“La minoría suplanta la observación crítica por la intuición dogmática, la intuición materialista por la idealista. Para ella, la rueda motora de la revolución no son las circunstancias reales, sino la simple voluntad. Mientras que nosotros decimos a los obreros: tenéis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas de pueblos, y no sólo para cambiar las circunstancias, sino para cambiarlos a vosotros mismos, capacitándoos para el Poder, vosotros le decís todo lo contrario: «Es necesario que conquistemos inmediatamente el Poder, o si no, podemos echarnos a dormir.» Y mientras que nosotros hacemos ver especialmente a los obreros alemanes que el proletariado alemán no está todavía suficientemente desarrollado, vosotros aduláis descaradamente el sentimiento nacional y los prejuicios de clase de los artesanos alemanes, lo que no dudo que os valdrá más popularidad. Hacéis con la palabra proletariado lo que los demócratas con la palabra pueblo: la convertís en objeto de adoración.”

MARX, *Actas del comité central londinense de la Liga Comunista*.

4

“Sería evidentemente muy cómodo construir la historia universal si la lucha sólo se emprendiera con probabilidades infaliblemente favorables. Por otra parte, la historia sería sumamente mística si los «azares» no desempeñaran ningún papel. Porque esas contingencias entran naturalmente en la marcha general de la evolución y se hallan compensadas por otros azares. Pero la aceleración o el retraso (del movimiento) dependen grandemente de semejantes «azares» —entre los cuales figura también el «azar» del carácter de las personas que se encuentran en primer término a la cabeza del movimiento.”

MARX, *Carta a Kugelmann*, abril 17, 1871.

5

“Al proletariado ruso le ha cabido el gran honor de encabezar la serie de revoluciones provocadas de un modo objetivamente inexorable por la guerra imperialista. Nada más lejos de nosotros, sin embargo, que la idea de atribuir al proletariado ruso ninguna misión revolucionaria providencial entre los obreros de los demás países. Sabemos perfectamente que el proletariado de Rusia está menos organizado, menos preparado, que tiene menos conciencia de clase que los obreros de las demás naciones. Han sido las condiciones históricas peculiares de nuestro país y no las dotes singulares de nuestro proletariado, las que han hecho de éste, durante una cierta etapa, que será seguramente muy breve, el campeón del proletariado revolucionario del mundo entero... Por sí solo el proletariado ruso no puede acabar triunfalmente la obra de la revolución socialista. Pero puede imprimir a la revolución rusa un empuje tal, que con ello cree las condiciones más favorables para esta revolución, iniciándola en cierto sentido y facilitando a su aliado más importante y más seguro, al proletariado socialista europeo y americano, las condiciones para lanzarse a la lucha decisiva.”

LENIN, *Carta de despedida a los obreros suizos*.

6

“Siempre hemos dicho y repetido a los trabajadores que... la condición básica de nuestra victoria reside en la difusión de la revolución por lo menos a varios de los países más avanzados... La victoria completa de la revolución socialista es impensable en un solo país, porque requiere la más activa cooperación por lo menos de varios países adelantados, entre los cuales no puede ser clasificada Rusia.”

LENIN, *Sochineniya*, XXVIII, págs. 132, edición 1950.

“Nosotros apostamos a la revolución mundial y estamos perfectamente justificados al hacerlo. Siempre hemos recalado que nuestro punto de vista es internacionalista y que es imposible llevar a cabo la revolución socialista en un país.”

LENIN, *Sochineniya*, XXV, página 474, edición 1928.

2. La Clase Obrera “En Sí” Dentro de la Sociedad Capitalista

2.1. El Obrero Norteamericano: Alienación en la Prosperidad

Ely Chinoy

ESTE LIBRO narra una investigación acerca de lo que la oportunidad para progresar parece significar para un grupo de obreros del automóvil. Es un intento de explorar cómo vivencian estos hombres sus versiones del sueño americano en un mundo donde hay una palpable disparidad entre su experiencia y el mito prevaleciente.

Los obreros del automóvil fueron elegidos para este estudio en virtud de que en gran medida ellas enfrentan en sus vidas de trabajo los problemas relativos a las oportunidades de progreso para los obreros industriales. Predominantemente semicalificados, trabajan en una industria glamorosa, relativamente nueva, cuyo crecimiento ha dramatizado la tradición norteamericana de la oportunidad, pero cuyo carácter presente hace extraordinariamente difícil para ellos realizar el sueño norteamericano.

La investigación para este estudio fue realizada en una ciudad en el centro oeste que llamaremos Autotown. Cubrió un período de 14 meses, desde agosto de 1946 hasta julio de 1947, más los meses de verano de 1948 y un breve período en 1951. Se obtuvo información detallada en 78 entrevistas de larga duración con 62 obreros del automóvil empleados en una planta perteneciente a una de las tres grandes empresas automovilísticas. Se eligió una muestra pequeña a fin de que la investigación pudiera sondear profundamente en las aspiraciones de los hombres. Se deseaba riqueza cualitativa más bien que cobertura estadística. La investigación fue limitada a los hombres que vivían o cerca de una comunidad y trabajaban en una fábrica para que fuera posible apreciar con algún detalle cómo

Ely Chinoy, *Automobile Workers and the American Dream* (Doubleday and Co., New York 1955).

las esperanzas y ambiciones de los hombres son influenciadas por instituciones específicas. Los datos obtenidos de estas entrevistas fueron suplementados mediante algunas semanas de trabajo en la fábrica, por comunicaciones de informantes, y por innumerables horas de conversaciones casuales y participación social informal con obreros de la planta.

La aceptación del investigador por los obreros de la fábrica fue el mayor requerimiento de la investigación. Yo fui a trabajar en la planta como un obrero manual y me afillé al sindicato.

El interés en la posibilidad de abandonar la fábrica es alto entre los obreros entrevistados, y los proyectos de lo que se hará al salir de la fábrica son frecuentemente discutidos en las conversaciones diarias en la planta. Hemos observado ya que de los 62 trabajadores entrevistados, 48 respondieron afirmativamente a la pregunta: "¿Ha pensado alguna vez en dejar la fábrica?" Una docena de obreros señalaron espontáneamente que "todo el mundo" o "la mayoría de los compañeros" o una proporción sustancial tal como 80 ó 90 % desearían dejar la fábrica. Aun entre los 14 entrevistados que no habían pensado dejarla, uno escuchaba ocasionalmente la frase: "Ahora no, pero algún día, si puedo, me gustaría".

El difundido interés en dejar la fábrica brota principalmente de la insatisfacción con el trabajo en la planta más bien que de un fuerte apego a los proyectos futuros. Estos hombres ven en los negocios o en las chacras un escape de las insatisfacciones del trabajo en la fábrica, no una oportunidad para llegar a rico. Los atributos generalizados de la vida en una gran fábrica de producción en masa estimulan constantemente el deseo de dejar la fábrica en trabajadores de todas las categorías. Los obreros con puestos menos deseables, los de la línea de montaje por ejemplo, son es cierto, algo más propensos a desear irse que otros, y como hemos anotado, la tasa de rotación es más alta entre los obreros de la línea de montaje. Sólo 4 de 29 obreros de la producción no habían pensado irse, comparado con 5 sobre 8 fuera de la producción y 5 sobre 15 calificados. Pero como estos datos indican, una sustancial mayoría en cada clasificación ocupacional, incluyendo los trabajadores calificados que ganan los salarios más altos, y hacen los trabajos más respetados y recompensados, hablan de su deseo de "irse del taller".

Los obreros pueden sentir, como lo dijo alguno de los entrevistados, que "tienen el mejor trabajo del taller" mientras simultáneamente agregan: "No hay futuro en la fábrica" y "No hay interés en trabajar en la fábrica". Los obreros limitan sus demandas en la planta a pedir salarios adecuados, alguna medida de seguridad, y la disminución del esfuerzo físico y psicológico y de la falta de confort. Pero aun cuando estas demandas son obtenidas frecuentemente por los trabajadores, ellos no ven futuro en la fábrica y expresan

sentimientos acerca de su trabajo que pueden ser resumidos del modo más apropiado con el concepto de alienación.

Aun si obtienen algún grado de seguridad, presente y futura, los trabajadores no calificados en una gran planta altamente mecanizada, pueden obtener escasa experiencia significativa de ellos mismos como seres humanos productivos. Están alienados, podemos decir, respecto a ellos mismos y a su trabajo. El trabajo en estas plantas ha llegado a ser, en las palabras de Marx: "no la satisfacción de una necesidad sino tan solo el medio para satisfacer las necesidades". Las herramientas y máquinas que los obreros manejan o usan, los signos visible de la identidad del artesano, pertenecen a otros. Los obreros no tienen derecho a los bienes que producen: en este aspecto están alienados respecto de los frutos de su trabajo. Aunque los obreros del automóvil, a diferencia de muchos otros obreros industriales, puedan reconocer el producto terminado al que ellos han contribuido, su contribución es tan pequeña, consecuencia de la extensiva división del trabajo, y tan insignificante a causa de la sustitución de la mano de obra por máquinas, que el vínculo psicológico entre el obrero y el producto es tan tenue que casi carece de sentido.

Ir a trabajar en una gran planta mecanizada significa someter el control sobre las propias acciones durante las horas por las cuales se paga a los obreros; que se les pueda pagar por hora es en sí misma evidencia de dominación externa y separación respecto al producto. En la mayoría de las tareas, las máquinas definen el tiempo y el ritmo del trabajo. En todas las tareas los obreros deben someterse a la autoridad de aquellos en quienes la organización deposita el control, sujetos sólo a la influencia indirecta del sindicato como control sobre el poder de la gerencia.

En menor grado este proceso de alienación afecta también a los trabajadores calificados. Ellos tampoco poseen la mayoría de las herramientas que usan; no tienen derecho sobre los bienes que deben producir; están sujetos a la autoridad de la gerencia y en una gran planta también están sujetos al anonimato y la impersonalidad de una compleja organización burocrática.

Estas características del trabajo en la industria de producción en masa que alienan al trabajador de su trabajo y de él mismo conducen a privaciones que no son fácilmente verbalizadas. Sin embargo, ellas se evidencian en varias formas: en el amargo comentario: "La única razón por la que un hombre debe trabajar es para ganarse la vida" en el estallido ocasional del resentimiento: "A veces uno se siente como enlatando cosas en la máquina y diciéndoles adiós" en la clínica observación "Las cosas que más me gustan de mi trabajo son la hora de salida, los días de pago, los feriados y las vacaciones" en la queja "No hay interés en trabajar en el taller"; y en la resignada respuesta acerca de su trabajo, "Un trabajo es un trabajo".

Estas sugerencias de situaciones de profunda frustración o carencia requieren una investigación más profunda que la que ha sido posible en este estudio. Sin embargo, parece probable que la alienación de estos trabajadores hace mucho por explicar su difundido interés en los pequeños negocios y, en menor medida, en el campo, y su receptividad a los valores de la tradición de la pequeña empresa. Paradójicamente, el mismo proceso de alienación que Marx pensó que podía transformar a los obreros industriales en proletarios con conciencia de clase, ha estimulado en cambio su interés en los pequeños negocios y en las chacras en pequeña escala, instituciones de la sociedad capitalista que estaban destinadas a la extinción según Marx. En verdad, Lipset y Bendix, han sugerido recientemente, de todos los grupos sociales en Norteamérica, son los obreros industriales los que responden más vigorosamente a la tradición de la pequeña empresa. El apoyo empírico para esta hipótesis proviene de un sondeo de *Fortune*, en 1940, de que "el deseo de tener un negocio es más alto en los grupos de bajos ingresos, donde probablemente son mejores las perspectivas inmediatas para su realización".

En los pequeños negocios y el campo, los obreros ven la oportunidad de obtener lo que raramente consiguen en la fábrica, un rico y pleno sentido de sí. La variedad de tareas y el control individual sobre el ritmo con el cual uno trabaja en un negocio o en una chacra, contrasta favorablemente a los ojos de los obreros con la rutina del trabajo en la fábrica. El tradicional deseo de "independencia" y el deseo de ser "mi propio patrón" obtiene un eco resonante entre los obreros sujetos a la autoridad de la organización y al mecánico dominio de la máquina. Un operario que ha estado 4 años en la planta testifica:

Lo principal es ser independiente y darse sus propias órdenes y no tener que recibirlas de nadie. Esta es la razón por la que los compañeros del taller desean instalar su propio negocio. Entonces las ganancias son íntegras para uno mismo. Cuando uno está en el taller no hay nada en él para uno mismo. Cuando pone una tuerca o un tornillo en un motor, no hay nada en eso para uno. De modo que uno hace nada más que lo que uno tiene que hacer para no tener problemas. Uno preferiría hacerlo para uno mismo. Si uno quiere energías es entonces para su propio beneficio.

"Hay una satisfacción en trabajar para sí mismo", dice un obrero especializado, "sabiendo que está construyendo algo."

La brecha entre deseo y acción, evidente entre muchos trabajadores estaba enraizada en los problemas concretos enfrentados por los hombres cuyas aspira-

ciones están enfocadas en los pequeños negocios o en el campo. Debido a que tanto los negocios como el campo han llegado a estar altamente mecanizados y capitalizados, difícilmente es posible para los "que recién se inician en el mundo, prudentes, sin un centavo, trabajar por escasos salarios un tiempo, ahorrar un excedente con el cual comprarse herramientas o tierras, luego trabajar por su cuenta y después de un tiempo contratar como ayuda a alguien que recién se inicia". Oportunidades para que los obreros inicien negocios existen; según un estudio recientemente efectuado en California, más del 20 % de los trabajadores manuales entrevistados habían tenido alguna vez un negocio propio. Siete de los entrevistados en Autotown habían tenido una vez su propio negocio (otros siete habían poseído o arrendado tierras), y el semanario local de los trabajadores comentaba frecuentemente de obreros que habían llegado a los negocios por sí mismos. Pero las oportunidades en los negocios para hombres con poco capital están principalmente en el campo de la distribución y los servicios donde la tasa de mortalidad empresarial es alta. Para el empresario individual, el trabajador del automóvil, por ej., que sólo dispone de sus ahorros personales, o los de su familia, invertir en maquinaria, instalaciones o la compra de una pequeña chacra, implica riesgos desproporcionadamente altos.

Parece claro a partir de nuestro análisis precedente, que las conversaciones sobre dejar la fábrica y el interés en proyectos futuros, en muy pocos casos son llevados a la práctica. Indudablemente, su mayor significación reside en las funciones psicológicas y sociales que desempeñan para los obreros de las grandes plantas mecanizadas. Indudablemente, hablar de dejar la fábrica es en gran parte sólo una forma normal de las obsesiones que uno puede esperar, no sólo de los trabajadores no especializados, sino también de empresarios y profesionales, de empleados, vendedores y obreros especializados. Como tal, su función principal consiste en actuar como válvula de escape para las tensiones generadas por el trabajo diario. Su prevalencia y persistencia en los obreros del automóvil testifica las constantes irritaciones que ellos encuentran en su trabajo. Algunas veces las tensiones explotan en forma totalmente abrupta. Pero como la edad y las crecientes responsabilidades familiares incrementan la presión para conservar el trabajo, el impulso tiende más bien a ser refrenado. Los sentimientos exaltados se liberan en la conversación.

FIN

3. La Clase Obrera "Para Sí" Como Agente de Cambio Histórico Dentro de la Sociedad Capitalista

3.1 El Esquema Referencial

3.1.1. El Proletariado, Mito y Realidad

Henri Lefebvre

El proletariado no es revolucionario por esencia ontológica, por estructura absoluta. Es revolucionario en determinada coyuntura, pero sólo él puede ser revolucionario hasta el fin (en una coyuntura favorable). Despojada de la ontología filosófica y de la mitología que se le ha unido, la clase obrera representa y presenta el proceso humano total: necesidad, trabajo, goce. La alienación del hombre proletario lo deja hombre concreto y práctico. En este sentido el proletariado detenta un privilegio, como lo vio Marx. Pero no es el privilegio ontológico que postulan los dogmáticos.

DE la misma manera que la naturaleza, la historia despilfarra de manera insensata. Como la naturaleza, ella mezcla los monstruos y lo normal que se obtiene por selección de los monstruos, y algunos de los que tuvieron éxito fueron monstruos en un principio (¿será este el caso del hombre?)

El tiempo de los hombres no coincide con el tiempo de su historia, y querer igualarlos forma parte de la utopía. La historia no es ni dios ni el diablo, ni su sucedáneo. Ella es, y nosotros la domamos lentamente. ¿Escapará el tiempo más que el espacio al conocimiento y a la dominación? Parecería. Un síntoma: el tiempo pertenece todavía a la religión; el progreso y las revoluciones no han logrado todavía laicizarlo, mientras que la ciencia y la acción han profanado desde hace mucho tiempo el espacio. Los hombres hacen su tiempo —su destino— pero no saben ni cómo lo hacen ni lo que hacen. Y la historia funciona todavía como fuerza extraña, alienante todavía, a pesar de la conciencia creciente de la alienación histórica. Lo más hermoso, lo más grande, ella siempre lo ha matado por medio de una grosería a toda prueba: la guerra, la represión, la política, el crecimiento del *tado malo* de las cosas. Porque las "cosas" cambian y avanzan —o retroceden— por su lado malo, el que no merece sobrevivir. Los hombres igualmente.

Toda otra forma de plantear el problema de las relaciones entre la historia y lo vivido (individual), todo pensamiento que no pone en el centro el concepto de alienación, pasa por al lado de los problemas teóricos y prácticos. Belleza, grandeza y alegría no poseen ningún título particular a la existencia; no tienen ningún privilegio ontológico. La historia barre las ilusiones de la filosofía desde Platón (que ya lamentaba un pasado, soñaba y construía una

Henry Lefebvre, *Introduction à la Modernité* (Editions de Minuit, París 1962)

sabiduría crepuscular: la imagen de la vida nueva perdida y de la ciudad ideal según esta imagen. Cf. el *Critias*).

La vida nueva habría puesto fin a este tiempo que escapa a las voluntades y a las conciencias. Habría terminado con la inadecuación del hombre y de la historia. Habría matado la historia. Habría cambiado en vida vivida (en "realidad") lo posible: lo imposible-posible.

Que nosotros hayamos considerado la historia con Hegel como historia mundial o como historia del comunismo con Marx, poco importa aquí. La imagen de la vida nueva, a través de sus transformaciones, fue una forma de la idea comunista, la idea fecunda de la sociedad sin clases, fraternal, libre, justa, transparente en el reconocimiento de los deseos y el despliegue de los posibles para los individuos.

Un siglo después de Marx, su doctrina tomada en su totalidad, iluminada retrospectivamente por los acontecimientos que ella misma estimuló, nos aparece como un vasto proyecto o como un programa más bien que como un "sistema". Los intentos sucesivos y encadenados del pensamiento marxista aportaban la verdad filosófica sobre la religión (la crítica de la religión por la filosofía), después la verdad política sobre la filosofía, la verdad social sobre la política. Marx anunciaba y preparaba una revolución total, obra histórica del proletariado que ponía fin, mediante una crítica radical y una acción absoluta, a la alienación humana. Fin de la alienación política e ideológica, fin de la alienación económica y, bien entendido, fin de la alienación religiosa, tal debía ser el sentido del acto revolucionario que partía en dos la duración humana y terminaba la prehistoria. Desde la necesidad y sobre todo desde la necesidad de acumular, los hombres organizados en sociedad libre (socialista) debían pasar de un salto al goce de naturaleza estética o a la transparencia de naturaleza ética. Marx no vacilaba en anunciar la disolución de la familia como la del Estado y de las instituciones coactivas, afirmando que los anarquistas cometían solamente el error de ir demasiado a prisa. Como Fourier, Marx quería y proyectaba la vida nueva. ¿Cómo es que la veía? No está muy claro. Marx no se permitía profetizar. A buen seguro, contemplaba para el porvenir humano una especie de repetición magnífica y ampliada por la conquista del mundo, de la espontaneidad primitiva y natural (conquista y reconquista a la vez).

¿Pensará alguien que los revolucionarios de octubre de 1917 preveían los ciclos infernales en los cuales se embarcaban: las terribles exigencias de una industrialización a ritmo acelerado, batiendo los records de acumulación primitiva y capitalista? Sería una completa ausencia de espíritu histórico el atribuir tal pre-

visión a Lenin; incluso los más obtusos dogmáticos no han podido llegar a esto; prefieren dejar estas cuestiones en la sombra. Después de haber planteado el principio de la "especificidad" de los períodos históricos, de los acontecimientos y de las coyunturas, no prosiguieron el análisis de estas especificidades. Los hombres de 1917, incluido Lenin, creyeron desencajenar la revolución mundial; el proletariado entero iba a seguirlos, el proletariado de los países más desarrollados. Una vez desprendido el eslabón más débil, la cadena saltaría, el tejido entero del imperialismo se desgarraría. Después, abatidos el zarismo, la burguesía y el capitalismo, se entraría en la alegría, la libertad, la fraternidad. Las fórmulas marxistas, científicas de derecho (destruir las trabas a las fuerzas productivas) nutrian de hecho un utopismo. Por el acto y el acontecimiento decisivos, los hombres saltarían de golpe desde la necesidad bruta y la opresión a la libertad; de un día para el otro, la fraternidad universal y la justicia reemplazarían a la lucha de clases, la lucha de todos contra todos y la opresión. La vida (la praxis) sería transfigurada. Y he aquí la parte de ideología, de ilusión o de mito. "Soviets más electrificación —socialismo". Cuando la luz eléctrica brillara sobre los villorrios rusos, democráticamente administrados, el sol de la vida nueva ascendería gloriosamente en el horizonte. Por desgracia, después del programa de Lenin, hubo el comunismo de guerra y la N.E.P. y los planes quinquenales. Después de Lenin, hubo Stalin, efecto y causa implacable de una historia implacable. En verdad, la misma vitalidad prodigiosa que permitió al pueblo ruso hacer la revolución en 1917, le permitió absorber la decepción, hacerse cargo —no sin dificultad— de los horrores de la industrialización y cambiar el marxismo en ideología justificante y estimulante (¡pero en ideología!...).

Revolución y desalienación

Hoy en día estamos menos convencidos que Marx de un fin absoluto de la alienación. Esta no ha desaparecido. Por el contrario. Si en algunos sectores se atenuó, en otros se agravó. La dialéctica "alienación-desalienación" se muestra mucho más compleja y accidentada (como el devenir mismo que ella jalona) de lo que Hegel y Marx la concibieron. Las desalienaciones o tentativas de superación han producido nuevas desalienaciones. La facticidad, la abstracción y el esfuerzo vano para reencontrar la espontaneidad y lo natural destruidos se refuerzan. Debemos de renunciar a la idea de un fin de la alienación a partir de un acto absoluto, filosófico (Hegel) o socio-político (Marx).

En particular, este último no podía saber que el "mundo humano" de la técnica, de la acumulación y de la industria tendría tenaces lados inhumanos y que llegaría a ser él mismo una potencia objetiva, es decir alienada y cosificada, dotada de una especie de autonomía. La revelación esotérica no sale de la revelación exotérica. Entre las dos, se amplía la distancia, inmensa, dejando lugar a la invención y a la creación, a la libertad pues, pero también a la duda y a la incertidumbre¹. Por otra parte, la naturaleza que nace en la historia humana —la realidad social de la naturaleza— no se identifica con la naturaleza dada. Por el contrario: se abre y descubre el cosmos ilimitado.

¿Qué es el socialismo?

Corrientemente y correctamente, se define por la expropiación de la burguesía como clase poseedora y por su eliminación como clase dominante y dirigente. Resultante de un acto político y social, salto histórico, el socialismo saca a la burguesía la propiedad y la gestión de los grandes medios de producción.

Infeliz o felizmente, esta definición permanece negativa. Siendo necesaria, no basta. No contiene sino una parte de la respuesta a la pregunta formulada. Una vez aceptada, plantea a su vez múltiples problemas.

El programa marxista inicial, el que contenía el auténtico pensamiento de Marx, respondía o parecía responder claramente. El acto revolucionario total, inaugurando una praxis ella también total y totalmente conciente, pondría fin a la prehistoria del hombre y a todas las alienaciones (en el orden de su sucesión y de su esclarecimiento recíproco: religiosas, ideológicas y filosóficas, políticas, económicas). De un salto, la revolución nos haría pasar de la necesidad ciega hacia la libertad, de la escasez a la abundancia. El proletariado desaparecería al mismo tiempo que la burguesía, negándose a sí mismo al negar a la clase antagonista: desalienado, restituido a la espontaneidad y a la autenticidad de la naturaleza recontrada y donada al mismo tiempo: apropiada.

Este proyecto inicial no tenía nada de mesiánico o de escatológico como se dice a menudo. Preveía un acto decisivo; anunciaba una praxis revolucionaria total. En calidad de esta última, comportaba una utopía activa, a la vez idea de la acción y acción eficaz. Por otra parte dejaba lugar a dos interpretaciones. Los textos muestran que Marx consideraba de dos maneras el posible humano: éticamente (transparencia de las relaciones sociales, reconocimiento recíproco de individuos y grupos admi-

tiendo relaciones racionales y conocidas como tales) —*estéticamente* (goce intensificado y sin límites de los bienes y de los deseos, goce del mundo prefigurado por el arte y conteniendo la fusión del arte con una vida cotidiana radicalmente transformada). Incontestablemente, el proyecto marxista inicial iba mucho más lejos que la satisfacción de las necesidades incluso multiplicadas, aseguradas en su satisfacción y tornadas socialmente coherentes. Iba más allá del goce de los productos, incluso ilimitado, es decir más lejos que la "sociedad de consumo". Por otra parte, dejaba abierta la cuestión de la superación de su doble perspectiva.

La interpretación teórica de los textos de Marx sobre el porvenir de la sociedad, bien que de un interés considerable², pasa a un segundo plano frente a la urgencia de los problemas políticos, los que determinan la táctica y la estrategia del movimiento revolucionario. Con el socialismo posible en Francia, ¿quién va a administrar los medios de producción sacados a la burguesía, y cómo? ¿Quién tomará las decisiones, con qué informaciones, y bajo qué control?

Los stalinistas y neo-stalinistas se obstinan en pensar que el partido político —el partido de la clase obrera, único en principio— detendrá las palancas de comando en todos los sectores, en todos los niveles de la realidad social. Todo pasa como si reflexionaran y actuaran en función de esta perspectiva: el partido omnisciente, omnipotente, omnipresente e identificado no sólo con lo ejecutivo y lo legislativo, sino también con la administración. Persisten pues en definir el pasaje al socialismo y a la transición histórica (el "salto") de manera absolutamente política: por la toma del poder del Estado y el refuerzo del Estado así remodelado. Los teóricos dicen y escriben que el salto revolucionario es el resultado de una aguda lucha de clases, que implica la destrucción de la máquina del Estado burgués y su reemplazo por un Estado proletario, así como la socialización de los grandes medios de producción. Esta definición seguiría efectivamente la línea de Marx y Lenin, si es que no le faltara una precisión indispensable: ¿este Estado proletario se constituiría, sí o no, de tal manera que el único camino que le quedara fuese su desaparición y que desde el vamos comenzara a extinguirse? ¿Sí, o no, se decidirán los stalinistas y neo-stalinistas a responder sobre este punto fundamental de la definición del socialismo? ¿Qué

² Renovado por el notable libro de K. Axelos (abril 1961).

³ Es inútil citar una vez más los numerosos textos de Marx y Lenin con respecto a la agonía del Estado. Recordemos sólo la indisoluble unidad en ellos entre la dictadura del proletariado, la democracia ensanchada y profundizada, la agonía y extinción del Estado.

piensan? ¿Que la teoría de la agonía del Estado está caduca y obsoleta (a pesar de las perspectivas de descentralización en la Unión Soviética) de manera que el Estado nuevo se reafirmará y con él la dictadura ejercida en nombre del proletariado por el partido? ¿O sino, que la agonía del Estado es incierta, postergada para una fecha indeterminada, o que dependerá de la coyuntura mundial? En todos los casos, estos "críticos" del revisionismo son revisionistas con relación a la doctrina de Marx, de Engels o de Lenin, para quienes el Estado proletario es un Estado agonizante, que comienza a perecer y no puede menos de perecer. ¿Frente a qué? Frente a la gestión social de los medios de producción socializados y no estatizados (como tampoco puestos en manos de expertos, de técnicos o de mandatarios delegados por la clase obrera y situados como el Estado por encima de la sociedad en una esfera dirigente).

La tesis que defienden los pretendidos revisionistas atacados e insultados por los "ortodoxos" (que por otra parte —y es aquí que el ironista permanece alegremente conmovido frente a la profunda ironía objetiva y subjetiva de la historia— se dicen no-dogmáticos), esta tesis es la siguiente: en los países industrialmente adelantados, la socialización de la sociedad, ya descripta por Marx, es tal que la socialización de los medios de producción es posible, es decir la gestión social a diferentes niveles: locales y territoriales (comunidades, distritos) por unidades de producción (industrias y ramas de industrias), y por fin al nivel de la sociedad global. De esta gestión social, solamente Yugoslavia ofrece un modelo, imperfecto pero real y perfectible. Por razones puramente políticas, los dogmáticos-revisionistas rehúsan reconocer el modelo yugoslavo en tanto que modelo socio-económico de construcción del socialismo en un país desarrollado.

Es exacto por otra parte que la noción de socialismo, desde que está vaciada de su contenido político (dictadura del proletariado, democracia profundizada, Estado proletario agonizante) se atenúa y extenúa. Se resuelve en vagos proyectos de planificación y de democracia económica. En tanto que la planificación es un elemento importante, la parte borra el todo. Lo mismo para las otras reformas, de las cuales el conjunto coherente —más la eliminación política, económica y social de la burguesía como clase dominante— constituye la revolución. De confusión en compromiso, se abre así la puerta al reformismo incapaz de imponer reformas, después al neo-capitalismo y al "capitalismo popular", a la "sociedad de consumo", o sea a la propaganda de los monopolios. Las confusiones se acentúan entre capitalismo de Estado, capitalismo monopolista de Estado, tecnocracia estatal, socialismo de Estado, socialismo.

Las polémicas entre las personas rotuladas "revisionistas" y los dogmáticos no han aportado mucha claridad. Han mezclado demasiado a menudo, sin trámite teórico, términos y niveles diferentes de la realidad: lo económico, lo político, lo ideológico, lo social y lo nacional. Se recuerda al uno o al otro según el momento. Estas interminables controversias han seguido las fluctuaciones de la política general, las de la táctica o las de la pura y simple propaganda tomadas como criterios.

Cuanto más la reflexión se aplica a los problemas planteados, tanto mejor mide su gravedad. ¿Qué se hará con estos medios de producción sacados a la burguesía y al Estado burgués? ¿Vendrá el momento para la clase obrera francesa de recoger los frutos de una larga paciencia, el momento de la cosecha, el del goce, de los ocios por fin libres, del acceso a la cultura renovada, a los placeres, a la vida cotidiana transformada? ¿O bien se seguirá con el proceso histórico de acumulación, comenzado en Francia hace cinco siglos? En caso afirmativo, ¿por qué, con qué fin? ¿Con qué ritmo? Si no, ¿para qué seguir un modelo de organización valdiero para los países que empiezan o continúan el proceso de acumulación?

El socialismo y lo aleatorio

Como quiera que sea, la situación histórica en la cual se insertan estas controversias y estas cuestiones tiene un sentido. La abundancia de puntos de interrogación revela este sentido. Nuestra época, la Modernidad, introduce lo aleatorio en el concepto mismo del socialismo. Contradictoriamente, una posibilidad siempre más cercana es acompañada por un singular oscurecimiento.

Nos acercamos, por aproximaciones sucesivas, a una hipótesis que ha tomado poco a poco contorno y contenido. Enunciamos ahora: bajo forma interrogativa. Luego, comentaremos y confrontaremos.

¿No sería lo aleatorio, que se introduce en todos los dominios y que penetra la conciencia bajo la forma de interrogante, lo que caracteriza esencialmente a la Modernidad?

Desde ya, precisemos el sentido de esta fórmula. Subjetivamente, el interrogante sobre el futuro no recibe una respuesta asegurada y es así que se manifiesta para y en la conciencia como incertidumbre. Objetivamente, lo aleatorio no se confunde con la indeterminación y la contingencia absoluta. Sólo una falta total de espíritu filosófico puede interpretar esta noción de manera indeterminista, o sea substituyendo un indeterminismo a los determinismos (de naturaleza mecanicista) que han quebrado. Lo aleatorio, no es lo indeterminado, la contingencia absoluta, el acontecimiento surgiendo sin relaciones con el pasado: lo absurdo, lo irracional. Entendemos por aleatorio la unidad dia-

¹ Sobre este punto crucial, la argumentación de K. Axelos ("Marx penseur de la technique") parece sólida.

lética de la necesidad y del azar, el azar expresando una necesidad y la necesidad expresándose en un conjunto de azares. La metafísica ha estado empanada mucho tiempo en la separación y la contradicción de lo necesario y de lo contingente. Después, "el determinismo, llegado a la ciencia de la naturaleza a partir del materialismo francés, toma la posición opuesta: trata de terminar con la contingencia negándola absolutamente". Frente a estas concepciones, viene Hegel con nuevas proposiciones. "Lo contingente tiene un fondo porque es contingente: lo contingente es necesario y la necesidad misma se determina como contingencia, mientras que por otra parte la contingencia es más bien la necesidad absoluta". (Textos de Engels, *Dial. nature* ed. Botigelli, ps. 220-222, referencia a Hegel, *Grande Logique* II, III, 2). Sólo una simplificación y un retorno hacia atrás han representado las leyes objetivas de un determinismo (histórico, económico, sociológico) tal que el porvenir se determina como las posiciones de un móvil sobre una trayectoria de la cual se poseen los elementos.

La noción de lo aleatorio, inherente ya a la estadística, a los cálculos de probabilidad y a su extensión en todos los dominios, ha sido recientemente afinada. La teoría de la información deviene el punto de partida de toda reflexión precisa sobre las relaciones de lo real y de lo posible. Profundiza la noción estadística de probabilidad. Según esta teoría son lo imprevisible y lo imprevisible como tales los que aportan una información nueva. Sin esta introducción de una diversidad y de una sorpresa, el conocimiento y la realidad continúan en base a su impulso, en una especie de inercia (redundancia). Sin embargo la novedad y la sorpresa se cuantifican, por lo menos cuando se trata de combinaciones de signos (repertorios) que no repiten las combinaciones anteriores. Repertorio y repetición son indispensables para constituir una estructura de los mensajes, una necesidad, una inteligibilidad. De todas maneras, la repetición da solamente trivialidad y banalidad. En el otro extremo, una secuencia enteramente imprevisible y desordenada de signos no tendría ninguna significación. Entre estos dos polos se extiende la zona de la información, exploración del campo de lo posible.

Esta teoría responde a un problema antiguo. No hay devenir sin novedad, pero ¿acaso la novedad no torna absurdo el devenir? La teoría de la información persigue la racionalización (el conocimiento racional) del devenir. Cuantifica la variedad y la sorpresa, es decir lo contingente (relativo). Prevé lo imprevisible como tal, lo calcula y descubre leyes (relativas).

Un aleatorio absoluto correspondería a una pura problemática, que no se apoyaría sobre ninguna determinación. Esta problemática pura y absoluta se negaría a sí misma, pues no

podría formular explícitamente ningún problema. Dejaría de haber terreno firme. El porvenir abierto sería desconcertante. Cierre y apertura que no dejan ningún lugar al conocimiento y a la acción se distinguen mal. Problemática pura y dogmatismo tienen muchos puntos en común, y especialmente un cierto renunciamento del pensamiento y de la práctica.

¿Será la introducción masiva de lo aleatorio en todos los dominios de la conciencia, del conocimiento y de la acción un carácter esencial de la Modernidad? Se puede sostener esta tesis.

Es la potencia del hombre sobre la naturaleza lo que conduce con un primer paso a iluminar lo aleatorio. Este no es solamente designado, iluminado, deviene conciente no solamente para y por una conciencia impotente y resignada. Lo aleatorio se integra a la acción como al conocimiento. Lo nuevo siempre sorprende, pero desde el momento que no es intolerablemente nuevo, entra en las estructuras establecidas, equilibrios, auto-regulaciones (en términos técnicos: feed-backs, scannings, homeostasis). Si no, hace estallar las estructuras y coherencias, de orden físico, biológico o sociológico.

El sector dominado se extiende. La parte de lo irracional como tal disminuye. Por el contrario, toda eficacia encierra una especie de apuesta: un juego con apuesta y riesgo de fracaso. La paradoja, es que este conocimiento de lo aleatorio disminuye las posibilidades de error o de fracaso eliminando en la acción las precauciones inútiles y las carencias de audacia. Concebido y comprendido, lo aleatorio se utiliza. No se doma como una fuerza mecánica dada. No desaparece. Esto es lo que dice la teoría de la estrategia, de los juegos, de las decisiones.

Lo aleatorio domina la modernidad. Las antiguas paradojas de la estadística han tomado una amplitud colosal. No sabemos quién se va a casar, quién morirá, quién nacerá, pero sabemos que habrá aproximadamente tantos casamientos, nacimientos, muertes. No sé si tendré un cáncer, pero sé que hay tantas probabilidades para que tenga un cáncer o para que me muera de aquí a unos cinco o diez años. Hay tantas probabilidades de que tenga un accidente de automóvil, etc. En escala mundial, el peligro de destrucción atómica simboliza, de manera evidente y particularmente peligrosa, lo aleatorio en la modernidad¹.

Las ciencias sociales deben incluso tomar en cuenta lo aleatorio en segundo grado. Las probabilidades pueden calcularse sólo en función de las posibilidades de elección. Esto supone la diversidad determinada y cuantificable (objetivamente) de los posibles, y luego la necesidad de optar por tal o cual de estos posibles (subjetivamente). Una opción absoluta enteramente

¹ Cf. las consideraciones de R. Fossaert, *L'avenir du capitalisme* Le Senil, 1961, sobre las posibilidades.

necesaria, no sería más una opción; se realizaría sin lucha y sin riesgo. Lo necesario, es el conjunto de los posibles y la necesidad de optar. Tener en cuenta las posibilidades de elección (objetivamente) y los proyectos y frecuencias de elección (subjetivamente) no significa poner las posibilidades en un mismo nivel, sin jerarquizar su capacidad para resolver los problemas planteados por lo real. Se toma en cuenta el hecho que todo posible tiene probabilidades, sin lo cual no sería un posible. La acción tiende a tornar imposible un posible, y no a consagrar un determinismo y a llevar a buen término una pura necesidad.

Dicho de otro modo, la interrogación acerca del porvenir plantea siempre puntos de interrogación. De todas maneras hay que ubicar bien a estos puntos de interrogación: sobre problemas reales y soluciones posibles.

El proletariado y la U.R.S.S.

El lado subjetivo de la imagen tiene una importancia considerable. La imagen estimula la acción. Cuando la acción no recibe más este estimulante, llamado con o sin razón "ideológico", se derrumba. El resorte de la subjetividad actuante se afloja. Bajo este ángulo, la historia desde hace cuarenta años no carece de lo imprevisto, ni de lo trágico, ni de bufonería. La gente de derecha y los reaccionarios nunca han podido comprender las razones del prestigio soviético entre los obreros de los países capitalistas desarrollados. La prensa de derecha se cansaba en vano de publicar datos estadísticos sobre el nivel de vida en la U.R.S.S., tanto en 1930 como en 1935 ó 1950. Los obreros no le creían. Esta prensa reaccionaria podía ridiculizar el "paraíso soviético" y exhibir sus taras, pero la clase obrera atribuía a la calumnia estas informaciones pretendidas o reales. La paradoja, en la historia de la propaganda (que se podría extender hasta llegar al detalle anecdótico), es que la prensa burguesa, órgano de clase, se desvivía para inventar calumnias, falsas noticias, informaciones peyorativas. Si es que existe algún signo de la decadencia de la burguesía como clase, es a ciencia cierta su falta de imaginación. Cuando se supo la verdad sobre el stalinismo, por Kruschév y por otras voces menos oficiales, esta verdad sobrepasaba en horror a las más audaces calumnias de la burguesía.

El detalle de esta historia sería de lo más instructivo. Durante decenas de años, la clase obrera de los países capitalistas desarrollados interpretaba las estadísticas soviéticas y las cifras (exactas) mostrando un simple crecimiento económico —principalmente en la industria pesada— como los indicios de un nivel de vida muy elevado. La confianza tenía algo de espontáneo; para mantenerse, necesitaba solamente algún empujoncito a las cifras y algunas lagu-

nas en la información (sobre el poder de compra, por ejemplo, o sobre los engranajes burocráticos de la planificación). Esta aceptación, mejor esta amplificación de los temas de una propaganda que no estaba tan bien hecha, se extendía a personas que hubieran podido conservar su lucidez crítica: intelectuales, filósofos, economistas, etc. Nunca, antes de 1955-56, habían los interesados, obreros de vanguardia o "intelectuales", entendido verdaderamente los problemas de acumulación y crecimiento en la U.R.S.S. Los "intelectuales" hubieran por otra parte podido pronunciarse políticamente por el sostén de la U.R.S.S., con conocimiento de causa, sin ilusiones. De hecho, las opciones se tomaban por razones indirectas, a través de senderos tortuosos, sin fundamentos sólidos y sin embargo con empecinamiento, porque eran salidas de fe y a menudo de engeñucamiento.

La revolución de 1917 para las masas proletarias rusas debía aportar la vida nueva. La liquidación del comunismo de guerra y la N. E. P. pusieron término a la utopía. Los revolucionarios se vieron al pie del muro, frente a las exigencias económicas, políticas, militares, las exigencias de la industrialización de un país atrasado, estratégicamente rodeado y amenazado por potencias más fuertes. Pero, fue en ese momento que la revolución soviética adquirió la figura de la vida nueva para la vanguardia proletaria e intelectual de los grandes países capitalistas. El mito ya no guardaba mucha relación con la realidad; no correspondía a la "sociedad burguesa sin burguesía", prevista al final de su vida, sin duda amargamente, por Lenin. El mito de la vida nueva —"ahí", "ahí arriba", donde no había más burguesía ni capitalistas— se expandió con el fracaso de la revolución europea, en Alemania y otras partes. Incapaz por razones históricas de hacer su propia revolución, el proletariado de los países europeos industrializados se volvió hacia la U.R.S.S. Sostenía políticamente a la U.R.S.S. pero proyectaba sobre ella el reflejo ambiguo de sus esperanzas y de su impotencia. Desde entonces, la prensa, la radio y los libros "burgueses" bien podían decir verdades o contra-verdades; la propaganda anti-soviética podía inundar el mundo de falsas noticias y de falsos documentos; la propaganda soviética podía mostrarse tan burda, en el sentido opuesto, como la propaganda burguesa. Todo esto no tenía ninguna importancia. Las masas obreras continuaban soñando con el "paraíso soviético", no aceptando ni la propaganda burguesa ni la propaganda "comunista" cuando se volvía demasiado vulgar o cuando trataba, lo que sucedía a veces, de suministrar informaciones exactas y verdades científicas. Las masas y los hombres llevaban en sí la imagen inmutable. La necesitaban para vivir. Eran casi indiferentes a las informaciones; aspiraban a la vida nueva,

la percibían como posible, no podían no ver en la Rusia post-revolucionaria la encarnación viviente de la Idea, del Sueño, de la utopía.

Se operaba una especie de doble proyección o de proyección en dos tiempos. Los intelectuales de vanguardia depositaban en la clase obrera su confianza y su esperanza; para ellos, los obreros poseían, en tanto que clase e individuos, las cualidades humanas de las que carecía la burguesía: la bondad, la generosidad, la veracidad teórica y la honestidad práctica, el sentido crítico justo, el sentido de la justicia, la fraternidad vivida, el gusto y el sentido de la libertad. Así el proletariado (francés y alemán) encarnaban para un gran número de no-proletarios las esperanzas en una próxima renovación de la vida. En cuanto al proletariado, concentraba sus esperanzas sobre la clase obrera soviética, clase en el poder político. De esta doble proyección resultaba un doble desperdicio de energía y de lucidez, una singular falta de resistencia a todas las ideologías, al mismo tiempo que un inevitable escepticismo y el espectro del nihilismo en el horizonte.

Así, durante largos años, nosotros (el que esto escribe y muchos otros) hemos vivido con una especie de mito del proletariado; este mito no lo era del todo, pues contenía algunos elementos objetivos y racionales. Era utópico o mítico en tanto que esperanza y anunciación de la vida nueva, mientras que el proletariado, o más bien sus representantes, se revelaban esencialmente aceleradores de la acumulación económica en los países atrasados. En este plano, funcionaba como ideología estimulante. Por otra parte, está claro —razonando por el absurdo— que si la clase obrera de los países capitalistas no hubiera sostenido hasta un cierto punto el movimiento dirigido contra el imperialismo, no hubiera habido ni soviets ni revolución china, ni promoción al rango de naciones libres y de Estados para los países subdesarrollados. Si la clase obrera no hubiera proveído una ideología, una terminología, objetivos y cuadros a los movimientos campesinos, no hubiera habido una transformación de la agricultura (reforma agraria más o menos completa, utilización de la comuna campesina más o menos tradicional) en una serie de países. Igualmente, si el proletariado de los países desarrollados no presionaba constantemente a la burguesía, el poder de compra de las masas hubiera bajado, la teoría de la pauperización absoluta sería verdadera en los grandes países capitalistas; el aparato de producción y el capital fijo no hubieran sido modificados, las condiciones de la producción y las técnicas no hubieran sido conmovidas, y el capitalismo no hubiera conocido ningún recrudescimiento de su actividad.

El proletariado: mito y realidad

Conforme a los conceptos de Marx, el proletariado ha demostrado ser una fuerza social y política en escala mundial. La revolución mundial anunciada y prevista prosigue. Contrariamente a esos conceptos, el proletariado no se ha mostrado capaz de interrumpir la historia —o la prehistoria del hombre— y de poner fin a las alienaciones instituyendo la vida nueva. ¿A qué se limita hasta ahora su capacidad social y política? A llevar a cabo la industrialización mundial o, dicho de otra manera, a mundializar la industrialización.

Para que en un país haya transformación revolucionaria de las relaciones de producción y propiedad (dicho de otro modo, muerte social y política de una clase dominante como tal), son necesarias varias condiciones. Lenin las ha analizado. Hace falta un triple movimiento ofensivo, en los sectores económico, político y cultural. La triplicidad de sus dimensiones constituye sin embargo una "estructura" relativamente determinada y estable; ella comporta ciertas exigencias de organización económica, política, cultural (teórica o "ideológica"), por lo tanto, un partido. Los estatutos de este partido deben estipular su relación con la democracia interior y exterior, según la tesis marxista-leninista conforme a la cual la democracia proletaria (concreta), la extensión de la democracia formal (burguesa) y su realización, la dictadura del proletariado y la agonía y extinción del Estado son los múltiples aspectos de un solo proceso. En cuanto a las modalidades de organización en el plano cultural, ellas deben ser específicas, flexibles, permitiendo un pluralismo conciente de las tendencias y de las obras, con exclusión de todo sistema impuesto dogmáticamente.

Una estructura no vive sino inserta en una coyuntura. La dialéctica "coyuntura-estructura" adquiere así todo su alcance. Con relación a la estructura, estable (relativamente), la coyuntura se liga a la historia, a la historicidad, al devenir. Favorece o desfavorece a la estructura, la mantiene o la refuerza, la roe o la impulsa al estallido. Sin coyuntura favorable, la estructura exigida no se establece, no se mantiene, no actúa. Sin coyuntura favorable, la estructura actuante que se da en el movimiento revolucionario no logra hacer estallar las estructuras establecidas, ni superarse a sí misma en el curso de la acción. *El proletariado no es revolucionario por esencia ontológica, por estructura absoluta. Es revolucionario en determinada coyuntura, pero sólo él puede ser revolucionario hasta el fin (en una coyuntura favorable).*

Relativizamos así las afirmaciones y tesis de Marx sobre el proletariado, clase universal. Las matizamos en función de la experiencia histó-

rica. Intentamos formularlas en un lenguaje preciso. *Coyuntura y estructura* son dos aspectos de un proceso total: económico, sociológico, "ideológico" y cultural. Nadie tiene el derecho de dogmatizar a partir de la estructura inmovilizándola, ni tampoco de negar la importancia de la estructura a partir de la coyuntura. Las unilateralidades e inmovilidades son incompatibles con el pensamiento dialéctico.

La historia (o si se quiere la prehistoria) no tiene otros movimientos que los estimulados por las contradicciones y en primer lugar por las luchas de clases sordas, latentes o en pleno estallido. En los países capitalistas desarrollados, el movimiento tridimensional (económico, político, cultural) permanece generalmente incompleto. En los países anglo-sajones la acción económica (sindical) de la clase obrera es predominante, la acción política mínima y la acción cultural casi nula; los sindicatos tienden a constituir un "lobby" de la clase obrera, al lado de otros lobbies y grupos de presión, definiendo su coexistencia y su competencia una democracia económica. No es necesario un largo análisis para percibir el inmovilismo parcial, el carácter mutilado, de la situación así "estructurada".

Los que atribuyen a la clase obrera una "vocación moral"¹ mutilan no menos su importancia histórica. La reducen al dominio cultural, concibiendo la ética como un elemento de la cultura (lo que no tiene nada de evidente). En cuanto a los dogmáticos stalinistas y neo-stalinistas, el privilegio absoluto, de naturaleza ontológica, que ellos confieren al factor político, no es menos mutilante.

¿Qué representa la clase obrera para el aná-

lisis dialéctico, si es que el concepto puede todavía desprenderse de la ontología filosófica y de la mitología que se lo ha unido? Representa y presenta el *proceso humano total*: necesidad, trabajo, goce. Lo representa de manera eficaz y práctica, en la vida social. La alienación de la burguesía torna abstracto al hombre burgués y lo priva de una de sus dimensiones: la necesidad, el trabajo. La alienación del hombre proletario lo deja hombre concreto y práctico, reduciéndolo al trabajo y a las necesidades elementales. En este sentido, el proletariado detenta un privilegio, como lo ha visto Marx. Pero no es el privilegio ontológico que postulan los dogmáticos. El fenómeno humano se revela en la práctica social. Con respecto a esta totalidad, dinámica y estructurada a la vez, la realidad de la burguesía está mutilada (alienada). La burguesía representa solamente el puro deseo de un goce absoluto, que por otra parte le escapa y deviene no-goce, ausencia tanto de deseo como de actividad creadora. Por el contrario, la presentación de la clase obrera como *trabajadora* mutila igualmente y aliena la realidad.

El proletariado no abandona por esto, ya sea que detente o no el poder, la *reivindicación* total concerniente a la vez a las necesidades, su naturaleza, su crecimiento cuantitativo y cualitativo —el trabajo, su organización y su protección— el goce y sus disposiciones: organización del ocio que permita la mayor iniciativa a los individuos, juegos y deportes, vivienda y vida cotidiana. La reivindicación obrera puede cada vez menos limitarse a los salarios o a la política y estructura del Estado. No se define moralmente o políticamente, sino totalmente. Ella totaliza, mientras que la burguesía no presenta sino mutilación y alienación. FIN

¹ A. Gorz: La morale de l'histoire.

3.1.2. La Revolución Permanente en 1905

Isaac Deutscher

LA OBRA de Trotsky, *Itogi y Perspektivy, Dvishushchie Sily Revolyutsii* (El balance y las perspectivas. Las fuerzas cambiantes de la Revolución) fue, durante varias décadas, objeto de una gran controversia, precisamente por ser una de las declaraciones fundamentales del "Trotskismo". La escribió como un largo capítulo final para su libro *Nasha Revolyutsia* (Nuestra Revolución), que era un conjunto de ensayos y crónicas sobre 1905. En dicho capítulo hizo una completa y casi matemáticamente sucinta formulación de la teoría de la revolución permanente. Revisaba los críticos acontecimientos a la luz de las viejas tendencias de la historia rusa; luego, tornando al campo internacional, definía el lugar de la Revolución Rusa en la moderna historia europea; y preveía, en un amplio panorama, el impacto de la Revolución Rusa sobre el mundo y el impacto del mundo sobre ella. Dentro de este encuadre, oponía explícitamente su concepción a las opiniones entonces en boga entre los marxistas. Desde el *Manifiesto Comunista* de Marx, o sea desde 1847, esa era la reformulación más radical, sino revisión, del pronóstico de la revolución socialista. Aunque sólo fuera por esta razón, la concepción de Trotsky merece ser resumida en detalle.

Según ya sabemos, los marxistas generalmente veían el alzamiento ruso como una revolución burguesa, cuyo propósito era derrocar al zarismo y acabar con su herencia semifeudal. Sólo después de haberse completado esta fase, se afirmaba, podía desarrollarse plenamente en Rusia una moderna sociedad industrial capitalista; y sólo en semejante sociedad, después que hubiesen crecido y se hubiesen expandido las riquezas y los recursos productivos del país, el socialismo revolucionario asumiría el poder y comenzaría a satisfacer las aspiraciones igualitarias de las masas. Los marxistas daban por sentado que en los viejos países capitalistas de Occidente las bases para la revolución socialista estaban listas. Allí, en Occidente, esperaban el triunfo del socialismo, mientras que Oriente estaba todavía ocupado con sus revoluciones burguesas. Estos eran axiomas aceptados en común, por los socialistas europeos de Occidente y los mencheviques y bolchevi-

Isaac Deutscher, *The Prophet Armed* (Oxford University Press, London 1955).

ques rusos. La controversia entre estos últimos se centraba sobre el problema de cuál sería la clase social, la burguesía o los obreros, que desempeñaría el papel dirigente de la revolución "burguesa" rusa.

Trotsky ponía en duda la mayoría de estos supuestos. Estaba de acuerdo con los bolcheviques en que la burguesía rusa era incapaz de asumir el liderazgo de la revolución, que el proletariado industrial era la clase destinada para ese rol. Pero, iba más allá y argumentaba que por su propia supremacía política en la revolución, la clase trabajadora se vería obligada a llevar la revolución rusa de la fase burguesa a la socialista, aun antes de que hubiera comenzado el levantamiento socialista en Occidente. Este sería un aspecto de la "permanencia" de la revolución —que sería imposible confinar el levantamiento a los límites burgueses.

¿Qué era lo que había destinado a Rusia a convertirse en el pionero del socialismo? ¿Por qué no les era posible a las clases medias rusas consumir su revolución, como ya lo había hecho la clase media francesa en el siglo XVIII? La respuesta residía en las peculiaridades de la historia rusa. El Estado ruso, mitad asiático, mitad europeo, tenía como base a una sociedad primitiva, indiferenciada y de lenta evolución. No fueron los impulsos propios de la sociedad rusa los que moldearon a este Estado, sino la presión militar ejercida por las grandes potencias europeas. Desde sus más tempranos días, cuando luchaba contra la dominación tártara y luego contra las invasiones polaco-lituanas y suecas, el Estado demandaba del pueblo ruso los esfuerzos más intensos; absorbiendo una parte desproporcionadamente alta de las riquezas sociales producidas. Por esa razón impedía la ya lenta formación de las clases privilegiadas, y el aún más lento crecimiento de los recursos productivos. Sin embargo, el Estado necesitaba una organización jerárquica, y para lograrla tenía que estimular la diferenciación social. Así, el zarismo impedía, y al mismo tiempo estimulaba, el desarrollo de la sociedad rusa. Este hecho llevó a Miliukov a decir que mientras en Occidente los estamentos habían crecido al Estado, en Rusia el Estado había dado nacimiento a los estamentos. Trotsky desechaba este punto de vista por unilateral, ya que "el poder estatal no puede manufacturar grupos y clases sociales a su antojo". Sin embargo, la iniciativa de los gobernantes había sido tan prodigiosa en comparación con la torpeza y la pesadez de la sociedad rusa, que en Rusia hasta "el capitalismo aparecía como el hijo del Estado". El Estado, y no la empresa privada, había sentado las bases de la industria moderna. Hasta el pensamiento y la opinión rusa aparecían como emanación del Estado. En los tiempos modernos, el proteccionismo militar y fiscal, y la asistencia financiera europea, aseguraron al zarismo un grado de modernización que inermemente aún más su poder sobre la sociedad.

Un resultado de esta tendencia era que Rusia había entrado al siglo veinte con una clase media urbana ex-

tremadamente débil. La misma ciudad rusa era un producto de las últimas décadas. Bajo Pedro el Grande, los habitantes de las ciudades constituían sólo 3 % de la población total. Terminadas las guerras napoleónicas alcanzaban al 4 1/2 %, e incluso hacia fin del siglo XIX sólo significaban 13 %. La vieja ciudad rusa, a diferencia de su equivalente europeo, no había sido un centro de industria y comercio sino una unidad administrativa militar o una fortaleza. (Moscú había sido la villa del zar). La ciudad rusa —como la asiática— no producía, se limitaba a consumir. No acumulaba riquezas ni tampoco engendraba una división del trabajo. Así eran agravadas todas las crueles desventajas que el severo clima de Rusia y sus enormes espacios habían impuesto sobre el crecimiento de su civilización. A mediados del siglo XIX, el capitalismo encontró en Rusia no el artesanado urbano del cual había brotado la industria moderna en Occidente, sino un artesanado rural doméstico. Este hecho tenía una sorprendente consecuencia política ya observada por Parvus: Rusia no poseía ninguna clase social comparable a esa masa concentrada de artesanos urbanos que había constituido la espina dorsal de la clase media francesa y habían realizado la gran Revolución Francesa. Los cuatro millones de artesanos rusos (*Kustari*) estaban desparramados sobre el territorio rural.

Incluso el avance de la industria moderna no fortaleció significativamente a la clase media, porque la industria rusa en lo fundamental, había sido desarrollada por inversiones extranjeras. En sus propios países, la burguesía occidental se había unido bajo la bandera del liberalismo; en Rusia, estaba interesada sobre todo por la seguridad de sus inversiones, y éstas parecían estar más seguras con un gobierno "fuerte", o sea absolutista. Así, el predominio económico del Estado, la debilidad numérica de las clases medias, el predominio del capital extranjero en la industria, la ausencia de una tradición de la clase media —todo se combinaba para abortar el liberalismo burgués ruso. Sin embargo la industria moderna, que no fortalecía significativamente a la clase media, ponía al proletariado sobre el tapete. Cuanto más tardía era la expansión de la industria rusa, más rápidamente adoptaba las más avanzadas formas de organización que, en otros lugares, habían sido desarrolladas lenta y laboriosamente. Las pocas fábricas modernas que Rusia poseía eran más grandes y su propiedad estaba más concentrada que cualquiera de los establecimientos existentes en Europa Occidental o en Norteamérica. En consecuencia, tanto más concentrados se hallaban el poder político del proletariado ruso y su capacidad de organizarse y de actuar en masa.

Este alineamiento de las clases sociales implicaba un cambio radical en las vías familiares de la revolución. La historia revolucionaria europea conocía tres fechas cruciales: 1789, 1848 y 1905. En 1789, la burguesía francesa, fuerte y llena de confianza, dirigía la lucha contra el absolutismo. En verdad, a menudo era empujada contra su voluntad por los plebeyos jacobinos, los *sans culottes*. Pero éstos eran una masa incoherente, amorfa, carente de un programa propio y coherente. Sólo

podían oponerse esporádicamente a la burguesía rica, la cual, después del breve intervalo de la dictadura de Rebespierre recuperó su predominio. No existía una moderna clase trabajadora industrial que disputara su liderazgo.¹

En 1948, el centro de la revolución europea se había trasladado a Alemania y Austria. Pero la clase media alemana no tenía ni la fuerza ni la confianza en sí misma de la clase media francesa. El coraje que necesitaba para oponerse al absolutismo era oscurecido por su temor al proletariado. La masa plebeya de 1848 ya no era una clase media inferior confusa, enfurecida y pauperizada, sino una clase de trabajadores fabriles que tendían hacia la independencia política y se oponían a los patrones aún más directamente que a la monarquía. Sin embargo la clase trabajadora, suficientemente fuerte como para inspirar temor en la burguesía, era todavía demasiado débil y tímida para guiar a la nación. La revolución fracasó por falta de dirección: la burguesía ya era débil, mientras que el proletariado era todavía demasiado débil para asumirla.

Finalmente, en Rusia en 1905 la rueda había dado una vuelta completa. La revolución ya no carecía de dirección. La burguesía era demasiado débil y demasiado temerosa del proletariado como para dirigir la guerra contra la autocracia. Esta misión había recaído en los trabajadores industriales que eran mucho más fuertes que sus equivalentes alemanes de 1848 y habían asimilado ávidamente la última palabra del socialismo europeo.

De eso se desprendía, continuaba Trotsky, que la revolución si triunfaba, desembocaría en la toma del poder por el proletariado. "Todo partido político digno de ese nombre, aspira a tomar el poder gubernamental, a fin de colocar al Estado al servicio de la clase cuyos intereses expresa". Los mencheviques argumentaban que en la atrasada Rusia, "inmadura" para el socialismo, los obreros debían ayudar a la burguesía a tomar el poder. Contra esto, Trotsky declaraba tajantemente: "En un país económicamente atrasado el proletariado puede tomar el poder antes que en países donde el capitalismo está avanzado... La revolución rusa produce condiciones en las cuales el poder puede... pasar a manos del proletariado, antes de que los políticos del liberalismo tengan ocasión de demostrar plenamente su genio de estadistas". Descartaba los argumentos basados en los textos marxistas familiares acerca de la secuencia de las revoluciones burguesas y socialista: "el marxismo es, sobre todo, un método de análisis de relaciones sociales, no de textos".

Muy pronto, sus críticos habrían de acusarle de pretender que Rusia "saltase" la etapa del desarrollo burgués, y de sostener una política que opondría los trabajadores industriales, pequeña minoría, al resto de la nación. Trotsky trató de responder a estas críticas. El no negaba el carácter burgués de la revolución rusa, afirmaba, por lo menos en el sentido de que su

tarea inmediata era liberar a Rusia del peso muerto de su pasado feudal, o sea lograr lo que la burguesía ya había obtenido en Inglaterra y Francia. Pero, insistía —y en esto se diferenciaba de otros socialistas— la revolución no se detendría allí. Habiendo desarraigado las instituciones feudales, procedería a quebrar la espina dorsal del capitalismo y a establecer una dictadura proletaria. No descartaba una coalición gubernamental entre socialistas y representantes del campesinado; pero a estos últimos les asignaba el rol de socios menores.

II

¿Sería, entonces, la dictadura de una minoría? Implícita, más bien que explícitamente, Trotsky consideraba que la revolución en sí misma sería hecha por los obreros solos. Era en las ciudades donde el viejo orden debía ser derrocado; y allí el proletariado industrial sería el amo de la situación. "Muchas capas de las masas laboriosas, especialmente en el campo, serán arrastradas a la revolución y, por vez primera, obtendrán una organización política; sólo después... de que el proletariado urbano haya tomado las riendas del poder". Pero aun cuando el derrocamiento del viejo orden y la toma del poder serían obra de una minoría, la revolución no podría sobrevivir y consolidarse a menos que recibiera el apoyo genuino de la mayoría, es decir, de los campesinos. "El proletariado en el poder aparecerá, ante el campesinado, como su libertador". Entre otras cosas, sancionaría la toma de las grandes haciendas por los campesinos. El campesino francés había seguido a Napoleón, porque éste garantizaba su pequeña parcela contra el terrateniente emigrado. Por la misma razón, el campesino ruso respaldaría un gobierno proletario. Este gobierno, por lo tanto, representaría y no representaría el gobierno de una minoría. La minoría proletaria sería su núcleo esencial y tendría la iniciativa en todas las cuestiones de importancia. Pero gobernaría en el interés, y gozaría del apoyo voluntario, de una aplastante mayoría.

Su concepción sobre el lugar que ocuparía el campesinado en la revolución —en cierto modo el punto fundamental del "trotskismo"— sería el centro de muchas controversias. La acusación habitual lanzada contra Trotsky es que "subestimaba" la potencialidad revolucionaria del campesino ruso, y que negaba la posibilidad de una "alianza" entre éste y el proletariado. Para esta acusación no puede encontrarse respaldo alguno en sus propias palabras. Hemos visto cuán enfáticamente afirmaba que "el proletariado en el poder aparecerá, ante el campesinado, como su libertador". Insistiendo en que los socialistas no sólo expropiarían a los terratenientes, sino que sancionarían las tomas de sus tierras por los campesinos, iba más lejos de lo que la mayoría de los socialistas rusos habían ido hasta entonces. Los mencheviques sostenían que las municipalidades debían apoderarse de la tierra de la nobleza. La mayoría de los bolcheviques, en especial Lenin, defendían, en términos generales, la nacionalización, pero no el reparto de las tierras. Si la alianza con el campesinado debe entenderse como lo entendieron los

bolcheviques, durante y después de 1917, entonces Trotsky ciertamente la sostuvo en 1906.

A pesar de ello es cierto que no consideraba que los campesinos fueran una fuerza revolucionaria independiente, más de lo que lo eran otros pequeños propietarios o la pequeña burguesía en general. Los veía como una masa dispersa, amorfa, con estrechos intereses locales, incapaz de una acción coordinada en escala nacional. Era el destino del campesinado que sus rebeliones, incluso en los casos en que triunfaba, condujeran al surgimiento de dinastías opresoras, o fueran explotadas por otras clases. En la sociedad moderna, los campesinos estaban políticamente aún más desamparados que antes: "la historia del capitalismo es la historia de la subordinación del campo a la ciudad. En la ciudad existían sólo dos polos de poder independiente, real o potencial: la gran burguesía, con su riqueza concentrada, y el proletariado, con su capacidad concentrada de producir riquezas. Los campesinos, a pesar de su muy superior fuerza numérica, tenían que seguir a uno o al otro. Sobre la balanza de una elección parlamentaria, el voto de un campesino pesa tanto como el de un obrero. En situaciones revolucionarias, esta igualdad es ilusoria. Mil ferroviarios en huelga son políticamente más eficaces que un millón de aldeanos dispersos. El papel de las modernas clases sociales está determinado no por su extensión numérica, sino por su función social y su peso específico. El proletariado debe ganar el apoyo del campesinado; sin esto no podrá mantener el poder. Pero el único medio de que dispone para atraerse la masa de pequeños propietarios rurales es demostrando vigor y determinación en la lucha por la toma del poder. Los débiles son atraídos por los fuertes".

Este punto de vista, tan explícitamente formulado, marcaba un alejamiento radical respecto a las nociones marxistas entonces aceptadas, pese a que estaba fuertemente implícito en los propios escritos de Marx (La adversión de Trotsky al "análisis de textos" le hacía abstenerse de chapotear entre citas útiles). Era una noción común del marxismo que la clase obrera no podía y no debía tratar de tomar el poder antes de transformarse en la mayoría de la nación. Otra ilustración, profundamente arraigada, del socialismo popular, era que en una nación moderna, el proletariado industrial paulatinamente iría creciendo hasta llegar a constituirse en mayoría, como había sucedido en Inglaterra¹. Trotsky rompía radicalmente con esta ilusión: la revolución, escribía, triunfaría mucho antes de que la mayoría de la nación hubiera sido transformada en proletaria.

Su valoración del campesinado era también agudamente opuesta a la opinión corriente. Los menchev-

ques tendían a ver al pequeño propietario rural como agente de la reacción. Sus esperanzas residían en una coalición entre la clase trabajadora y la burguesía liberal. Lenin, por el contrario, contaba con la energía revolucionaria de los Mujiks; pero, a diferencia de Trotsky, no prejulgaba acerca de sus potencialidades. Mantenía su mente abierta, y esperaba para ver si el campesinado formaba su propio partido revolucionario, con el cual los socialistas tendrían que tratar en un plano de igualdad. A comienzos de 1906, para deleite de Plejanov, Trotsky y Martov, Lenin se interesó, con intensa curiosidad y exagerada esperanza, en la enigmática figura de Gapón. Se preguntaba si este sacerdote, hijo de un cosaco, que había dirigido a los obreros de la Capital hasta el Palacio de Invierno, y ayudado así a abrir las esclusas para la revolución, sería el precursor de un movimiento campesino, radical e independiente. La fórmula de Lenin de "una dictadura democrática del proletariado y de los campesinos" parecía ser más amplia y cautelosa que la "dictadura del proletariado" de Trotsky, y mejor adaptada para una unión entre socialistas y campesinos revolucionarios. Los acontecimientos rusos de 1917 habrían de confirmar el pronóstico de Trotsky. En la década del veinte, sin embargo, el problema volvería a presentarse en conexión con la política comunista en China; y casi medio siglo después que Trotsky formulara su punto de vista, sería planteado una y otra vez por las revoluciones en Asia.

III

Hasta aquí hemos considerado el aspecto doméstico de la revolución. Sus aspectos internacional y doméstico estaban, en opinión de Trotsky, íntimamente entrelazados. Aunque los campesinos fueran incapaces por sí mismos "de quitar a los trabajadores de en medio", el futuro encerraba un conflicto entre las dos clases, un conflicto en el cual el proletariado podía ganar la posición de vanguardia reconocida de la nación. Mientras que la revolución estuviera ocupada en romper el dominio y el poder del terrateniente, tendría de su lado a todo el campesinado. Pero después de esto "dos aspectos fundamentales de la política proletaria, su colectivismo y su internacionalismo, encontrarán la oposición por parte de los campesinos". Así, pese a su fortaleza inicial, el nuevo régimen descubriría sus debilidades tan pronto como condujera a la revolución, en el campo tanto como en la ciudad, de la fase burguesa a la socialista. Entonces se vería obligado a buscar su salvación en la revolución internacional. La pobreza industrial y el atraso de Rusia probarían ser en todo caso obstáculos formidables para la construcción de una economía socialista; y esos obstáculos sólo podrían ser destruidos y removidos con la ayuda de una occidental socialista. Finalmente, la hostilidad de una Europa conservadora obligaría a la Revolución Rusa a llevar la lucha más allá de sus fronteras.

"Sin el apoyo estatal directo del proletariado europeo... la clase obrera de Rusia, no podrá mantenerse en el poder y transformarse en gobierno temporal en una dictadura socialista prolongada y estable...

¹ Muchos años más tarde, Trotsky sostuvo que este punto de vista que él había aceptado de Marx, exageraba las virtudes revolucionarias de la burguesía francesa del siglo XVIII.

¹ En el prólogo a sus Obras, escrito en 1946 (Sochineniya, vol. I, págs. 14-15), Stalin declaraba que en la época de 1905, él "aceptaba la tesis familiar entre los marxistas, según la cual, 'de las condiciones principales para el triunfo de la revolución socialista era que el proletariado debía llegar a ser la mayoría de la población. En consecuencia, en aquellos países donde el proletariado no formaba la mayoría de la población, porque el capitalismo no se había desarrollado suficientemente, la victoria del socialismo era imposible'".

"Desde un principio esto le dará al desarrollo de los acontecimientos un carácter internacional, y abrirá las más amplias perspectivas: la clase obrera de Rusia, al dirigir la emancipación política, se elevará a altura desconocida en la historia, reunirá en sus manos fuerzas y medios colosales y se convertirá en la iniciadora de la liquidación del capitalismo en escala mundial..."

"Si habiendo obtenido temporalmente el poder, el proletariado ruso no lleva la revolución al campo europeo por iniciativa propia, entonces la reacción burguesa y feudal le obligarán a ello.

"Será precisamente el temor al levantamiento proletario el que obligará a los partidos burgueses, que votan sumas prodigiosas para gastos militares, a declararse solemnemente por la paz, a sonar con cánticos internacionales de conciliación, e incluso con la organización de los Estados Unidos de Europa — todas miserables declaraciones que no pueden eliminar el antagonismo de las potencias ni sus conflictos armados... La guerra europea significa inevitablemente la revolución europea."

Trotsky procedía luego a denunciar el "conservadurismo propagandístico" de los partidos socialistas, que podría impedir la lucha del proletariado por el poder; y expresaba la esperanza de que la Revolución Rusa conmoviera al Socialismo Internacional, de la misma manera que los acontecimientos de 1905 habían ya estimulado al proletariado austríaco y prusiano a reclamar el sufragio universal mediante huelgas generales. "La revolución en el Este infecta al proletariado occidental con idealismo revolucionario y le infunde el deseo de hablar ruso con sus enemigos". Concluía su argumento de la siguiente manera:

"El proletariado ruso encontrará... hostilidad organizada por parte de la reacción mundial; y disposición por parte del proletariado mundial para prestar a la revolución ayuda organizada. Abandonada a sí misma la clase obrera de Rusia será inevitablemente aplastada por la contrarrevolución en el momento en que el campesinado vuelva su espalda al proletariado. Ningún otro camino quedará a los trabajadores excepto ligar el destino de su propia dominación política, y en consecuencia el destino de toda la revolución rusa, con el de la revolución socialista en Europa. El proletariado ruso arrojará en la balanza de la lucha de clases de todo el mundo capitalista ese formidable poder político estatal que las circunstancias temporarias de la revolución burguesa rusa habrán de darle. Con el poder estatal en sus manos, con la contrarrevolución a sus espaldas, y con la reacción europea a su frente, el proletariado ruso dirigirá a sus hermanos de todo el mundo la vieja consigna, que esta vez será el llamado para el asalto final: ¡Proletarios del mundo, uníos!"

El tenor del argumento de Trotsky, sugiere que él veía la revolución europea como un proceso único, continuo. Había pues en su pronóstico un ingrediente de ilusión, por lo menos en lo que se refiere al ritmo de todo el proceso. Aquí Trotsky pagaba tributo a la creencia entonces comúnmente aceptada por los socialistas europeos, y autorizadamente voceada por Karl Kautsky, el guía intelectual de la Internacional, de que la economía y la sociedad europeas estaban ya "maduras" para el socialismo. Sin embargo, en 1906, Trotsky, a pesar del tenor categórico de su pronóstico, era suficientemente cauto como para escribir que era imposible decir de qué manera la revolución rusa se habría de expandir, si atacaría sobre Alemania y Austria a través de Polonia, o si arremetería hacia el este en dirección a Asia.

Sin embargo, Trotsky no imaginaba ni por un momento que la revolución rusa podría sobrevivir durante décadas en el aislamiento. Por lo tanto puede decirse, como Stalin habría de decirlo veinte años más tarde,

que "subestimaba" los recursos internos y la vitalidad de Rusia revolucionaria. El error de cálculo, que es obvio visto retrospectivamente, resulta menos sorprendente si se considera que el punto de vista expresado por Trotsky en 1906 llegaría a ser propiedad común de todos los dirigentes bolcheviques, incluyendo a Stalin, entre 1917 y 1924. El conocimiento a posteriori, naturalmente, se aferra tanto a este error particular, que el error oscurece el pronóstico en su totalidad. En verdad, Trotsky no previó que Rusia Soviética sobreviviría en el aislamiento durante décadas, pero ¿quién, aparte de él, previó, en 1906, la existencia de Rusia Soviética? Además, Trotsky mismo, indirectamente y sin saberlo, suministraba de antemano la clave para su propio error, la cual puede encontrarse en su evaluación del campesinado ruso. El desamparo político y la falta de independencia del campesinado, explican perfectamente la supervivencia de un régimen colectivista, en un país donde el campesinado individualista formaba la aplastante mayoría; y también explica que se le pudiera imponer una colectivización violenta y relativamente exitosa.

En aparente contradicción con su propio punto de vista, Trotsky afirmaba que el régimen proletario se quebraría tan pronto como los mujiks se volvieran en contra. Este error, si era un error, estaba inmediatamente vinculado con su concepción de la revolución, tal como la había formulado en 1905/6. No se le ocurría que un partido proletario pudiera, a la larga, dominar y gobernar un enorme país agrario contra la mayoría de su pueblo. No preveía que la revolución llevaría al dominio prolongado de una minoría. La posibilidad de semejante dominio estaba implícita en su teoría; pero en realidad le hubiera parecido, a él como a casi todos sus contemporáneos, incompatible con el socialismo. De hecho, pese a todo lo que había escrito sobre el "jacobinismo" de Lenin, no se imaginaba que la revolución trataría de escapar de su aislamiento y debilidad mediante el totalitarismo.

Si la línea de su pensamiento es considerada en su totalidad, puede decirse que difícilmente ninguna profecía política ha sido de modo alternado, confirmada brillantemente, tan tremendamente denigrada y en cierto modo confirmada de nuevo, por el estallido de nuevos cataclismos históricos. Esto es especialmente cierto en lo que se refiere a aquella parte del pronóstico de Trotsky en que habla del impulso que Rusia daría a la revolución mundial. A lo largo de las décadas los acontecimientos arrojarían sobre esto una luz siempre nueva. En 1917, y después, entre el crepitar de tronos y el huracán de levantamientos, sus palabras parecieron llegar a ser ciertas con infalible exactitud. Luego vino el reflujo del comunismo en Europa; la Rusia bolchevique se encerró en su cascarón, y Trotsky quedó desprestigiado y ridiculizado como el profeta de lo plenamente absurdo, "de lo patéticamente imposible y vano". Pero nuevamente, en el epílogo de la Segunda Guerra Mundial, su voz parece reverberar póstumamente, en el choque de dos mundos. Más que nunca, Rusia aparece ante Occidente como "habiéndose elevado a una

Continúa en p. 20

3.1.3. La Revolución Permanente Sesenta Años Después

Isaac Deutscher

EN TODA la historia de la Revolución Rusa y en la historia del movimiento obrero y del marxismo no hubo ningún período tan difícil ni tan sombrío como aquel de los años del último exilio de Trotsky. Esta fue una época durante la cual, para citar a Marx "la idea presionaba hacia la realidad", pero como la realidad no tendía hacia la idea surgió un abismo entre ellas, un abismo más estrecho y sin embargo más profundo que nunca. El mundo estaba confundido por extraordinarias contradicciones. El capitalismo no había estado nunca tan cerca de la catástrofe como durante la crisis y las depresiones de los años veinte y treinta y nunca había mostrado una resistencia tan salvaje. La lucha de clases no había tendido nunca tan tormentosamente hacia una culminación revolucionaria y sin embargo nunca había sido tan incapaz de alcanzarla. Nunca masas tan vastas de personas habían sido inspiradas por el socialismo y nunca habían estado tan desamparadas e inertes. En toda la experiencia del hombre moderno no ha habido nada tan sublime y tan repulsivo como el primer "Estado Obrero" y el primer ensayo en la "construcción del socialismo" y quizá nunca hombre alguno había vivido en tan estrecha comunión con los sufrimientos y los esfuerzos de la humanidad oprimida y en tan completa soledad como la que vivió Trotsky.

¿Cuál fue el significado de su obra y la moraleja de su derrota?

Cualquier respuesta debe ser provisoria porque aún nos falta la perspectiva histórica a largo plazo y nuestra evaluación de Trotsky se desprende primordialmente de nuestro juicio sobre la Revolución Rusa. Si se adopta el punto de vista de que todo aquello a que aspiraban los bolcheviques, el socialismo, no era más que una "fata morgana", de que la revolución meramente sustituyó una clase de explotación y de opresión por otra y de que no podía hacer otra cosa, entonces Trotsky aparecería como el alto sacerdote de un Dios que estaba destinado a fracasar, como un sirviente de la Utopía mortalmente enredado en sus sueños e ilusiones. Incluso así atraería la simpatía y el respeto debido a los grandes utopistas y visionarios; se destacaría entre ellos como uno de los más grandes.

Isaac Deutscher, *The Prophet Outcast* (Oxford, London, 1963).

Aun si fuera verdad que el destino del hombre es arrastrarse entre el dolor y la sangre, de derrota en derrota y arrojarse un yugo sólo para inclinarse su cabeza bajo el peso de otro yugo — incluso entonces las ansias del hombre por un destino diferente, como pilares de fuego, relevarían la oscuridad y tristeza del desierto sin fin a través del cual ha caminado sin que exista ninguna tierra prometida en el más allá. Y nadie en nuestra era ha expresado esas aspiraciones tan vivida y sacrificadamente como Trotsky.

Pero ¿es que la Revolución Rusa sólo ha sido capaz de dar al pueblo un yugo en lugar de otro? ¿Ha de ser este su resultado final? Tal punto de vista parecería plausible para quienes contemplaban al stalinismo en los últimos años de la vida de Trotsky y posteriormente. Contra ellos Trotsky afirmaba su convicción de que en el futuro, luego que la sociedad soviética hubiera progresado hacia el socialismo, el stalinismo sería visto como meramente "una recaída episódica". Su optimismo parecía gratuito incluso para sus partidarios. Después de casi veinticinco años, sin embargo, su pronóstico puede aún parecer audaz, pero difícilmente gratuito. Resulta claro que aun bajo el stalinismo la sociedad soviética estaba logrando inmensos progresos en muchos campos, y que el progreso, inseparable de su economía nacionalizada y planificada estaba socavando y erosionando al stalinismo desde adentro. En los días de Trotsky era demasiado temprano para tratar de extraer un balance de este desarrollo — sus intentos de hacerlo no carecieron de errores; y aún hoy, un cuarto de siglo más tarde el balance no es demasiado claro pero es evidente que la sociedad soviética ha estado tratando, no sin éxito, de deshacerse de los pesados pasivos, y de desarrollar los grandes activos, que había heredado de la era de Stalin. Ha habido mucho menos pobreza en la Unión Soviética, mucho menos desigualdad y opresión en los comienzos de la década del 60 que 20 ó 30 años antes. El contraste es tan notorio que resulta anacrónico hablar de la "nueva esclavitud totalitaria establecida por el colectivismo burocrático". Los problemas sobre los cuales Trotsky discutía con sus discípulos en su última controversia siguen aún en debate pero no en el interior de pequeñas sectas sino ante una audiencia mundial. Todavía es tema de discusión si la burocracia soviética es "una nueva clase" y si es necesaria una reforma o una revolución para poner fin a su dominio arbitrario. Lo que está fuera de duda es que las reformas de la primera década post-stalinista, por inadecuadas y contradictorias que sean, han mitigado y limitado grandemente el despotismo burocrático y que frescas corrientes de aspiraciones populares están trabajando para transformar la sociedad soviética aún más y más radicalmente.

Aun así la creencia de Trotsky, de que un día todos los horrores del stalinismo parecerían haber sido meramente "una recaída episódica" puede aún ultrajar la sensibilidad contemporánea. Pero él aplicaba la gran escala histórica a los acontecimientos y a su propio destino: "Cuando se trata de los más profundos cambios en los sistemas económicos y culturales, veinticinco años pesan menos en la historia que una hora en la

vida de un hombre". (Su inclinación a adoptar la gran perspectiva histórica no embotaba su sensibilidad ante las injusticias y crueldades de su tiempo, por el contrario, la agudizaba. Denunció tan apasionadamente la perversión stalinista del socialismo porque él mismo nunca perdía de vista la perspectiva de un futuro del socialismo verdaderamente humano. Medido por su escala histórica el progreso que la sociedad soviética ha alcanzado desde sus días es meramente un comienzo modesto, y en verdad demasiado modesto. Incluso este comienzo reivindicaba la revolución y su optimismo básico acerca de ella y levanta la densa neblina de desilusión y de desesperación.)

La enorme vida y obra de Trotsky son un elemento esencial en la experiencia de la Revolución Rusa y ciertamente también en la trama de la civilización contemporánea. La singularidad de sus fortunas y las extraordinarias cualidades morales y estéticas de su esfuerzo hablan por sí mismas y dan testimonio de su significación. No puede ser, ello sería contrario a todo sentido histórico, que una energía intelectual tan alta, una actividad tan prodigiosa y un martirio tan noble no tengan a la larga su pleno impacto. Este es el material del cual están hechas las leyendas más sublimes y estimulantes, sólo que la leyenda de Trotsky está tejida a través de hechos registrados y verdades palpables. Aquí no hay mito alguno revoloteando sobre la realidad: es la realidad misma la que se eleva a la altura del mito.

La carrera de Trotsky fue tan copiosa y espléndida que cualquier parte o fracción de ella hubiera alcanzado para llenar la vida de una personalidad histórica sobresaliente. Si hubiera muerto a la edad de treinta o treinta y cinco años, un poco antes de 1917, hubiera ocupado su sitio en una misma línea con pensadores y revolucionarios rusos tales como Belinsky, Herzen y Bakunin, como su descendiente marxista. Si su vida hubiera llegado a su fin en 1921 o más tarde, alrededor de la época en que murió Lenin, hubiera sido recordado como el líder de octubre, como el fundador del ejército rojo y su capitán en la guerra civil y como el mentor de la Internacional Comunista que habló a los obreros del mundo con el poder y el brillo de Marx y en acentos que no habían sido escuchados desde el Manifiesto Comunista. (Se requirieron décadas de falsificación y calumnia stalinista para desdibujar y borrar esta imagen de la memoria de dos generaciones). Las ideas que expuso y el trabajo que llevó a cabo como líder de la oposición entre 1923 y 1929 forman la suma y sustancia del más trascendental y dramático capítulo en los anales del bolchevismo y del comunismo. Se proyectó como protagonista en la más grande controversia ideológica del siglo, como iniciador intelectual de la industrialización y de la economía planificada, y finalmente como el vocero de todos aquellos que dentro del partido bolchevique, resistieron el advenimiento del stalinismo. Aun si no hubiera sobrevivido más allá del año 1927 hubiera dejado tras de sí un legado de ideas que no podrían ser destruidas o condenadas a un olvido duradero, el legado por el

cual muchos de sus partidarios enfrentaron el pelotón de fusilamiento con su nombre en los labios, un legado al cual el tiempo está agregando significación y peso y hacia el cual una nueva generación soviética está hallando a tientas su camino.

Coronando todo esto están sus ideas, escritos, luchas y andanzas del período narrado en este volumen. Hemos revisado críticamente sus fracasos, falacias y errores de cálculo; su fiasco con la Cuarta Internacional, sus errores sobre las perspectivas de revolución en occidente, sus incertidumbres acerca de las relaciones entre reforma y revolución en la URSS y las contradicciones del "nuevo trotskismo" de sus últimos años. También hemos pasado revista a aquellas campañas suyas que están ahora completa e incontrovertiblemente reivindicadas: sus esfuerzos magníficamente clarividentes, aunque vanos, para despertar a los obreros alemanes, la izquierda internacional y la Unión Soviética ante el peligro mortal del triunfo de Hitler; sus sostenidas críticas a los abusos del poder por parte de Stalin, en la conducción de las cuestiones económicas, especialmente en la colectivización; y su lucha final y titánica contra las "grandes purgas". Incluso los epígonos del stalinismo, que aún están haciendo todo lo posible para mantener a raya al fantasma de Trotsky, admiten por implicación que en esas grandes cuestiones él tenía razón. Todo lo que después de tantos años ellos mismos han sido capaces, con todo el coraje que el fallecido Stalin les ha inspirado, es hacer de eco disperso de las protestas, acusaciones y críticas de Trotsky contra Stalin.

Debe subrayarse nuevamente que hasta el fin, la fuerza y la debilidad de Trotsky estaban por igual enraizadas en el marxismo clásico. Sus derrotas compendieron el predicado básico que acosaba al marxismo clásico como doctrina y como movimiento — la discrepancia y el divorcio entre la visión marxista del desarrollo revolucionario y el curso real de la lucha de clases y de la revolución.

La revolución socialista hizo sus primeras, inmensas conquistas, no en el Occidente avanzado, sino en el atrasado Oriente, en países en donde predominaban no los obreros industriales sino los campesinos. Su tarea inmediata no fue establecer el socialismo sino iniciar una "acumulación primitiva socialista". En el esquema marxista clásico, la revolución habría de ocurrir cuando las fuerzas productivas de la vieja sociedad hubieran sobrepasado sus relaciones lo suficiente como para incendiar el viejo orden social; la revolución crearía nuevas relaciones de propiedad y un nuevo encuadre para las fuerzas productivas plenamente maduras, avanzadas y dinámicas. Lo que realmente sucedió fue que la Revolución creó las formas más avanzadas de organización social para las economías más atrasadas; levantó sistemas de propiedad y planeamiento alrededor de fuerzas productivas subdesarrolladas y arcaicas y en parte alrededor de un vacío. La concepción teórica marxista de la revolución fue así invertida de pies a cabeza. Las nuevas "relaciones de producción" estando por encima de las fuerzas productivas exis-

tentes estaban también por sobre la comprensión de la gran mayoría de la gente y de tal modo el gobierno revolucionario las defendió y desarrolló contra la voluntad de la mayoría. El despotismo burocrático tomó el sitio de la democracia soviética. Lejos de agonizar el Estado adquirió un poder feroz, sin precedentes. El conflicto entre la norma marxista y la realidad de la Revolución llegó a impregnar todo el pensamiento y la actividad del partido dirigente. El stalinismo trató de superar el conflicto pervirtiendo o descartando la norma. El trotskismo trató de preservar la norma o de encontrar un equilibrio temporario entre la norma y la realidad hasta que la revolución en el Oeste resolviera el conflicto y restaurara la armonía entre la teoría y la práctica. Los fracasos de la revolución en Occidente fueron compendios en la derrota de Trotsky.

¿Cuán definitiva e irrevocable fue la derrota? Hemos visto que mientras vivió Trotsky, Stalin nunca lo consideró completamente vencido. El temor de Stalin no era una mera obsesión paranoica, otros actores dirigentes en la escena política lo compartían. Robert Coulondre, el embajador francés ante el Tercer Reich, da un testimonio relevante cuando describe la última entrevista con Hitler poco antes de estallar la segunda guerra mundial. Hitler se jactaba de las ventajas que había obtenido a través del pacto con Stalin, recién firmado, y pintaba una grandiosa imagen de su futuro triunfo militar. En respuesta el embajador francés apeló a su "razón" y habló de la catástrofe social y de las revoluciones que podrían suceder a una larga y terrible guerra y devorar a todos los gobiernos beligerantes. "Usted está pensando que será el vencedor..." dijo el embajador "pero ¿ha pensado acaso en otra posibilidad? ¿En la posibilidad de que el vencedor sea Trotsky?" Al oír esto, Hitler saltó (como si le hubieran dado un golpe en el estómago) y gritó que esta posibilidad, la amenaza de una victoria de Trotsky era una razón más para que Francia e Inglaterra no entraran en guerra contra el Tercer Reich. Así pues, el amo del Tercer Reich y el enviado de la Tercera República en sus últimas maniobras durante las últimas horas de paz, trataron de intimidar al otro y al gobierno del otro, invocando el nombre del solitario desterrado atrapado en un lejano extremo del mundo. "Están perseguidos por el espectro de una revolución y le dan el apellido de un hombre" comentó Trotsky cuando leyó el diálogo.

Pero ¿estaban acaso completamente errados Hitler y el embajador francés cuando le daban al fantasma el nombre de Trotsky? Se podría argüir que aunque su temor estuviera bien fundado, hubieran tenido que llamarlo Stalin y no Trotsky, ya que fue él en todo caso quien derrotó a Hitler.

Sin embargo, como ocurre tan a menudo en la historia, las realidades subyacentes fueron mucho más confusas y ambiguas que la superficie de los acontecimientos. La victoria de Stalin sobre Trotsky escondía un pesado elemento de derrota mientras que la derrota de Trotsky estaba preñada de victoria.

El problema "ideológico" central entre ellos había sido el socialismo en un solo país. La cuestión de si al Unión Soviética debía o podía alcanzar el socialis-

mo en el aislamiento, sobre la base de la autosuficiencia nacional, o si el socialismo era concebible solamente como un orden internacional de la sociedad. La respuesta que han dado los acontecimientos es mucho menos tajante que lo que fueron los argumentos teóricos, pero se acerca mucho más al punto de vista de Trotsky que a los de Stalin. Mucho antes que la Unión Soviética llegase a algo cercano al socialismo, la Revolución se había desparramado ya a otros países. La historia no dejó suficiente tiempo a solas a la URSS como para permitir que un experimento de laboratorio con el socialismo en un solo país, llegara a un estadio avanzado y menos aún para que se completara. En la medida en que en la lucha entre el trotskismo y el stalinismo, el internacionalismo revolucionario chocó con el aislacionismo bolchevique, claramente no es el stalinismo quien ha emergido con la bandera flameante: el aislacionismo bolchevique ha estado largamente muerto desde entonces. Por otro lado, el poder de supervivencia de la Unión Soviética, incluso aislada, era mucho mayor de lo que Trotsky había supuesto a veces; y contrariamente a sus expectativas, no fue el proletariado occidental el que liberó a la Revolución Rusa de su aislamiento. Por un golpe de ironía de la historia el stalinismo, pese a sí mismo, rompió su caparazón nacional. En su último debate, Trotsky aportó todo el futuro del marxismo y del socialismo a las consecuencias de la segunda guerra mundial. Convencido de que la guerra llevaría a la revolución, a la clásica revolución marxista, afirmó que si esto no sucedía el marxismo sería refutado, el socialismo perdería para siempre, y comenzaría la época del colectivismo burocrático. Esto fue en todo caso una opinión cruda y desesperada; la realidad histórica habría de mostrarse una vez más incommensurablemente más intrincada que el esquema del teórico. La guerra ciertamente puso en marcha una nueva serie de revoluciones; sin embargo, una vez más el proceso no se adaptó al modelo clásico. El proletariado occidental nuevamente fue incapaz de asaltar y conquistar las fortalezas del nuevo orden; y en Europa Oriental el viejo orden se desintegró principalmente bajo el impacto del poder armado de Rusia que avanzaba victoriosamente hacia el Elba. El divorcio entre teoría y práctica o entre norma y hecho se hizo más profundo aún.

Este no fue un desarrollo fortuito. Representaba una continuación de la tendencia que se había anunciado por primera vez en 1920-1 cuando el ejército rojo marchó sobre Varsovia y cuando ocupó Georgia. Con estos actos militares se cerró el ciclo revolucionario que había puesto en movimiento la primera guerra mundial. Al comienzo de este ciclo el bolchevismo se había levantado sobre la cresta de una revolución genuina; hacia su fin los bolcheviques comenzaban a difundir la revolución mediante la conquista. Luego siguió el largo período de dos décadas, durante el cual el bolchevismo no se expandió. Cuando el siguiente ciclo de revolución fue puesto en marcha por la segunda guerra mundial, comenzó donde el primer ciclo había finalizado, con la revolución por conquista. En la historia militar existe, como regla, una continuidad entre

la fase final de una guerra y la fase inicial de la otra: las armas y las ideas sobre el arte militar inventadas y formadas hacia el término de un conflicto armado, dominan la primera fase del segundo conflicto. Una continuidad semejante existe también entre los ciclos de revolución. En 1920-1 el bolchevismo, intentando quebrar su aislamiento, trató de llevar la revolución al extranjero a punta de bayoneta; dos o tres décadas más tarde el stalinismo, arrancado de su caparazón nacional a causa de la guerra, impulsó la revolución en toda Europa Oriental.

Trotsky había esperado que el segundo ciclo revolucionario comenzaría en las formas en que había empezado el primero, con lucha de clases y sublevaciones proletarias, cuyo producto dependería, en lo fundamental, del balance de las fuerzas sociales dentro de cada una de las principales naciones y de la calidad de la dirección nacional revolucionaria. Sin embargo, el nuevo ciclo comenzó no donde se había iniciado el primero, sino donde había terminado, no con revolución desde abajo sino con revolución desde arriba, con revolución por conquista. Como esto sólo podía ser la obra de una gran potencia que aplicara su presión en primer lugar sobre su propia periferia, el ciclo recorrió su curso sobre los bordes de la Unión Soviética. Los agentes principales de la revolución no fueron los obreros de los países involucrados sino el ejército rojo. El éxito o el fracaso no dependieron del balance de las fuerzas sociales dentro de cada nación, sino principalmente de la balanza del poder internacional, de pactos diplomáticos, de alianzas y de campañas militares. La lucha y la cooperación de las grandes potencias se sobrepusieron sobre la lucha de clases, cambiándola y distorsionándola. Todos los criterios por medio de los cuales los marxistas juzgaban si una nación se encontraba "madura" o "inmadura" para la revolución resultaron arrojados por la borda. El punto de partida para la sublevación de Polonia Oriental y de los países bálticos fue el pacto entre Hitler y Stalin y el reparto entre ellos en esferas de influencia. Las revoluciones en Polonia propiamente, en los países balcánicos y en Alemania Este se llevaron a cabo sobre la base de la división de esferas que Stalin, Roosevelt y Churchill efectuaron en Teherán y Yalta. Por obra de esta división las potencias occidentales utilizaron su influencia y su poder para suprimir con el consentimiento de Stalin, la revolución en Europa Occidental (y en Grecia) cualquiera fuese el balance local de las fuerzas sociales. Es probable que de no haber existido Teherán y Yalta, Europa Occidental, más bien que Europa Oriental se hubiera convertido en el teatro de la revolución; especialmente Francia e Italia, en donde la autoridad de las antiguas clases dirigentes estaba en ruinas, las clases trabajadoras estaban sublevadas y los partidos comunistas dirigían el grueso de la resistencia armada. Actuando conforme a sus compromisos diplomáticos, Stalin obligó a los comunistas franceses e italianos a la restauración del capitalismo en sus países luego de su virtual colapso e incluso a cooperar en la restauración. Al mismo tiempo Roosevelt y Churchill indujeron a los grupos burgueses dominantes de Europa Oriental a so-

meterse a la preponderancia rusa y en consecuencia rendirse a la Revolución. A ambos lados de la gran división el balance internacional de fuerzas borró a la lucha de clases. Como en la era napoleónica la revolución y la contrarrevolución por igual fueron subproductos de las armas y de la diplomacia.

Trotsky vio solamente el comienzo de esta gran cadena de acontecimientos. No advirtió lo que involucrabán. Todos sus hábitos de pensamiento hacían difícil para él, si no imposible, imaginar que para toda una época los ejércitos y la diplomacia de tres potencias serían capaces de imponer su voluntad a todas las clases sociales de la vieja Europa; y que en consecuencia la lucha de clases suprimida en el nivel que tradicionalmente había sido librada, se llevaría a cabo en un nivel diferente y en diferentes formas, como rivalidad entre bloques de potencias y como guerra fría.

Por convicción teórica e instinto político, Trotsky no sentía sino disgusto ante la revolución por conquista. Se había opuesto a las invasiones de Polonia y Georgia en 1920-1, cuando Lenin favorecía esas aventuras. Como comisario de guerra había desautorizado categóricamente a Tukhachevsky, el temprano exponente del método neo-napoleónico de llevar la revolución a los países extranjeros. Veinte años antes de la segunda guerra mundial había castigado al armado misionero bolchevique diciendo que "sería mejor que se le cuelgue una piedra alrededor del cuello y se lo arroje al mar". Su actitud en 1940 seguía siendo la misma de 1920. Aún veía en la revolución por conquista la más peligrosa aberración del camino revolucionario. Aún confiaba en que los obreros de occidente fueran impulsados por sus propias circunstancias a luchar por el poder y por el socialismo y de que sería tan criminal de parte del gobierno soviético tratar de hacer la revolución por ellos como actuar directamente contra sus intereses revolucionarios. Aún veía al mundo preñado de socialismo, aún creía que la preñez no duraría mucho tiempo y temía que cualquier intromisión en el proceso terminaría en aborto. No se equivocó mucho: la intervención armada de Stalin en la revolución produjo más de un aborto y más de una monstruosidad viviente.

Sin embargo, enfrentando a la revolución por conquista, Trotsky se encontró una vez más en un grave dilema. Estaba a favor de la Revolución y en contra de la conquista pero cuando la Revolución llevaba a la conquista o cuando la conquista promovía la Revolución, no podía llevar su oposición a la conquista más allá del punto de una ruptura abierta e irrevocable; no llegó hasta ese punto a propósito de Georgia y Polonia en 1920-1 y no lo hizo tampoco a propósito de Polonia y Finlandia en 1939-40. Si hubiera vivido para presenciar el epílogo de la segunda guerra mundial hubiera hallado este dilema agravado, enorme, insoluble. No cabe duda de que hubiera denunciado a Stalin por traicionar los intereses del comunismo en Occidente; y también de que la lógica de su actitud le hubiera compelido a aceptar la realidad de la Revolución en Europa Oriental, y pese a todo su disgusto por los métodos stalinistas, a reconocer las "Democracias populares" como Estados obreros. Semejante actitud cuales-

quiera sean sus méritos e integridad no podía suministrar clave alguna para la acción política práctica; y así Trotsky, el hombre de la acción práctica, difícilmente hubiera hallado algún rol efectivo en todo el drama de la posguerra. No había lugar para el marxismo clásico en ese ciclo revolucionario.

III

Este ciclo, sin embargo, como el anterior había de terminar de manera diferente de la que había comenzado. Culminó en la revolución china que no fue impuesta desde arriba ni traída sobre la punta de bayonetas extranjeras. Mao-Tse-tung y su partido lucharon por el poder a pesar de Stalin (quien en 1945-48 como en 1925-26 trató de negociar con el Kuomintang y con Chiang-Kai-shek); y habiendo capturado el poder no se detuvieron en los estadios "democrático-burgueses" del levantamiento, sino que, obedeciendo la lógica de la "revolución permanente", lo condujeron hasta su conclusión antiburguesa. Así el "octubre chino" fue en un sentido, otro de los triunfos póstumos de Trotsky.

Sin embargo, aquí también "gris es toda teoría y siempre verde es el árbol de la vida". El proletariado industrial no fue la fuerza dirigente del levantamiento. Los ejércitos campesinos de Mao "sustituyeron" a los obreros urbanos y llevaron la revolución del campo a la ciudad. Trotsky había estado convencido de que, si estos ejércitos permanecían confinados en las áreas rurales durante largo tiempo, se asimilaron tanto al campesinado que llegarían a defender sus intereses individuales contra los obreros urbanos y contra el socialismo y se convertirían en la base de una nueva reacción. (¿Acaso en el pasado los ejércitos campesinos chinos no habían combatido en jacqueries y derrocado dinastías establecidas sólo para reemplazarlas mediante nuevas dinastías?) Este análisis era correcto en términos del marxismo clásico, que suponía que un partido de la Revolución Socialista necesita no sólo "representar" a los trabajadores urbanos, sino que debe necesariamente vivir con ellos y actuar a través de ellos. En caso contrario se vería socialmente desplazado y expresaría interés de clases extrañas. Y ciertamente es posible que si esta revolución hubiese dependido solamente de los alineamientos sociales dentro de China, los combatientes de Mao durante su período de Yanan, se hubieran asimilado tan estrechamente al campesinado que a pesar de su origen comunista hubieran sido incapaces de superar la brecha entre la jacquería y la revolución proletaria. Pero el desenlace de la lucha estuvo incluso en China tan determinado por factores internacionales como por factores nacionales. En medio de la guerra fría y frente a la hostil intervención norteamericana el partido de Mao aseguró su dominio aliándose a la Unión Soviética y transformando la estructura social de China de acuerdo con esto. Así la hegemonía revolucionaria de la Unión Soviética logró (a pesar de la obstrucción inicial de Stalin) lo que de otro modo sólo los obreros chinos hubieran podido lograr — impulsar la revolución china en una dirección antiburguesa y socialista. Con el proletariado chino casi dispersado y ausente de la escena política la fuerza

de gravitación de la Unión Soviética convirtió a los ejércitos campesinos de Mao en agentes del colectivismo.

Con esto la ola revolucionaria se había movido todavía más hacia el Este, más lejos todavía del Occidente "avanzado"; y una vez más resultó embebida en una sociedad pre-industrial primitiva y desamparada. Más que nunca el marxismo clásico parecía ser irrelevante tanto para los problemas de Oriente como para los problemas de Occidente. Sin embargo, la dialéctica de la situación era tal que al mismo tiempo estaban operando procesos que de una manera inesperada le otorgarían fresca validez. Gracias a la intensa industrialización el atrasado Oriente estaba llegando a ser menos y menos atrasado. La Unión Soviética emergió como la segunda potencia industrial del mundo, su estructura social radicalmente transformada, su gran clase obrera industrial tendiendo a un modo de vida moderno, y sus standards de vida y de educación masiva elevándose rápidamente, si bien de modo desigual. Las premisas del socialismo que el marxismo clásico había visto existentes sólo en los países altamente industrializados de Occidente estaban siendo creadas y ensambladas en la sociedad soviética. Con respecto a las nuevas necesidades de esta sociedad el stalinismo con su amalgama de marxismo y barbarie, resultaba anacrónico. Sus métodos de acumulación primitiva eran demasiado primitivos; su anti-igualitarismo era demasiado chocante, su despotismo absurdo. Las tradiciones del marxismo y de la Revolución de octubre, habiendo sobrevivido en un estado de hibernación, comenzaron a despertarse en las mentes de millones y a luchar contra el privilegio burocrático, la inercia del stalinismo y el peso muerto del dogma monolítico. A través de la modernización compulsiva de la estructura de la sociedad el stalinismo había cavado su propia fosa y había preparado el terreno para el retorno del marxismo clásico.

El retorno ha sido lento y acompañado de confusión y ambigüedades sin fin. El conflicto entre stalinismo o lo que quedó de él y una renaciente conciencia socialista llenó la primera década después de Stalin. Si las oposiciones trotskista, zinovievista, bukarinista, hubieran sobrevivido hasta 1950, la tarea de la desesta-

linización hubiera recaído sobre ellos; y la hubieran cumplido con honor, de todo corazón y consistentemente. Pero como habían sucumbido con el viejo Atlantis bolchevique y como la destalinización era una necesidad inescapable, los acólitos y cómplices de Stalin tuvieron que atacar la tarea; y no podían emprenderla de otro modo que a medias, con manos y mentes temblorosas, no olvidando nunca su propia participación en los crímenes de Stalin y siempre ansiosos de poner fin a las chocantes revelaciones y las reformas que ellos mismos habían tenido que iniciar. De todos los fantasmas del pasado ninguno los maltrataba tan burlesco y amenazantemente como el fantasma de Trotsky, su archienemigo, para quien cada una de sus revelaciones y reformas era un involuntario tributo. Ciertamente nada preocupaba más a Krushev que el temor de que los jóvenes, desligados del peso de la responsabilidad por los horrores de la era stalinista, pudieran impacientarse con sus evasiones y titubeos y procedieran a una abierta reivindicación de Trotsky.

Esa abierta reivindicación ha de producirse en cualquier caso, aunque tal vez no antes que los ancianos epígonos de Stalin hayan abandonado la escena. Cuando llegue será más que un largamente postergado acto de justicia hacia la memoria de un gran hombre. Por este acto el Estado obrero anunciará que por fin ha alcanzado la madurez, ha roto sus cadenas burocráticas y abrazado nuevamente el marxismo clásico que había sido eliminado con Trotsky.

Cómo puede afectar todo esto al resto del mundo es una cuestión demasiado amplia para ser considerada en la posdata a un estudio biográfico. Basta decir aquí que si el desarrollo histórico ha estado cancelando ya la derrota de Trotsky, borrando la vieja antítesis en la cual se había enraizado su derrota, entonces la regeneración de la Revolución Rusa debe ayudar a eliminar esta antítesis hasta el final. Occidente, en el cual inspiraba disgusto y temor un marxismo desfigurado en stalinismo por la madre Rusia, seguramente responderá de manera muy diferente a un marxismo limpio de incrustaciones bárbaras; en este marxismo reconocerá por fin su propia creación y su propia visión del destino del hombre. FIN

3.2 El Modelo Clásico de Revolución Proletaria Triunfante. La Clase Obrera "Para Sí" Dentro de la Sociedad Post-Capitalista

3.2.1. Revolución Proletaria y Desalienación

Lenin

LEJOS de impedir la emulación, el socialismo, por el contrario, crea por vez primera, la posibilidad de aplicarla en escala verdaderamente amplia, verdaderamente masiva, crea la posibilidad de hacer realmente que la mayoría de los trabajadores entren en el terreno de una actividad que les permita manifestarse en todo su valor, desarrollar sus capacidades, revelar los talentos que en el pueblo forman un manantial inagotable y que el capitalismo pisoteaba, oprimía y ahogaba por miles y millones.

Nuestra tarea, hoy, con un gobierno socialista en el poder, es organizar la emulación.

Los paniaguados y los lacayos de la burguesía han presentado el socialismo como un cuartel gris, uniforme, burocrático y monótono. Los lacayos de la bolsa de oro, los siervos de los explotadores —los señores intelectuales burgueses— han hecho del socialismo un "espantajo" para el pueblo, que se ve condenado precisamente bajo el capitalismo a una vida de presidio y cuartel, de trabajo monótono y agotador, a una vida semihambrienta y de triste miseria.

Sólo ahora adquieren la posibilidad de manifestarse, amplia y realmente de un modo general, el espíritu emprendedor, la emulación y la iniciativa audaz. Cada una de las fábricas, cuyo dueño haya sido lanzado a la calle o, cuando menos, metido en cintura por un verdadero control obrero; cada una de las aldeas donde se ha expulsado al gran terrateniente explotador, cuyas tierras han sido confiscadas, es ahora, y sólo ahora, campo de acción donde el hombre del trabajo puede manifestarse en todo su valor, enderezar un poco el espinazo, erguirse, sentirse hombre. Por primera vez, después de siglos trabajando para los demás, bajo el yugo, para los explotadores, se tiene la posibilidad de *trabajar para sí*, y de trabajar beneficiándose de todas las conquistas de la cultura y de la técnica más moderna.

Esta sustitución del trabajo esclavizado por el trabajo para sí —el cambio más grande que conoce la historia de la humanidad— no puede realizarse, naturalmente, sin rozamientos, sin dificultades, sin conflictos, sin el empleo de la violencia contra los parásitos inveterados y sus lacayos.

Una de las más importantes tareas, si no la más im-

Lenin, Obras Completas, tomo XXVI.

portante, de la hora presente, consiste en desarrollar todo lo posible esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general, en su obra creadora de *organización*. Hay que deshacer a toda costa el viejo prejuicio, absurdo, salvaje, infame y odioso, según el cual sólo las llamadas "clases superiores", sólo los ricos o los que han pasado por la escuela de los ricos, pueden administrar el estado, dirigir, en el terreno de la organización, la construcción de la sociedad socialista.

Ese es un prejuicio mantenido por una rutina podrida y fosilizada por un hábito servil y, en mayor medida, por la inmundicia avidez de los capitalistas, interesados en administrar saqueando y saquear administrando.

Los obreros y los campesinos son todavía "tímidos", no están aún acostumbrados a la idea de que ahora son ellos los que constituyen la clase dominante, les falta resolución. La revolución no podía inculcar de repente estas cualidades a millones y millones de hombres obligados por el hambre y la miseria a trabajar bajo el látigo durante toda su vida. Pero la fuerza, la vitalidad, la invencibilidad de la Revolución de Octubre de 1917, consiste precisamente en que despierta esas cualidades, derrumba todos los viejos obstáculos, rompe los lazos vetustos, lleva a los trabajadores al camino de la creación, *por ellos mismos*, de la nueva vida.

Hay que organizar la emulación entre los organizadores prácticos obreros y campesinos. Hay que combatir toda tendencia a crear formas estereotipadas y a establecer la uniformidad desde arriba, a lo que son tan aficionados los intelectuales. Las formas estereotipadas y la uniformidad establecidas desde arriba no tienen nada que ver con el centralismo democrático y socialista. La unidad en los problemas fundamentales, cardinales, esenciales, lejos de verse perjudicada, está asegurada por la *variedad* en los detalles, en las particularidades locales, en las formas de *abordar* la práctica, en los *modos* de aplicación del control, en los métodos de exterminar a los parásitos (los ricos y los pillos, los inútiles y los intelectuales histéricos, etc., etc.) y de hacerlos inofensivos.

La Comuna de París nos ha ofrecido un magnífico ejemplo de iniciativa, de independencia, de libertad de movimiento, de despliegue de energías desde abajo, todo ello combinado con un centralismo voluntario alejado de las formas estereotipadas,

FIN

3.2.3. El Marxismo y el Estado

Henri Lefebvre

AL volverse doctrina oficial —doctrina de acción política organizada que disponía de una autoridad— el marxismo devino también doctrina de Estado. Sin embargo, inicialmente, esto no era así. Los "marxistas" oficiales han traicionado la inspiración, el soplo revolucionario y el alma subversiva del marxismo. Aun cuando esta transformación se impuso históricamente, estos "marxistas" no han rendido cuentas de ello. Se limitaron a dejar pasar en silencio un aspecto capital del pensamiento marxista, confundiendo —no sin mala fe— con el liberalismo, enterrando textos fundamentales. Al final de su vida, en la discusión sobre la lingüística, Stalin declaraba:

Engels ha dicho en su Antidühring que después de la victoria de la Revolución socialista debe extinguirse el Estado. Es por esta razón que después de la victoria de la Revolución socialista en nuestro país los céleros y los talnudistas en nuestro partido han empezado a exigir que el partido tome medidas para hacer extinguir lo más rápido posible nuestro Estado, para disolver los organismos de Estado, y renunciar a un ejército permanente. Sin embargo, basándose en el estudio de la situación mundial de nuestra época, los marxistas soviéticos llegaron a la conclusión que, dado el cerco capitalista, en tanto que la victoria de la Revolución tuvo lugar en un solo país, y que el capitalismo domina en los demás, el país de la Revolución victoriosa debe no debilitar sino consolidar por todos los medios al Estado.

Solamente una exégesis atenta de tal texto puede captar su carácter capcioso. En primer lugar, la centralización estatal absoluta en todos los campos, sometiendo a organismos administrativos, no tiene necesariamente relaciones con el refuerzo de la defensa nacional. Stalin pone en la cuenta de las exigencias incontestables de la defensa nacional el refuerzo del aparato de uso interno. Confunde voluntariamente todos los campos: el económico, el social, el político, el cultural, el derecho (en el sentido jurídico) tanto el represivo como el que regula la distribución de los bienes de consumo, o aún los contratos, con lo administrativo, etc. Además, se refiere a un solo texto de Engels omitiendo numerosos textos de Marx y de Lenin, mucho más precisos, sobre el problema. Tendremos que recurrir a ellos, tanto más cuanto que los tratados "oficiales" los han eliminado.

Debemos referirnos a Marx, Engels y Lenin para reencontrar su verdadero pensamiento sobre el Estado. Además, hay que explicar por qué su teoría de la *agencia y extinción del Estado* ha sido abandonada. ¿Es que hubo necesidad histórica absoluta? ¿O bien creación arbitraria por Stalin de un "sistema"? ¿O aún, tendencia objetivamente necesaria, visto la situación histórica en Rusia (disgregación en 1919-1921 de la vida económica y social —guerra civil, intervenciones exteriores, inmensidad, atraso del país, multinacionalidad, etc.) tendencia impulsada por Stalin hasta sus últimas consecuencias mientras hubiera podido comba-

Henry Lefebvre, *Problemas actuales del marxismo* (PUF, París 1968).

tirarla y limitarla? Los hombres hacen su historia, pero no tal como la desean o tal como creen que la hacen. Un grado más de conocimiento y de voluntad no significa ni la entera conciencia ni el dominio absoluto de las leyes y de los fenómenos: la libertad. La fijación de la actividad social en potencias concretas que escapan a nuestro control y hacen trizas nuestros cálculos fue uno de los aspectos principales de la historia (Marx).

Esta hipótesis parece la más aceptable. Aunque haya todavía que reforzarla con una historia objetiva del Estado soviético.

Quedará todavía para determinar cómo el pensamiento marxista en otros países en los cuales los marxistas estiman que buscan su propio camino hacia el socialismo, puede inspirarse de estas inmensas experiencias, guardar sus lados positivos, eliminar los negativos. Pero no hay que copiarlas, y menos que nada copiar sus éxitos...

Con la interpretación staliniana, la crítica política, la crítica del Estado —inspiración inicial del marxismo— se ha desdibujado o ha desaparecido. Abandonando el análisis crítico del Estado socialista, los marxistas se han vuelto incapaces de analizar concretamente el Estado burgués. El análisis político, en los países capitalistas, se ha reducido a las dimensiones de la polémica. El marxismo ha llegado a ser ideología de Estado e ideología del Estado (dos aspectos ligados pero distintos). Simultáneamente, ha abandonado el análisis de las contradicciones en la sociedad socialista, y notablemente las contradicciones en esta sociedad entre lo individual y lo social. Por mucho tiempo se dio por sobreentendido que tales contradicciones existían solamente en la sociedad capitalista, dominada por la burguesía y las ideologías burguesas. En la sociedad socialista, se decía, reinaba una armonía completa, fundada en la devoción del individuo a la colectividad. Se trasponía así el pensamiento y la crítica marxista en un moralismo de devoción, hasta de sacrificio del individuo a lo social. Tal moral no deja de tener grandeza. En la práctica chocó con las contradicciones persistentes, y especialmente con un hecho económico: la conservación del interés individual, por otra parte legalizado y reconocido jurídicamente, en la sociedad socialista.

¿Será la subordinación de lo individual a lo social el fin del desarrollo histórico? No. Esta perspectiva prolonga un moralismo ya muchas veces expresado, utilizado, desacreditado; no tiene nada de nuevo ni de probatorio. No es así como Marx definió al *humanismo*. Para él, el momento decisivo que pone fin revolucionariamente a la prehistoria del hombre es también aquel en el cual el pleno y libre desarrollo de cada individuo es posible. La alienación, si no desaparece, toma entonces otras formas más conscientes y más conscientemente combatidas. La alienación económica, social y política, tal cual la conocemos, se extingue y desaparece. Lo social es subordinado concretamente a lo individual, el individuo ya no se separa más de la sociedad para oponerse a ella y someterla a su poder. Consultando los textos de Marx, volvemos a las fuentes del humanismo marxista. Nos liberamos de las incrustaciones posteriores. FIN

3.2.4. Revolución Proletaria y Nacionalismo

León Trotsky

ES INDUDABLE que en la revolución se producen procesos que tienen diferentes puntos de contacto con este nacionalismo primitivo. La decadencia económica, el incremento del provincialismo, el desquite del zapatón de mahón al humillar al calzado de charol del ciudadano, el aguardiente preparado en casa, todo esto tira (ahora podemos decir tiraba), llevándonos a la sombría Edad Media. Paralelamente a esto pudo apreciarse una transformación consistente de la literatura hacia lo "popular". El gran desarrollo de las canciones callejeras de las ciudades en Blok (*Los Doce*), los aires populares (en la Achmatowa, y mucho más amargados en la Zvetajewa), el provincialismo (W. Iwanow) y la bastante mecánica intercalación de los ritos populares y versos burlescos en la narración (Pilnjak), todo esto es indudablemente obra de la revolución, mejor dicho, consecuencia de que las masas populares se hayan colocado en primer término tal como son.

Todavía pueden encontrarse otras manifestaciones de la tendencia a lo "nacional", que son más superficiales, insignificantes y casuales. En los uniformes militares, por ejemplo, a la par del "French" y del odioso "Gallifet", vemos en el ejército rojo al antiguo kaftan de los tiradores y las antiguas gorras peludas. En otros terrenos no ha podido revelarse todavía claramente la moda a causa de la pobreza reinante, pero puede afirmarse con cierto derecho una preferencia, aunque no muy acentuada, por los modelos populares. La "moda" rusa, en el amplio sentido de la palabra, era una moda extranjera que sólo valía para las clases adineradas, y por eso formaba una divisoria muy marcada en la sociedad. La subida de las clases trabajadoras a la dirección del poder, tenía que provocar infaliblemente una reacción contra la adaptación de los modelos burgueses en los diferentes terrenos de la vida cotidiana.

Es evidente que una tendencia económica hacia el zapato de mahón y al aguardiente casero no significa una revolución social, sino una reacción económica, o sea uno de los principales obstáculos para la revolución. Para el paso consciente desde el pasado a lo "popular" son sumamente indecisas y superficiales las manifestaciones observadas. Sería injustificado el preten-

der esperar de las canciones callejeras de las ciudades o de los cantos de los campesinos el desarrollo de una nueva literatura. ¡La literatura escupiría tantos provincialismos! El kaftan de los tiradores actualmente se ha internacionalizado mucho a consecuencia de la necesidad de economizar tela. Las propiedades nacionales de las nuevas ocupaciones diarias soviéticas y del arte nuevo serán menos demostrativas, pero mucho más profundas, y se revelarán más tarde.

La revolución representa por su esencia la verdadera ruptura del pueblo ruso con Asia, con el siglo XVII, con la "sagrada Rusia" y con los íconos y las chinches; no es una vuelta a la Rusia medieval, sino una participación hecha efectiva de todo el pueblo en la civilización, una transformación cuyas bases responderán a los intereses del pueblo.

¿Qué significa en realidad este "elemento nacional"? Puschkin, que no creía en las imágenes de los santos y no vivía entre chinches, ¿no era acaso nacional? Antinacional es, naturalmente, Belinski. Muchos pueden citarse todavía sin acudir a la época actual. Según Piljnak, lo nacional estaba en el siglo XVII. Pedro I fue antinacional. Según esto, lo nacional es solamente lo que representa el balasto de la civilización, lo que el espíritu del progreso apenas ha tocado con su hálito y lo que el organismo nacional de los siglos pasados elaboró. Por lo tanto, lo nacional son los excrementos de la Historia. Opinamos todo lo contrario. Pedro el Bárbaro fue más nacional que su barbudo y abigarrado pasado, que se le resistió. Los Dekabristas (decembristas de 1825) son más nacionales que toda la política oficial de Nicolás I, con su mujik esclavo, los íconos oficiales y las chinches. El bolchevismo es más nacional que la emigración monárquica o cualquier otra; el general de caballería del ejército rojo, Budiedni, es más nacional que el de la guardia blanca Wrangel, digan lo que quieran los ideólogos, místicos y cantores de los excrementos nacionales. La vida y el movimiento de la nación se verifican por contradicciones que están personificadas en las clases, partidos y grupos. Lo nacional coincide en su dinámica con lo relativo a las clases. La nación se rompe en todos los momentos críticos, o sea las etapas de mayor responsabilidad de su desdoblamiento, en dos mitades... pero nacional es sólo lo que eleva al pueblo a un escalón más alto, que le aproxima a la superioridad económica y cultural. FIN

León Trotsky, *Literature and Revolution* (Russell y Russell, New York 1957).

3.2.5. Revolución Proletaria y Vida Nueva

León Trotsky

NO DEBE confundirse el arte de la revolución, en el que se reflejan todas las contradicciones de la sociedad en el período de transición, con el arte socialista, para el que todavía no se han creado los fundamentos. Por otra parte, no debe olvidarse que el arte socialista procederá del arte de este período transitorio.

Si insistimos en esta separación, no es porque nos dejemos llevar por cualesquiera consideraciones pedantes de un esquema. No en vano calificó Engels a la revolución socialista como el salto desde el reino de la necesidad al reino de la libertad. La revolución en sí no es todavía el "reino de la libertad". Al contrario, en ella adquieren las características de la "necesidad" su extremo desarrollo. El socialismo abolirá los antagonismos de clase, así como las clases, pero la revolución lleva la lucha de clases a su más alta tensión. En el período revolucionario es necesaria y cultural aquella literatura que consolida a los trabajadores en la lucha contra los explotadores. La literatura revolucionaria tiene que estar saturada del espíritu del odio social, que en la época de la dictadura del proletariado representa un factor histórico creador. En el socialismo es la solidaridad la base fundamental de la sociedad. Toda la literatura y todo el arte deben estar afinados con otro diapason. Aquellos sentimientos, que a veces nos ponen a nosotros, revolucionarios, en un aprieto, para designarlos por sus nombres, tan vulgares y triviales, como son: abnegada amistad, amor al prójimo, simpatía, etc., sonarán como poderosos acordes en la poesía socialista.

¿Pero no abrigará un exceso de solidaridad, como temen los nietzscheanos, el peligro de que el hombre degenera en un ser pasivo y sentimental? De ninguna manera. La fuerza poderosa de competencia, que en la sociedad burguesa tiene el carácter de una competencia mercantil, no desaparecerá en el orden socialista de la sociedad, sino al contrario pero, expresándolo en el lenguaje del psicoanálisis, se sublimará, es decir, adquirirá una forma más elevada y fecunda, convirtiéndose en lucha por la propia opinión, por el propio concepto y por el propio gusto. Eliminada la lucha política, que no existirá en la sociedad sin clases, las pasiones liberadas se dirigirán a las corrientes de la técnica y de la reconstrucción; entre ellas hay que contar al arte, que, como es natural, se volverá más general, maduro y fuerte, y se convertirá en la forma ideal de la perfección de la vida en todos los terrenos.

Todas las esferas de la vida: las labores de la tierra, los planos de viviendas humanas, la edificación de teatros, los métodos de la educación social de la infancia, la solución de problemas científicos, la creación de nuevos estilos, interesarán vitalmente a cada uno en particular y a todos en general. Los hombres se distribuirán en "partidos" en las cuestiones de un canal gigantesco o de la distribución de los oasis del Sahara, porque esta cuestión también se presentará, o de la regulación del tiempo atmosférico y del clima, de un nuevo teatro, de una hipótesis química, de las diferentes tendencias en la música y el mejor sistema deportivo. Estas agrupaciones no estarán envenenadas por egoísmos, de castas o de clases; todas demostrarán el mismo interés en el éxito de la totalidad. La lucha tendrá un carácter puramente ideológico. No tendrá nada en común con el afán del lucro, la ordinaria, la traición y la corrupción, que en la sociedad de clases constituye la esencia de la "competencia". Mas no por esto dejará de ser la lucha emocionante, dramática y apasionada; y como en la sociedad socialista todas las cuestiones —aun aquellas que anteriormente se solucionaban elemental y automáticamente como la vida diaria, o se encomendaban al cuidado de ciertas castas especiales como el arte— serán del dominio común, puede decirse con toda seguridad que se presentará un vasto campo de acción a los intereses y pasiones colectivos, así como a la competencia individual, y también un ilimitado número de oportunidades. El arte, pues, no echará de menos ninguna falta en las descargas de las energías nerviosas, ni en los choques psíquico-colectivos, que engendran la formación de nuevas tendencias artísticas y la variación de objetivos. Las escuelas estéticas por su parte se agruparán alrededor de sus "partidos", es decir, de los grupos de temperamentos, gustos y tendencias intelectuales. En esta lucha desinteresada e intensiva sobre los siempre crecientes fundamentos de la cultura, se incrementará y desarrollará la personalidad humana con sus inestimables cualidades fundamentales de no darse por satisfecha con lo que hasta entonces haya conseguido. No tenemos verdaderamente motivo alguno de temor de que en la comunidad socialista se aletargue o degenera la personalidad.

No pueden albergarse dudas de que a medida que avanza el porvenir, problemas monumentales, como los planos de las ciudades jardines, las casas modelo, los ferrocarriles y puertos, interesarán no sólo a los ingenieros y arquitectos que presentarán sus obras en los concursos,

sino también a las masas populares. En lugar de las aglomeraciones, semejantes a hormigueros, de las calles y barrios, piedras sobre piedras colocadas de generación en generación, comenzará la construcción gigantesca de ciudades-pueblos con arreglo al plan. Estos planes motivarán agrupaciones populares en pro y en contra, agrupaciones que serán los verdaderos partidos técnico-arquitectónicos del porvenir, con sus agitaciones, apasionamientos, mítines y votaciones. De esta lucha resultará impelido el arte por el hábito de los sentimientos populares y sus votos hacia un peldaño más alto de la escala de la cultura, y la Humanidad se educará más plásticamente, acostumbrándose a considerar al mundo como blanda arcilla modelable para formar una vida más perfeccionada. La barrera divisoria entre el arte y la industria desaparecerá. El gran estilo artístico futuro no será ornamental, sino formativo.

Lo que sólo algunos entusiastas se atreven a soñar, la dramatización de las ocupaciones diarias y la ritmificación del hombre mismo, entran de lleno en esta perspectiva. Después que el hombre haya racionalizado el orden económico, penetrándolo con su conciencia y sometiendo a sus intenciones, no dejará piedra sobre piedra de nuestra actual vida diaria agostada y perzosa. Las preocupaciones por la alimentación y educación, que hoy día pesan como si fueran toneladas de plomo sobre la familia actual, desaparecerán al convertirse en objeto de la iniciativa pública y de la inagotable creatividad colectiva. La mujer saldrá finalmente del estado de semiesclavitud en que se encuentra. Junto con la técnica la pedagogía, en el vasto sentido de educación psicofísica de las nuevas generaciones, ocupará su sitio como coronación del pensamiento social. Los sistemas pedagógicos reunirán en derredor suyo poderosos "partidos". Los ensayos de educación social y la competencia de los diferentes métodos adquirirán dimensiones jamás imaginadas. Las ocupaciones diarias y la vida socialista no se producirán por casualidad o como los bancos de coral, sino conscientemente, examinadas por el pensamiento, dirigidas y corregidas. Cuando la vida diaria haya abandonado su naturaleza elemental, cesará de estar estancada. El hombre capaz de mover las montañas y variar el curso de los ríos, de edificar palacios para el pueblo sobre las cumbres del Montblanc y sobre el fondo del Atlántico, dará naturalmente a su vida diaria no sólo riqueza, colorido e intensidad, sino también la máxima dinámica. Apenas se forme la caparazón de la vida diaria desaparecerá rota a pedazos por la fuerza de los nuevos inventos y conquistas técnico-culturales. La vida del porvenir no será monótona.

Aún más. El hombre procederá también muy seriamente a armonizarse a sí mismo. Hará suyo el problema de dar al movimiento de sus propios órganos, en el trabajo, en la marcha y en los juegos, una economía mayor, más significación y finalidad y por lo tanto mayor belleza. Sentirá deseos de adueñarse de los semiconscientes e inconscientes procesos en su propio organismo, como son la respiración, la circulación de la sangre, la digestión y la reproducción, sometidos, dentro de los límites necesarios, a la fiscalización de

su razón y de su voluntad. La vida, si, hasta la vida fisiológica, se volverá experimentalmente colectiva. El género humano, el aterido *homo sapiens* se transformará radicalmente y será bajo sus propias manos un objeto de los métodos más complicados de la elección artificial y del entrenamiento psicológico.

Esto forma parte integrante de la línea del desenvolvimiento. En un principio el hombre desterró a los sombríos poderes elementales de la producción y de la ideología, sustituyendo a la rutina bárbara por la técnica y a la religión por la ciencia. En seguida proscribió lo inconsciente de la política, derribando la monarquía y las clases por medio de la democracia y el parlamentarismo racionalista, y luego mediante la transparente y clara dictadura soviética. Las ciegas fuerzas elementales se han asentado con el mayor peso en las relaciones económicas... pero el hombre las está arrojando también de allí por medio de la organización socialista de la economía. Esto posibilita una transformación radical de la tradicional vida familiar. En fin, la naturaleza misma del hombre yace oculta en el tramo más oscuro y profundo del inconsciente, de lo elemental, del subsuelo. ¿No resulta claro que los mayores esfuerzos del pensamiento investigador y de la iniciativa productora se dirigirán en esa dirección? El género humano no habrá cesado de arrastrarse sobre el vientre ante Dios, los reyes y el capital, para luego capitular ante las sombrías leyes de la herencia y de la ciega selección sexual. El hombre emancipado querrá alcanzar un equilibrio mayor en el trabajo de sus órganos y un desarrollo más proporcionado y un aprovechamiento más regular de sus tejidos, para de este modo reducir el temor a la muerte a una reacción racional del organismo hacia el peligro. No puede haber duda de que la extraordinaria desarmonía anatómica y fisiológica del hombre, esto es, la extrema desproporción en el desarrollo y el desgaste de los órganos y tejidos, dan al instinto vital, la forma de un temor a la muerte mórbido e histérico, turbando al raciocinio y alimentando las estúpidas y denigrantes fantasías acerca de la vida en el más allá.

El hombre procurará ser dueño de sus propios sentimientos, elevar sus instintos hasta la altura de la conciencia haciéndolos completamente diáfanos, extender los hilos conductores de su voluntad hasta los recovecos ocultos, crear un tipo biológico-social más elevado, o, si se prefiere, un superhombre.

Diffícil es predecir hasta qué grado de auto-gobierno llegará el hombre del porvenir o la altura a que llegará su técnica. La edificación social y la autoeducación psicofísica vendrán dos aspectos de un único y mismo proceso. Todas las artes —literatura, drama, pintura, música y arquitectura—, darán forma bella a este proceso. El hombre será incomparablemente más fuerte, más prudente e inteligente y más refinado. Su cuerpo será más armónico, sus movimientos más rítmicos, su voz más musical. Las formas de su vida vendrán dinámicamente dramáticas. El tipo humano promedio se elevará hasta la altura de un Aristóteles, de un Goethe o de un Marx. Y sobre esa cumbre otras nuevas se elevarán.

FIN

3.3 El Modelo Clásico de Revolución Proletaria No-Triunfante

3.3.1. La Experiencia de la Lucha de Clases en España

León Trotsky

La lección de España, última advertencia

LAS OPERACIONES militares en Abisinia, en España, en Extremo Oriente, son objeto de cuidadoso estudio por parte de todos los estados mayores militares, con vistas a su preparación en la gran guerra futura. Los combates del proletariado español, relámpagos precursores de la futura revolución internacional, deben ser estudiados con no menos atención, por los estados mayores revolucionarios: sólo con esta condición los acontecimientos que se aproximan no han de tomarnos desprevenidos.

Tres concepciones se han enfrentado —con fuerzas desiguales— en el llamado campo republicano; la concepción *menchevique*, la *bolchevique* y la *anarquista*. En lo que concierne a los partidos republicanos burgueses, no tuvieron ni ideas ni importancia política independientes y no han hecho más que mantenerse sobre las espaldas de los reformistas y anarquistas. Por otra parte, no sería de ninguna manera exagerado decir que los jefes del anarco-sindicalismo han hecho todo lo posible para negar su doctrina y reducir, prácticamente, su importancia a cero. De hecho se han enfrentado en el campo llamado republicano, dos doctrinas: la *menchevique* y la *bolchevique*.

Según la concepción de los socialistas y de los stalinistas, es decir de los *mencheviques* de la primera y de la segunda cosecha, la revolución española, sólo tenía por objetivo resolver tareas “democráticas”, por lo cual era necesario el frente único con la burguesía “democrática”. Toda tentativa de parte del proletariado por salir de los cuadros de la democracia burguesa, sería, desde este punto de vista, no sólo prematura, sino funesta. Por otra parte lo que está en el orden del día, no es la revolución sino la lucha contra Franco. El fascismo es la “reacción”. Contra la reacción hay que aunar todas las fuerzas de “progreso”. Que el fascismo no es la reacción feudal, sino burguesa; que contra la reacción burguesa sólo puede luchar con éxito utilizando las fuerzas y los métodos de la revolución proletaria, es cosa que el *menchevismo*, rama del pensamiento burgués él mismo, no quiere ni puede comprender.

Revista Claridad (Rs. As. 1935).

El punto de vista bolchevique, expresado de manera acabada, únicamente por la joven sección de la IV Internacional, procede de la teoría de la revolución permanente, y proclama que aún las tareas puramente democráticas, tales como la liquidación de la propiedad semifeudal de la tierra, no pueden ser resueltas sin la conquista del poder por el proletariado, lo cual significa poner en el orden del día la revolución socialista. Por lo demás, los obreros españoles mismos, desde los primeros pasos de la revolución, plantearon prácticamente tareas no sólo democráticas, sino puramente socialistas. Exigir que no se rebasen los límites de la democracia burguesa, no es defender la revolución democrática, sino renunciar a ella. Únicamente mediante el cambio de las relaciones sociales en el campo, se podrá hacer del campesino —masa principal de la población— un baluarte poderoso contra el fascismo. Pero los terratenientes están vinculados por lazos indisolubles a la burguesía bancaria, industrial y comercial y a la intelectualidad burguesa que depende de ella. El partido del proletariado se encontraba así, ante la necesidad de elegir: o con las masas campesinas o con la burguesía liberal. Incluir en una misma coalición a los campesinos y a la burguesía liberal, sólo podía conducir a un fin: ayudar a la burguesía a engañar a los campesinos y aislar así a los obreros. La revolución agraria sólo podía realizarse *contra* de la burguesía, vale decir, sólo por las medidas de la dictadura del proletariado. No existe ningún régimen medio de transición.

Desde el punto de vista de la teoría, lo que sorprende en primer término en la política española de Stalin, es un olvido total del ABC del leninismo. Con un retraso de algunas decenas de años —¿qué años!— el Comintern ha restablecido completamente en su derechos, a la doctrina del *menchevismo*. Aún más, se ha esforzado por darle una expresión más “consecuente” y, por ello mismo, más absurda. En la Rusia zarista, a principios de 1905, la fórmula de la revolución “puramente democrática” tenía a su favor en todo caso, infinitamente más argumentos que en 1937, en España. No es de extrañar que en la España contemporánea la “política obrera liberal” del *menchevismo*, se haya transformado en la política antiobrero reaccionaria del stalinismo. Con ello, la doctrina de los *mencheviques*, esta caricatura del marxismo, se ha convertido en su propia caricatura.

La “teoría” del Frente Popular

Será no obstante, ingenuo pensar que hay, en la base de la política del Comintern en España, un error teórico. El stalinismo no se guía ni por el marxismo ni por ninguna otra teoría, sino por los intereses empíricos de la burocracia soviética. Los clínicos de Moscú, entre ellos, se burlan con ganas de la “filosofía” del Frente Popular a la Dimitrov. Pero tienen a su disposición, para engañar a las masas, numerosos cuadros de propagandistas de esta sagrada fórmula, sinceros o bribones, ingenuos o charlatanes... Luis Fisher, con su ignorancia y su suficiencia, con su espíritu provincial, orgánicamente sordo a la revolución, es el represen-

tante más repugnante de esta cofradía muy poco atractiva. “¡La unión de las fuerzas progresivas!” “¡El triunfo de las ideas del Frente Popular!” “¡El golpe asestado por los trotskistas a la unidad de las filas antifascistas!”... ¿Quién creería que el Manifiesto Comunista ha sido escrito hace noventa años?

Los teóricos del Frente Popular no van, en substancia, más allá de la primera regla de aritmética, la de adición: la suma de los “comunistas” socialistas, anarquistas y liberales, es más grande que cada uno de los términos que la componen. Esta es toda su ciencia. La aritmética es, empero, insuficiente. Es preciso por lo menos la mecánica: la ley del paralelogramo de las fuerzas resulta verdadera aún en política. La resultante es, como se sabe, tanto más corta cuanto más divergentes son las fuerzas. Cuando aliados políticos tiran en direcciones opuestas, puede ocurrir que la resultante sea igual a cero. El bloque de los diversos grupos políticos de la clase obrera es absolutamente necesario para resolver tareas prácticas comunes. En ciertas condiciones históricas un bloque de esta clase es capaz de atraer a las masas pequeño-burguesas oprimidas, cuyos intereses están próximos a los del proletariado.

La guerra civil exige de sus participantes una abnegación suprema. Los obreros y los campesinos sólo son capaces de asegurar la victoria cuando conducen la lucha por su propia emancipación. En estas condiciones, someter al proletariado a la dirección de la burguesía es asegurar de antemano su derrota en la guerra civil.

Estas sencillas verdades no son de ninguna manera el fruto de un análisis puramente teórico. Representan, por el contrario, la conclusión inquebrantable de toda la experiencia histórica, a partir, por lo menos, de 1848. La historia moderna de las sociedades burguesas está repleta de “Frentes populares” de toda clase, es decir, de las más variadas combinaciones políticas para engañar a los trabajadores. La experiencia española es un nuevo eslabón trágico en esta cadena de crímenes y traiciones.

La alianza con la sombra de la burguesía

El hecho más notable, políticamente, es que en el fondo, no había en el Frente popular español, ni siquiera un paralelogramo de fuerzas: el lugar de la burguesía estaba ocupado por la sombra de ésta. Por intermedio de los stalinistas, de los socialistas y de los anarquistas, la burguesía española había subordinado al proletariado, sin tomarse siquiera el trabajo de participar en el Frente popular: la aplastante mayoría de los explotadores de todos los matices políticos, se ha pasado abiertamente al campo de Franco. Sin ninguna teoría de la revolución permanente, la burguesía española ha comprendido, desde el comienzo, que el movimiento revolucionario de las masas, cualquiera sea su punto de partida, iba dirigido contra la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción y que le era absolutamente imposible dominar este movimiento, por las vías de la democracia. Es por ello que en el campo republicano no quedaron más que desechos insignificantes de las clases poseedoras, los señores Azáña, Companys y sus semejantes, abogados

políticos de la burguesía, pero de ningún modo la burguesía misma. Habiendo apostado completamente sobre la dictadura militar, las clases poseedoras supieron utilizar al mismo tiempo sus representantes políticos de *ayer* para paralizar, disgregar y ahogar en seguida el movimiento socialista de las masas sobre el territorio "republicano".

Si los republicanos de izquierda no representan ni en grado mínimo a la burguesía española, menos todavía representan a los obreros y campesinos. No representan a nadie, como no sea a ellos mismos. Sin embargo, gracias a sus aliados, stalinistas, socialistas, anarquistas estos fantasmas políticos han desempeñado en la revolución un papel decisivo. ¿Cómo? Muy simplemente: como encarnación del principio de la "revolución democrática", es decir, de la inviolabilidad de la propiedad privada.

Los stalinistas en el Frente Popular

Las causas de la aparición del frente popular español y de su mecánica interna, son absolutamente claras. La misión de los jefes en retiro del ala izquierda de la burguesía, consistía en detener la revolución de las masas y reconquistar así la confianza que le negaban los explotadores: "¿Para qué necesitan a Franco si nosotros, los republicanos, podemos hacer la misma cosa?". Los intereses de Azaña y de Companys coincidían plenamente, en este punto central, con los intereses de Stalin, que necesitaba ganar la confianza de la burguesía francesa e inglesa, mostrando con hechos que era capaz de proteger el "orden" contra la "anarquía". Azaña y Companys eran necesarios a Stalin como fachada protectora ante los obreros: ¡él mismo, Stalin, está evidentemente por el socialismo; pero no se puede rechazar a la burguesía republicana! Stalin era necesario a Azaña y a Companys, como verdugo experimentado con una autoridad de revolucionario: sin él, reducidos a ser un montón de desechos, jamás habrían podido ni osado atacar a los obreros.

Los reformistas tradicionales de la Segunda Internacional, extraviados hace tiempo por la marcha de la lucha de clases, experimentaron una nueva alza en su crédito, gracias al apoyo de Moscú. Por otra parte, este apoyo no fue concedido a todos los reformistas sino únicamente a los más reaccionarios. Caballero representaba en el partido socialista el ala que miraba hacia la aristocracia obrera. Negrín y Prieto dirigían siempre sus miradas hacia la burguesía. Negrín ha vencido a Caballero con la ayuda de Moscú. Los socialistas de izquierda y los anarquistas, prisioneros del Frente popular, se han esforzado por cierto por salvar de la democracia lo que aún era posible salvar. Pero como no han sabido movilizar las masas contra los gendarmes del Frente Popular, sus esfuerzos se han reducido, en fin de cuentas, a tristes lamentaciones. Los stalinistas se han encontrado así, en alianza con el ala más derechista, más abiertamente burguesa del partido socialista. Han asestado sus golpes a la izquierda, contra el P.O.U.M., contra los anarquistas y los socialistas de izquierda, es decir, contra los grupos centristas que

reflejaban, aunque en grado mínimo, la presión de las masas revolucionarias.

Este hecho político lleno de significación en sí mismo, da al mismo tiempo la medida de la degeneración del Comintern en los últimos años. Habíamos definido al stalinismo, en su tiempo, como un *centrismo burocrático*, y los acontecimientos han dado cierto número de pruebas de la exactitud de esta definición. Pero resulta hoy manifiestamente envejecida. Los intereses de la burocracia bonapartista, no concuerdan ya con la hibridización centrista. En su búsqueda de acomodos con la burguesía, la camarilla stalinista es capaz de entrar en alianza, únicamente con los grupos más conservadores de la aristocracia obrera mundial. El carácter contrarrevolucionario del stalinismo, sobre la arena internacional, queda con ello definitivamente demostrado.

Las ventajas contrarrevolucionarias del stalinismo

Llegamos aquí al centro de la resolución del enigma. ¿Cómo y por qué el partido "comunista" español, insignificante por su número y por el nivel de su dirección, ha podido concentrar en sus manos todas las palancas del poder, a pesar de la presencia de organizaciones socialistas y anarquistas incomparablemente más poderosas? La explicación común de que los stalinistas han trocado simplemente el poder por armas soviéticas, es demasiado superficial. Como precio de las armas, Moscú ha recibido el oro español. Según las leyes del mercado capitalista, es suficiente. ¿Cómo ha conseguido Stalin, en este truco, también el poder? A esto se responde habitualmente: elevando su autoridad a los ojos de las masas por la provisión de elementos militares, el gobierno soviético ha impuesto como condición para su "colaboración", la aplicación de medidas decisivas contra los revolucionarios y ha quitado de este modo, de su camino, a los adversarios más peligrosos. Todo esto es absolutamente indiscutible; pero sólo es uno de los aspectos del problema, y además el menos importante. No obstante la "autoridad" creada por los materiales de guerra soviéticos, el partido comunista español ha quedado como una pequeña minoría y ha merecido, por parte de los obreros, un odio siempre creciente. Por otra parte, por Valencia las Moscú impusiera condiciones; faltaba que Moscú aceptara. He aquí el nudo del problema. No sólo Zamora, Companys y Negrín, sino el mismo Caballero cuando era presidente del Consejo, fueron, con mejor o peor voluntad, al encuentro de las proposiciones de Moscú. ¿Por qué? Porque estos señores querían mantener la revolución en los cuadros burgueses. Ni los socialistas, ni tampoco los anarquistas, se han opuesto seriamente al programa stalinista. Ellos mismos tenían miedo de la ruptura con la burguesía. Les producía un pánico mortal cada ofensiva revolucionaria de los obreros. Stalin, con sus armas y su ultimatum contrarrevolucionario, fue para todos estos grupos, el salvador.

Les aseguraba según lo esperaban, la victoria militar sobre Franco y al mismo tiempo, los descargaba de toda responsabilidad en la marcha de la revolución. Se apresuraron a despojarse de sus caretas socialistas

y anarquistas, con la esperanza de utilizarlas de nuevo cuando Moscú restableciera para ellos la democracia burguesa. Para colmo de comodidad, estos señores podían justificar su traición hacia el proletariado, por la necesidad de la alianza con Stalin. Stalin, por su parte, justificaba su política contrarrevolucionaria, por la necesidad de la alianza con la burguesía republicana.

Sólo desde el punto de vista más amplio podemos explicarnos la paciencia angelical que han demostrado los campeones del derecho y de la verdad, tales como Azaña, Negrín, Companys, Largo Caballero García Oliver y otros frente a los representantes de la G.P.U. Si, como lo afirman no tuvieron otra alternativa no es porque no podían pagar los aviones y los tanques de otra manera que con las cabezas de los revolucionarios y con los derechos de los obreros, sino porque les era imposible realizar su propio programa "puramente democrático", es decir antisocialista, por otros medios que los del terror. Cuando los obreros y los campesinos entran en el camino de su revolución, es decir, se apoderan de las fábricas, de las tierras, expulsan a sus propietarios, toman el poder en algunos lugares, entonces la contrarrevolución burguesa —democrática, stalinista o fascista, tanto da— no posee otros medios para detener este movimiento, que la violencia sangrienta completada por la mentira y el engaño.

Sobre el territorio de la España republicana, se han enfrentado dos programas irreductibles. Por una parte, el programa de la salvación de la propiedad privada contra el proletariado, a todo precio y, en la medida de lo posible, la salvación de la democracia en contra de Franco. Por otra, el programa de la abolición de la propiedad privada, mediante la conquista del poder por el proletariado. El primer programa expresaba los intereses del capital, por intermedio de la aristocracia obrera, de las capas superiores de la pequeña burguesía y, sobre todo, de la burocracia soviética. El segundo programa traducida al lenguaje marxista las tendencias, no totalmente conscientes, pero poderosas, del movimiento revolucionario de las masas. Para desgracia de la revolución, entre el puñado de bolcheviques y el proletariado revolucionario se levantaba la muralla contrarrevolucionaria del Frente Popular.

A su vez, la política del Frente popular no fue determinada de ningún modo por la extorsión de Stalin como proveedor de armas. Seguramente no ha faltado la extorsión. Pero la razón del éxito de esta maniobra está contenida en las condiciones internas de la revolución misma. Su fondo social, en el curso de los seis años, había sido la ofensiva creciente de las masas, contra el régimen de la propiedad semifeudal y burguesa. Precisamente la necesidad de defender esta propiedad por los medios más extremos, es lo que ha echado a la burguesía en brazos de Franco. El gobierno republicano había prometido a la burguesía que defendería la propiedad con ayuda de medidas "democráticas", pero fracasó del modo más completo, sobre todo en julio de 1936. Cuando en lo referente a la propiedad, la situación se hizo más amenazadora todavía en el frente militar, los demócratas de todo pelaje, los anarquistas inclusive, se inclinaron ante Stalin; y este úl-

timo no ha hallado en su arsenal otros métodos que los de Franco.

Las persecuciones contra los "trotskistas", los miembros del P.O.U.M., los anarquistas revolucionarios y los socialistas de izquierda; las calumnias más bajas, los documentos fraguados, las torturas en las cárceles stalinistas, los asesinatos por la espalda —sin todo esto, el régimen burgués, bajo la bandera republicana, no se hubiera mantenido ni dos meses. La G.P.U. se ha encontrado dueña de la situación, sólo porque ha defendido de una manera más consecuente que otros, es decir, con más vileza y crueldad, los intereses de la burguesía en contra del proletariado.

En la lucha contra la revolución socialista el "demócrata" Kerensky, había buscado apoyo, primero en la dictadura militar de Kornilov, y después intentó entrar a Petrogrado en los furgones del general monárquico Krasnov. Por otra parte, los bolcheviques, para llevar la revolución democrática hasta el fin, se vieron obligados a derribar el gobierno de los charlatanes y de los ampulosos "demócratas". Por eso mismo han puesto fin, de pasada, a todas las tentativas de dictadura militar (o "fascista").

La revolución española demuestra una vez más que es imposible defender la democracia contra las masas revolucionarias, si no es con los métodos de la reacción fascista. E inversamente, es imposible conducir una lucha efectiva contra el fascismo si no es con los métodos de la revolución proletaria. Stalin ha luchado contra el "trotskismo" (la revolución proletaria), destruyendo la democracia con las medidas bonapartistas de la G.P.U. Esto refuta una vez más, y definitivamente, la vieja teoría menchevista, que se ha apropiado el Comintern, teoría que hace de la revolución democrática y de la revolución socialista dos capítulos históricos independientes, separados uno del otro en el tiempo. La obra de los verdugos de Moscú confirma, a su modo, la exactitud de la teoría de la revolución permanente.

El papel de los anarquistas

Los anarquistas no han tenido en la revolución española una posición independiente. No han hecho más que oscilar entre el bolchevismo y el menchevismo. Más exactamente, los obreros anarquistas tendían instintivamente a buscar una salida por el camino bolchevique (19 de julio de 1936, jornadas de mayo de 1937), mientras que los jefes, por el contrario, empujaban a las masas con todas sus fuerzas hacia el campo del Frente popular, es decir, del régimen burgués.

Los anarquistas han dado pruebas de una incomprensión fatal de las leyes de la revolución y de las tareas que ésta impone, cuando han ensayado limitarse a los sindicatos, es decir, a organizaciones de tiempos de paz, impregnadas de rutina, ignorando todo lo que pasaba fuera de los límites de los sindicatos en las masas, en los partidos políticos y en el aparato de Estado. Si los anarquistas hubieran sido revolucionarios, hubiesen llamado ante todo a la creación de soviets que reunieran a los representantes de todos los trabajadores de la ciudad y del campo, incluidas las capas más explota-

das que no habían entrado jamás en los sindicatos. En los soviets, los obreros hubieran ocupado naturalmente una posición dominante. Los stalinistas se hubiesen encontrado en una minoría insignificante. El proletariado se hubiese convencido de su fuerza invencible. El aparato del estado burgués hubiera quedado suspendido en el aire. No se precisaba un golpe muy fuerte para que este aparato quedara reducido a polvo. La revolución socialista hubiera recibido un impulso poderoso. El proletariado francés no hubiese permitido por mucho tiempo a León Blum que bloqueara la revolución proletaria, al otro lado de los Pirineos.

En lugar de esto, los anarco-sindicalistas que, refugiándose en los sindicatos, intentaban huir de la política, se han visto convertidos, con gran sorpresa de todo el mundo y de ellos mismos, en la quinta rueda del carro de la democracia burguesa. No será por mucho tiempo, porque a nadie sirve. Después que García Oliver y compañía ayudaron a Stalin y a sus acólitos a arrebatarse el poder a los obreros, los mismos anarquistas se vieron rechazados del gobierno del Frente popular. En esta situación no hallaron nada mejor que correr detrás del carro del vencedor y asegurarse su devoción. Escondían el miedo del pequeño burgués ante el gran burgués, del pequeño burócrata ante el gran burócrata, detrás de discursos lacrimosos sobre la santidad del frente único (de las víctimas con los verdugos) y la imposibilidad de admitir ninguna dictadura, la de ellos mismos también incluida. "Hubiéramos podido tomar el poder en junio de 1936..." "Hubiéramos podido tomar el poder en mayo de 1937..." Es así como los anarquistas imploraban a Negrín-Stalin el reconocimiento y la recompensa por su traición a la revolución. ¡Qué cuadro repugnante!

La sola justificación siguiente: "No hemos tomado el poder, no porque no hubiéramos podido hacerlo, sino porque no hemos querido, porque estamos contra las dictaduras, etc...", encierra una condenación sin apelación del anarquismo, como una doctrina completamente antirrevolucionaria. Renunciar a la conquista del poder, es dejárselo voluntariamente a quien lo posee, es decir a los explotadores. El fondo de toda revolución ha consistido y consiste en llevar una nueva clase al poder y darle así la posibilidad de realizar su programa. Imposible hacer la guerra sin desear la victoria. Nadie hubiera podido impedir a los anarquistas que, después de la toma del poder, establecieran el régimen que les hubiera parecido bien, admitiendo evidentemente que su programa sea realizable. Pero los mismos jefes anarquistas habían perdido la fe en él. Se han alejado del poder, no porque estén contra "toda dictadura" —de hecho, quieran o no, ellos han sostenido y sostienen la dictadura de Stalin-Negrín—, sino porque habían abandonado completamente sus principios y perdido el valor, si es que lo han tenido alguna vez. Tenían miedo, Tenían miedo de todo: del "aislamiento", de la "intervención", del "fascismo". Tenían miedo de Stalin. Tenían miedo de Negrín. Pero a lo que tenían más que a nada, estos compositores de frases, era a las masas revolucionarias.

El negarse a la conquista del poder, relega inevitablemente a toda organización obrera al pantano del re-

formismo y hace de ella un juguete de la burguesía: no puede ser de otra manera, dada la estructura de clases de la sociedad.

Al oponerse al fin —la toma del poder—, no podían los anarquistas, en fin de cuentas, dejar de oponerse a los medios, a la revolución. Los jefes de la C.N.T. y de la F.A.I. han ayudado a la burguesía no sólo a mantener la sombra del poder en julio de 1936, sino a recuperar también trozo a trozo lo que habían perdido de un solo golpe. En mayo de 1937 han saboteado la insurrección de los obreros y han salvado de esta manera la dictadura de la burguesía. Así, el anarquismo, que sólo quería ser antipolítico, resultó ser, en los hechos, antirrevolucionario, y en los momentos más críticos contrarrevolucionario.

Los teóricos que después del gran examen de los años 1931 a 1937 repiten las viejas chácharas sobre Kronstadt y afirman: "El stalinismo es el producto inevitable del marxismo y del bolchevismo" demuestran con ello que están definitivamente muertos para la revolución.

¿Dicen que el marxismo está viciado en sí mismo y que el stalinismo es su descendiente legítimo? ¿Por qué entonces nosotros, marxistas revolucionarios, nos hallamos en lucha a muerte con el stalinismo en el mundo entero? ¿Por qué entonces la camarilla ve en los trotskistas a su principal enemigo? ¿Por qué todo acercamiento a nuestras concepciones o a nuestro sistema de acción (Durruti, Andrés Nin, Landau y otros) obligan a los gangsters del stalinismo a recurrir a una represión sangrienta? ¿Por qué, por otra parte, los jefes del anarquismo español, en el momento de los crímenes de la G.P.U., en Moscú y en Madrid eran ministros de Cahallero-Negrín, es decir servidores de la burguesía y de Stalin? ¿Por qué ahora mismo, con el pretexto de luchar contra el fascismo, los anarquistas siguen siendo prisioneros voluntarios de Stalin-Negrín, es decir, de los verdugos de la revolución, que han demostrado toda su incapacidad para luchar contra el fascismo?

Los abogados del anarquismo que predicaban en nombre de Kronstadt y de Makhno, no engañan a nadie. En el episodio de Kronstadt y en la lucha contra Makhno, habíamos defendido la revolución proletaria contra la contrarrevolución campesina. Los anarquistas españoles han defendido y defienden todavía la contrarrevolución burguesa, contra la revolución proletaria. Ningún sofisma podrá borrar de la historia el hecho de que el anarquismo y el stalinismo se han encontrado en la revolución española, del mismo lado de la barricada; las masas obreras y los marxistas del otro. Tal es la verdad que entrará para siempre en la conciencia del proletariado.

El papel del P.O.U.M.

El P.O.U.M. no está situado mucho mejor. Es verdad que teóricamente ha intentado apoyarse en la fórmula de la revolución permanente (por esta razón los stalinistas han tratado a los miembros del P.O.U.M. como trotskistas). Pero las revoluciones no se conforman con simples reconocimientos teóricos. En lugar

de movilizar a las masas contra los jefes reformistas, incluidos los anarquistas, el P.O.U.M. trataba de convencer a estos señores de las ventajas del socialismo sobre el capitalismo. Sobre esta diapasón estaban concebidos todos los artículos y discursos de los dirigentes del P.O.U.M. Para no separarse de los jefes anarquistas, no organizaron sus células propias en la C.N.T., y, en general, no realizaron allí ningún trabajo. Eludiendo los conflictos agudos, no hicieron ningún trabajo revolucionario dentro del ejército republicano. En vez de esta labor crearon "sus propios" sindicatos y su "propia" milicia que defendía "su propio" edificio o se ocupaba de "sus propios" sectores del frente. Aislando la vanguardia revolucionaria de la clase, el P.O.U.M. debilitaba la vanguardia y dejaba a la masa sin dirección. Políticamente, el P.O.U.M. ha estado todo el tiempo más cerca del Frente popular, cuya ala izquierda cubría, que del bolchevismo. Si el P.O.U.M. ha caído, sin embargo, víctima de una represión sangrienta y vil, es porque el Frente popular no podía llenar su misión de ahogar la revolución socialista, de otra manera que cercenando pedazo a pedazo su propio flanco izquierdo.

A pesar de sus intenciones, el P.O.U.M. se encuentra al fin de cuentas como el principal obstáculo en el camino de la creación de un partido revolucionario. La revolución es irreconciliable con el centrismo. Lo desenmascara y lo aniquila. Compromete, de pasada a los amigos y a los abogados del centrismo. Esta es una de las más importantes lecciones de la revolución española.

El problema del armamento

Los socialistas y anarquistas que intentan justificar su capitulación ante Stalin alegando la necesidad de pagar las armas de Moscú con el abandono de los principios y de la conciencia, mienten simplemente y mienten estúpidamente. Es seguro que muchos de entre ellos hubieran preferido salir del paso, sin asesinatos ni falsificaciones. Pero cada fin impone sus medios. Desde abril de 1931, es decir, mucho antes de la intervención de Moscú, los socialistas y anarquistas han hecho todo lo que han podido para frenar la revolución proletaria. Stalin les ha enseñado el modo de llevar adelante este trabajo hasta el fin... Si se han convertido en los cómplices de Stalin, es porque perseguían los mismos fines políticos.

Si los jefes anarquistas hubieran adoptado una posición un tanto revolucionaria, desde el primer momento hubiesen debido responder al "chantaje" de Moscú, no sólo con la prosecución de la ofensiva socialista, sino con la divulgación de las condiciones contrarrevolucionarias de Stalin, ante la clase obrera mundial. De este modo hubieran obligado a la burocracia de Moscú a elegir abiertamente entre la revolución socialista y la dictadura de Franco. La burocracia terrorista teme la revolución y la odia. Pero también teme ser ahogada por el cerco fascista. Depende, además, de los obreros. Todo hace creer que Moscú se hubiera visto obligado a proveer las armas y muy probablemente a un precio más moderado.

Pero el Moscú de Stalin no es el alfa y el omega del

mundo. En un año y medio de guerra civil se pudo y se debió reforzar y desarrollar la industria de guerra española, adaptando a las necesidades bélicas una serie de fábricas civiles. Si no se ha realizado esta tarea, es únicamente porque las iniciativas de las organizaciones obreras han sido combatidas tanto por Stalin como por sus aliados españoles.

En este aspecto precisamente, aparece con mayor claridad el papel funesto del Frente Popular que imponía a las organizaciones proletarias la responsabilidad de la entrega traidora a la burguesía, llevada a cabo por Stalin. En tanto que los anarquistas estaban en minoría, no podían evidentemente, impedir de inmediato que el grupo dirigente aceptara los compromisos que quisiera ante Moscú y los amos de Moscú (Londres y París). Pero podían y debían, sin dejar de ser los mejores combatientes en el frente, delimitarse abiertamente de la traición y de los traidores explicando la situación real a las masas, movilizándolas contra el gobierno burgués, aumentando de día en día sus fuerzas, para apoderarse finalmente del poder y con ello, de las armas de Moscú.

¿Pero qué hubiera ocurrido si, desaparecido el Frente Popular, Moscú se hubiera negado a dar las armas? Nosotros contestamos a esto preguntando: ¿qué hubiera ocurrido si Moscú no hubiera existido del todo? Las revoluciones no han venido hasta hoy gracias a los grandes productores extranjeros que las proveyeran de armas. Los productores extranjeros se situaban habitualmente del lado de la contrarrevolución. ¿Es preciso recordar las experiencias de la intervención de los ejércitos franceses, ingleses y americanos, contra los soviets? El proletariado de Rusia ha vencido a la reacción interior y a los intervencionistas extranjeros, sin la ayuda militar del exterior. Los revolucionarios obtuvieron la victoria con la ayuda, en primer término, de un programa social claro y audaz, que es lo que da a las masas la posibilidad de apoderarse de las armas que se encuentran sobre su territorio y de disgregar el ejército enemigo. El Ejército Rojo se ha apoderado de las reservas militares francesas, inglesas y americanas y arrojó al mar los cuerpos de expedicionarios extranjeros. ¿Acaso se ha olvidado todo esto?

Si a la cabeza de los obreros y campesinos armados, es decir, a la cabeza de la España llamada "republicana" hubiera habido revolucionarios y no agentes poltrones de la burguesía, el problema del armamento no hubiera jugado nunca un papel de mucha importancia. El ejército de Franco, compuesto de rifeños coloniales y de los soldados de Mussolini, no estaba inmunizado en absoluto contra el contagio revolucionario. Rodeados por todas partes por la llama de la revolución, los soldados del fascismo se hubiesen visto reducidos a una cantidad insignificante. No eran armas ni "jefes militares" lo que faltaba en Madrid y Barcelona. Lo que faltaba era el partido revolucionario.

Las condiciones de la victoria

Las condiciones de la victoria de las masas en la guerra civil contra el ejército de los opresores, son substancialmente muy simples.

1º Los combatientes del ejército revolucionario deben tener plena conciencia de que se batan por su total emancipación social y no por el restablecimiento de la vieja forma ("democrática") de explotación.

2º Esto debe hacerse saber y entender, tanto a los obreros y campesinos en la retaguardia del ejército revolucionario, como a los que constituyen la retaguardia del enemigo.

3º La propaganda que se haga en el frente propio como en el del adversario y en la retaguardia de los dos ejércitos, debe estar profundamente impregnada con el espíritu de la revolución social. "Primero estará la victoria: luego las reformas", es la fórmula de todos los opresores y explotadores, empezando por los reyes bíblicos y terminando por Stalin.

4º La victoria la determinan las clases y capas sociales que participan en la lucha. Las masas revolucionarias deben tener un aparato estatal que exprese directa e íntimamente su voluntad. Un aparato de esta naturaleza, sólo pueden constituirlo los soviets de obreros, soldados y campesinos.

5º El ejército revolucionario no debe limitarse, en las provincias conquistadas, a proclamar sino que debe realizar inmediatamente las medidas más apremiantes de la revolución social: expropiación y entrega a los necesitados, de las reservas existentes de productos alimenticios, artículos manufacturados y otros; redistribución de los alojamientos, en beneficio de los trabajadores y especialmente de las familias de los combatientes; expropiación de la tierra y de los instrumentos agrarios, en provecho de los campesinos; establecimiento del control obrero sobre la producción y del poder soviético, en lugar de la burocracia.

6º En el ejército revolucionario debe eliminarse obligatoriamente a todos los enemigos de la revolución socialista, es decir, los elementos explotadores y sus agentes, aún aquellos que se cubran con la máscara de "demócratas", de "republicanos", de "anarquistas".

7º A la cabeza de cada división militar debe ponerse un comisario de indiscutible autoridad, irreproachable como revolucionario y como combatiente.

8º En cada división militar debe haber un núcleo bien firme de los combatientes más abnegados, recomendados por las organizaciones obreras. Los miembros de este núcleo tienen todas las obligaciones de los restantes combatientes y un solo privilegio: ser los primeros en la línea de fuego.

9º El comando militar tiene necesariamente en su seno, en los primeros tiempos, muchos elementos extraños y poco seguros. Su prueba y selección debe realizarse sobre la base de la experiencia militar, de los datos provistos por los comisarios y de las opiniones que provienen de los combatientes de filas. Hay que esforzarse al mismo tiempo, para llegar a tener elementos de dirección surgidos de las filas de los obreros revolucionarios.

10. La estrategia de la guerra civil debe combinar las reglas del arte militar, con las tareas de la revolución social. No sólo en la propaganda sino también en las operaciones militares, es necesario contar con la composición social de los diferentes partidos del ejército del adversario (voluntarios burgueses, campesinos

movilizados o, como en el caso de Franco, esclavos coloniales) y ceñirse estrechamente en la elección de la línea de operaciones, a la estructura social de las diferentes regiones del país (regiones industriales o campesinas, revolucionarias o reaccionarias, dominios de nacionalidades oprimidas), dicho en pocas palabras; la política revolucionaria rige la estrategia.

11. El gobierno revolucionario como expresión de los obreros y campesinos, debe saber conquistar la confianza del ejército y de la población laboriosa.

12. La política exterior debe tener por objetivo principal despertar la conciencia revolucionaria de los obreros, de los campesinos y de las nacionalidades oprimidas del mundo entero.

Stalin ha asegurado las condiciones de la derrota

Las condiciones para la victoria son, como lo hemos visto, completamente simples. Su conjunto se llama revolución socialista. Ninguna de estas condiciones ha existido en España. La razón principal de ello, es que no había un partido revolucionario. Stalin ha intentado, es verdad, transportar al terreno español las formas exteriores del bolcheviquismo: Buró Político, Comisarios, células, G.P.U., etc., pero ha vaciado a estas formas de su contenido socialista. Ha rechazado el programa bolchevique y junto con éste, los soviets que son la forma necesaria para la iniciativa revolucionaria de las masas. Puso la técnica del bolchevismo, al servicio de la propiedad burguesa. En su estrechez burocrática se imaginaba que los "comisarios" bastaban por sí mismos para asegurar la victoria. Pero los comisarios de la propiedad privada, sólo se mostraron capaces de asegurar la derrota.

El proletariado español ha manifestado cualidades combatives de primer orden. Por su peso específico en la economía del país, por su política y cultura, se encontró desde el primer día de la revolución, por encima del proletariado ruso de los comienzos de 1917. Fueron sus propias organizaciones las que constituyeron los principales obstáculos en el camino de la victoria. La camarilla dirigente, de acuerdo con su formación contrarrevolucionaria, estaba compuesta por agentes a sueldo, por arrivistas, por elementos desclasados y, en general, por toda suerte de desechos de la sociedad... Los representantes de las otras organizaciones obreras —reformistas invertebrados, frasesores anarquistas, centristas incurables del P.O.U.M.—, murmuraban, suspiraban, vacilaban, maniobraban, pero al fin de cuentas, se adaptaban a los stalinianos.

El resultado de todo su trabajo fue que el campo de la revolución social —obreros y campesinos— se encontró sometido a la burguesía, más exactamente, a su sombra; defraudado material y moralmente. No faltó el heroísmo de las masas ni el coraje de los revolucionarios aislados. Pero las masas fueron abandonadas a sí mismas, y los revolucionarios aislados se encontraron sin programa, sin plan de acción. Los jefes "republicanos" se preocupaban más por dominar la revolución social que por las victorias militares. Los so-

dados perdieron la confianza en su mando, las masas en su gobierno, los campesinos se mantuvieron alejados, los obreros cansáronse de las continuas derrotas, la desmoralización fue en aumento. No era cosa difícil prever todo esto, desde el comienzo de la guerra civil. Imponiéndose la misión de salvar el régimen capitalista, el Frente Popular estaba destinado a la derrota militar. Falsificando el bolchevismo, Stalin ha desempeñado con éxito el papel de sepulturero principal de la revolución.

La experiencia española, digámoslo de pasada, demostró una vez más que Stalin no ha comprendido absolutamente nada, ni de la revolución de octubre, ni de la guerra civil. Su lento espíritu provinciano ha quedado desesperadamente retrasado en la impetuosa marcha de los acontecimientos desde los años 1917-1921. Todos los discursos y artículos de 1917, donde él expresaba su pensamiento propio, contienen por entero su última "doctrina" terrorista. En este sentido el Stalin de la España de 1937, es el continuador de la Conferencia de los bolcheviques en marzo de 1917. Pero en 1917, sólo estaba atemorizado por los obreros revolucionarios y en 1937 los ha estrangulado. El oportunista ha devenido verdugo.

La guerra civil en la retaguardia

El filósofo demócrata exclamará con espanto: "¡Pero hubiera sido necesaria la guerra civil en la retaguardia de los ejércitos republicanos, para obtener la victoria sobre los gobiernos de Caballero y Negrín". Como si sin ello no se desencadenara en la España republicana una guerra civil, la más canallasca y deshonesta que se pueda concebir, la guerra de los propietarios y de los explotadores contra los obreros y los campesinos... Esta guerra incesante se traduce en las detenciones y los asesinatos de los revolucionarios, en el apaleamiento del movimiento de masas, en el desarme de los obreros, en el armamento de la policía burguesa, en el abandono en el frente, sin armas ni socorros, de los destacamentos obreros y finalmente en los escollos creados artificialmente para dificultar el desarrollo de una industria de guerra... Cada una de estas actitudes representa un golpe asestado en el frente, una manifestación traición militar dictada por los intereses de clase de la burguesía. No obstante, el filisteo "demócrata", ya sea stalinista, socialista o anarquista, juzgará que la guerra civil de la burguesía contra el proletariado, aun en la retaguardia inmediata al frente, es una guerra natural e inevitable, cuya finalidad es asegurar "la unidad del frente "Popular". Por el contrario, la guerra civil del proletariado contra la contrarrevolución "republicana" es, a los ojos del mismo filisteo, "una guerra criminal, fascista, "trotskista", que destruye... la unidad de las fuerzas antifascistas". Decenas de Norman Thomas, de Mayores Atlee, Otto Baur, Zimsky, Malraux y pequeños traficantes de mentiras, como Durrant y Luis Fisher, difunden esta sabiduría de esclavos a través del mundo entero. Entre tanto, el gobierno del Frente Popular se desplaza de Madrid a Valencia, de Valencia a Barcelona.

Si la revolución socialista, como lo atestiguan los hechos, es la única capaz de aplastar al fascismo, la insurrección victoriosa del proletariado no se concibe, por otra parte, sino cuando las clases dominantes se ven aprisionadas por grandes dificultades. Sin embargo, los filisteos demócratas invocan precisamente estas dificultades, para demostrar la imposibilidad de un levantamiento proletario. Si el proletariado esperara que los filisteos demócratas le anunciaran la hora de su emancipación, seguiría siendo eternamente esclavo. Enseñar a los obreros a reconocer a los filisteos reaccionarios, bajo todos sus disfraces y a despreciarlos cualquiera sean esos disfraces, es la primera y principal obligación de un revolucionario.

¿Cuál será el desenlace?

La era de los stalinistas en el campo republicano no será, por su naturaleza misma, de larga duración. Si las derrotas provocadas por la política del Frente Popular arrojan una vez más todavía al proletariado español en una ofensiva revolucionaria y esta vez con éxito, la camarilla stalinista será marcada a fuego. Pero si por desgracia, Stalin consigue llevar su tarea de sepulturero de la revolución hasta el fin, no debe esperar, ni aun en este caso, ningún reconocimiento. La burguesía española ha tenido necesidad de él, como verdugo; pero en calidad de protector y de preceptor le es completamente inútil. Londres y París por una parte, Roma y Berlín por otra, son a sus ojos mucho más dignos de confianza que Moscú. Es posible que Stalin mismo quiera retirarse de España antes de la catástrofe definitiva: espera de este modo trasladar la responsabilidad de la derrota, sobre sus propios aliados. Después de lo cual, Litvinov solicitará de Franco el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Es cosa que hemos visto ya más de una vez.

Sin embargo, aun la victoria militar completa del ejército republicano sobre el de Franco, no significaría el triunfo de la "democracia". Los obreros y los campesinos han llevado a los republicanos y a sus agentes de izquierda dos veces al poder: en abril de 1931 y en febrero de 1936. Las dos veces los héroes del Frente Popular, han dado la victoria del pueblo a los representantes más reaccionarios y más serios de la burguesía. La tercera victoria, obtenida por los generales del Frente Popular, significaría su acuerdo inevitable con la burguesía fascista, a expensas de los obreros y de los campesinos. Semejante régimen sólo sería otra forma de dictadura militar, quizás sin monarquía ni dominación manifiesta de la iglesia católica.

Es posible, finalmente, que las victorias parciales de los republicanos sean utilizadas por los intermediarios anglo-franceses "desinteresadamente" para reconciliar a los beligerantes. No es difícil comprender que en el caso de semejante variante, los últimos restos de democracia serían ahogados en los abrazos fraternales de los generales Miaja ("comunista") y Franco ("fascista"). Lo repetimos una vez más: ¡Sólo pueden vencer la revolución socialista o el fascismo!

4. La Clase Obrera "En Si" Dentro de la Sociedad Post-Capitalista

Isaac Deutscher

Los marxistas habían dado tácitamente por sentado que una vez que la clase obrera alcanzara una conciencia política que hiciera de ella una "clase para sí" se mantendría en esa posición y nunca volvería a caer en la inmadurez. Pero el proletariado ruso, después de derrocar al Zar, a los terratenientes y a los capitalistas, diezmado por la guerra civil y reconstruido luego por el aporte de millones de campesinos, retrocedió hasta quedar en la situación de una clase inarticulada, inconciente de sus intereses.

4. 1. Industrialización, Colectivización y Burocracia. Las Bases Sociales del Stalinismo

EN el curso de nuestro relato hemos aludido repetidas veces a esa peculiaridad de la historia rusa consistente en el extraordinario poder que el estado tiene sobre la nación. El viejo absolutismo zarista había extraído su fuerza del primitivo, indiferenciado y amorfo material de la sociedad rusa. "Mientras que en Occidente" —observaba Miliukov— "los estamentos habían creado el Estado, en Rusia el Estado había dado origen a los estamentos". Incluso el capitalismo ruso —agregó Trotsky— nació a la vida como "hijo de estado". La inmadurez de las clases sociales rusas indujo a los líderes de la "intelligentsia" y a los pequeños grupos de revolucionarios a reemplazar al pueblo y actuar como sus apoderados. Tras un surgimiento relativamente breve pero impetuoso de las energías populares rusas, durante las dos primeras décadas de este siglo, el agotamiento de estas energías en la guerra civil y la desintegración posrevolucionaria de la sociedad produjeron un efecto similar. En 1921-22, con una clase obrera incapaz de sostener su propio interés de clase, Lenin y su Vieja Guardia asumieron el rol de apoderados de aquella. La lógica de este "sustitutismo" les condujo a establecer el monopolio político del Partido Bolchevique, que luego dio lugar al monopolio mucho más cerrado de la facción stalinista. Para aprehender el curso ulterior de los acontecimientos y comprender la lucha entre Stalin y Trotsky, hemos de examinar brevemente la situación de las diversas clases de la sociedad soviética una década después de la guerra civil.

La contracción y dispersión de la clase trabajadora característica de los primeros años de la década del 20 era ya cosa del pasado. Bajo la N.E.P., y a medida que la industria se reataba, creció una nueva clase trabajadora casi tan numerosa como la antigua. Pocos años después, hacia 1932, la ocupación industrial había aumentado de 10 a 22 millones; y al correr del decenio se incorporaron tantos trabajadores nuevos a las fábricas y minas que ya, alrededor de 1940 la clase obrera había llegado a ser tres veces más numerosa que en cualquier otro momento de su historia. Sin embargo, pese a este inmenso crecimiento, el peso de la clase trabajadora no se hizo sentir políticamente. La influencia directa de los trabajadores sobre la vida po-

Isaac Deutscher, *The Prophet Outset* (Oxford University Press, London 1963).

lítica fue inconmensurablemente menor de lo que había sido en los últimos años del zarismo, para no hablar de 1917; eran por completo incapaces de hacerse valer contra la burocracia. Y no se trataba de que en un estado obrero no tuvieran necesidad de hacerlo; nada menos que Lenin insistía, en 1920-21, en que los trabajadores necesitaban defenderse contra su propio Estado; y si necesitaban hacerlo en 1921 necesitaban hacerlo *a fortiori* en 1931. Sin embargo permanecieron mudos y pasivos.

¿A qué respondía este fenómeno de un prolongado eclipse de la conciencia social y de parálisis de la voluntad política? No podía atribuirse meramente al terror, ni aun al terror totalitario, porque éste resulta eficaz o ineficaz en proporción a la resistencia que encuentre o deje de encontrar. En la clase obrera misma debía haber algo que fuera responsable de esta pasividad. ¿Qué era?

Los millones de nuevos trabajadores arribaron a la industria provenientes en su mayoría del campo primordialmente primitivo, primero en forma "espontánea", arrastrados por la superpoblación rural, y luego en el curso de la transferencia planificada de mano de obra de la granja a la fábrica, que el gobierno llevó a cabo utilizando las granjas colectivas como convenientes centros de reclutamiento. Los reclutados llevaron consigo (a las ciudades y a los establecimientos fabriles) el analfabetismo, la indiferencia y el espíritu fatalista de la Rusia rural. Desarraigados y aturdidos por un ambiente que no les era familiar, quedaron en seguida apesados en el tremendo mecanismo que iba a convertirlos en seres muy distintos de lo que habían sido, a introducirlos en el ritmo y la disciplina de la vida industrial, a adiestrarlos en labores mecánicas y a sumergirlos en los últimos mandamientos, prohibiciones y slogans del partido. Amontonados en enormes reducidos y barracas, vestidos con andrajos, desnutridos, apiñados en los talleres y a menudo sujetos a disciplina casi militar, los trabajadores fueron incapaces de resistir las presiones que se ejercían sobre ellos. Básicamente, su experiencia no fue muy distinta de la de las generaciones de campesinos desarraigados que fueron concentrados en los grandes hornos industriales del capitalismo primitivo. Pero mientras que bajo el *laissez faire* fueron la acción espontánea del mercado laboral y el miedo a la desocupación y el hambre los que transformaron y disciplinaron lentamente al campesino en trabajador industrial, en la Rusia stalinista fue el Estado el que se ocupó de esto y comprimió todo el proceso de transformación en un lapso mucho más breve.

Tan violenta fue la presión sufrida por el nuevo trabajador industrial, tan intenso el desgaste a que fue sometido, tan abandonado por Dios y por los hombres llegó a sentirse, y tan superado por las fuerzas gigantescas que modelaban su vida, que no tuvo ni la mentalidad ni la fuerza necesarias para formarse opinión alguna ni balbucir alguna protesta. Esporádicamente, su resentimiento hallaba salida en una trifulca de borrachos, en la rotura subrepticia de una máquina

o en la tentativa de escapar de una fábrica a otra. Trató de luchar por sí mismo y de mejorar su propia situación desentendiéndose de la situación de su clase. Su atávico individualismo, tanto como la prohibición de las huelgas, le impidieron asociarse para la autodefensa con sus compañeros de trabajo y actuar en solidaridad con ellos. Stalin, que iba extirpando ese individualismo en su terreno natal, en la aldea, lo alentó y se aprovechó de él en los talleres industriales, donde el stakhanovismo y la "competencia socialista" excitaron al máximo la ambición adquisitiva de los trabajadores y les impulsó a competir entre ellos en el trabajo.

Así, mientras el campesinado estaba siendo colectivizado, la clase trabajadora era reducida a un estado tal en que ya poco quedaba de su inclinación tradicionalmente colectivista. "Mientras que nuestro campesinado está siendo «proletarizado», nuestra clase trabajadora va siendo completamente infectada por el espíritu del campesinado", observaba con tristeza un sociólogo de la oposición. Esto no quiere decir que la solidaridad de clase y la militancia estuvieran completamente anuladas. Vivían todavía en los sobrevivientes de la "generación de octubre" y en un reducido sector de la juventud formada en la década del 20 como lo sabe cualquiera que alrededor de 1930 haya observado el abnegado entusiasmo con que los primeros *udarniki* se lanzaron a construir, a menudo sobre sus huesos, nuevas plantas siderúrgicas y energéticas entre las rocas desnudas de los Urales y más hacia el este todavía. La propaganda stalinista, contradictoria como era, seguía inculcando mucho de la tradición marxista, aunque distorsionándola o mutilándola. Los trabajadores imbuidos de esa tradición sentían resentimiento por la introducción del individualismo campesino en las fábricas y por la carrera en pos de salarios y premios. Pero esos trabajadores se encontraban en minoría y se hundieron bajo el peso de los millones de mujiks proletarizados. Más aún, el Estado y el partido drenaban continuamente los recursos intelectuales y políticos de la clase trabajadora al extraer de su seno a los individuos más educados, energéticos y con mayor conciencia de clase para cubrir con ellos los puestos dirigentes y administrativos recién creados o para destinarlos a las brigadas especiales encargadas de colectivizar a los campesinos. Privada de su élite, la clase trabajadora resultó más y más desgarrada por las fuerzas centrífugas y se resquebrajó. Por otra parte, desde luego, se hallaba también dividida profundamente en cuanto a la colectivización. La ofensiva en el campo despertó al principio grandes esperanzas entre los proletarios con fuerte trasfondo urbano, que siempre habían desconfiado de la burguesía rural. Pero los trabajadores venidos de las aldeas habían sido vejados, y llenaron las ciudades con la historia de los horrores perpetrados en el campo, despertando suma simpatía. El sociólogo a quien acabamos de citar observa que en los años del primer plan quinquenal las ciudades estaban llenas de gentes a las cuales describe como *sans culottes a rebours*. Desde la Revolución Francesa, explicaba, el *sans culotte*, el hombre sin propiedad, había sido siempre el enemigo de la propiedad; pero en la Unión Soviética, por ese entonces, era el más encarnizado defensor de la pro-

piedad. Su presencia y su estado de ánimo se hacían sentir hasta en los más antiguos baluartes del bolchevismo, lo que no puede sorprender cuando, por ejemplo, en la cuenca carbonífera de Donetz el 40 por ciento de los mineros que trabajaban en 1930 eran kulaks expropiados y campesinos. En las capas más viejas de las comunidades proletarias se albergaban sentimientos que iban desde un hosco rencor hacia la autoridad hasta el convencimiento de que el partido y el Estado, después de todo, expresaban las aspiraciones de la clase trabajadora y que toda oposición era inadmisible. Pero no cabía duda que la masa de los *sans culottes a rebours* y los numerosos lumpenproletarios, campesinos desplazados incapaces de encajar en ambiente industrial alguno que infectaban los suburbios y arrabales de alcoholismo y criminalidad, formaban potencialmente una vasta reserva de carne de cañón para cualquier movimiento "termidoriano", contrarrevolucionario o aun fascista.

Por su fragmentación, por su confusión y su falta de identidad política, la nueva clase trabajadora se asemejaba parcialmente al proletariado de la primitiva clase capitalista, al cual Marx había descrito como una "clase en sí" pero no "para sí". Una clase en sí desempeña su función económica en la sociedad, pero carece de conciencia de su ubicación en la sociedad; es incapaz de aprehender su propio interés corporativo e "histórico", y de subordinar a él los esfuerzos sectoriales o particulares de sus miembros. Los marxistas habían dado tácitamente por sentado que una vez que la clase trabajadora alcanzara una autointegración social y una conciencia política que hicieran de ella una "clase para sí" se mantendría indefinidamente en esa posición y nunca volvería a caer en la inmadurez. En cambio, la clase trabajadora de Rusia, después de derrocar al Zar, a los terratenientes y a los capitalistas, retrocedió hasta quedar en la situación inferior de una clase inconsciente de sus intereses e inarticulada.

II

El estado del campesinado era, por supuesto, todavía peor. Los golpes que cayeron sobre él lo desorganizaron y descompusieron seriamente. Y sin embargo antes de 1929 el campesinado parecía haber adquirido un grado de cohesión interna que difícilmente conociera en el pasado. Su masa parecía, y en cierta medida estaba, unida en la hostilidad con que enfrentaba al colectivismo bolchevique. Su antagonismo con respecto al partido y al Estado encubría divisiones internas, esto es, los conflictos entre los agricultores acomodados y los pobres. El kulak se hallaba a la cabeza de la comunidad aldeana; y los trabajadores campesinos y *bednyaks*, que durante años habían contemplado los esfuerzos de los bolcheviques por llegar a un acuerdo con aquel, se abstendían de desafiar la situación del kulak, a regañadientes, aceptaban su liderazgo. Y así los colectivizadores, al aparecer por primera vez en escena, encontraban difícil romper la solidaridad de los aldeanos. Tanto se había infatuado el kulak en su arrogancia y tanto había llegado a impresionar a los campesinos más

pobres que éstos no creían en la seriedad de los comisarios que amenazaban aniquilar al kulak. Muchos pensaban que era más seguro ponerse al lado del kulak y defender el viejo modo de cultivar que responder al llamamiento de los comisarios. Pero, a medida que iba haciéndose evidente la intención del gobierno de no retroceder, y cuando se advirtió que el kulak estaba irremisiblemente condenado, la unidad aldeana se hizo pedazos: la hostilidad entre los pobres y los acomodados, largo tiempo acallada pero ahora revivida, volvió por sus fueros. La gran masa se desintegró entre los intereses, los sentimientos y las especulaciones en pugna. Como el gobierno atacaba no sólo al capitalismo sino a la agricultura privada en general, y como hasta los campesinos más pobres debieron entregar sus reducidas posesiones, persistió la tendencia a la unidad entre quienes se aferraban a lo suyo. El instinto de la propiedad fue a menudo tan poderoso entre los campesinos más pobres como entre los más ricos; y este instinto junto con el común sentido de humanidad fueron sacudidos y afectados por la arbitrariedad y la inhumanidad de la colectivización. Sin embargo estos sentimientos fueron perturbados y debilitados por la fría reflexión de los campesinos pobres en el sentido de que ellos podían, después de todo, sacar ventaja de la expropiación de los pudientes, y de la aglutinación de las granjas; y finalmente, cuando ya no cabía dudar quién era el vencedor, muchos corrieron tras el carro de los triunfadores.

La idea de la agricultura colectiva, desde luego, no era extraña a la Rusia rural. El convencimiento de que la tierra es patrimonio común de quienes la trabajan, y no algo destinado por el Creador a enriquecer algunos y empobrecer a otros, ya había tenido profundo arraigo en el pasado; y el *Mir* o el *Obshtchina*, la primordial comuna rural dentro de la cual la tierra era periódicamente redistribuida entre sus miembros, habían sobrevivido hasta poco antes de la revolución — no fue sino en 1907 que el gobierno de Stolypin permitió al "agricultor poderoso" abandonar el *Mir* y así retirar sus posesiones de la redistribución escapando a su efecto nivelador. En verdad, a partir de 1917 el apego del campesino a su parcela de tierra propia y agrandada, había crecido inmensamente. A despecho de ello, los agitadores del partido podían aún presentar al kolkhoz como el sucesor legítimo del *Mir* y recomendarlo a los aldeanos, no como una innovación subversiva sino más bien como la resurrección, en forma modificada, de una institución nativa que aunque corroida por la voracidad y la rapacidad capitalistas todavía era recordada con reverencia. De modo que los impulsos y las influencias determinantes de la conducta del campesinado eran complejos y contradictorios.

Mientras los campesinos eran reducidos rápidamente a este estado, se entregaban con demente entusiasmo a la disipación. En los primeros meses de colectivización faenaron más de 15 millones de vacas y bueyes, casi 400 millones de cabras y ovejas, 7 millones de cerdos y 4 millones de caballos; la matanza continuó hasta que el stock ganadero del país cayó a menos de la mitad de lo que había sido. Esta gran orgía de carne

era el plato principal del festín con que el pequeño propietario celebraba su propio funeral. El kulak comenzaba la carnicería e invitaba a los otros a seguirlo. Viendo que lo había perdido todo, que él, el proveedor de la nación, iba a ser despojado de su propiedad, se lanzó a despojar a la nación de su reserva de alimentos; y antes que permitir a los colectivizadores que se llevaran su ganado a los establos colectivos, llenaba de reses sus depósitos a fin de que sus enemigos murieran de hambre. Los colectivizadores fueron al principio tomados de sorpresa por esta forma de "guerra de clases" y contemplaban con impotente asombro cómo los campesinos "medios" y aun los pobres se sumaban a la carnicería, hasta que toda la Rusia rural quedó convertida en un matadero.

Así empezó el extraño carnaval de la desesperación y del frenesí por las ollas repletas. Una epidemia de orgiástica glotonería se extendió de aldea en aldea, de *volost* en *volost*, de *gubernia* en *gubernia*. Hombres, mujeres y niños comían hasta el hartazgo, vomitaban y volvían a abalanzarse sobre las ollas. Nunca se había bebido antes tanto vodka en el país — casi cada choza se transformó en una destilería —, y la embriaguez era pesada y profunda, a la manera tradicional de los esclavos. Mientras todos comían y bebían, los kulaks iluminaban las aldeas convirtiendo en hogueras sus graneros y establos. La gente se ahogaba con el hedor de la carne podrida, con los vapores del vodka, con el humo de sus propiedades en llamas, y con su propia desesperación. Esa era frecuentemente la escena sobre la cual descendía una brigada de colectivizadores para interrumpir la horrible francachela con el tableteo de sus ametralladoras; ejecutaban en el acto o expulsaban a los crupulosos enemigos de la colectivización y anunciaban que de allí en más todos los restantes aldeanos, como miembros ejemplares del kolkhoz, trabajarían únicamente por el triunfo del socialismo en la agricultura. Pero después que los kulaks y los *podkulachniki*, sus secuaces, habían sido eliminados, la matanza de ganado y el festín siguieron adelante; no había modo de detenerlos. Se sacrificaba a los animales porque no quedaba forraje o habían enfermado por negligencia; y aun los *bednyaks* que, habiéndose unido a los kolkhozes tenían interés vital en preservar su riqueza, siguieron dilapidándola y llenando sus estómagos tanto tiempo hambreados. Luego sobrevino el ayuno largo y horrible: las granjas quedaron sin caballos y sin semilla para siembra; los kolkhozniki de la Ucrania y la Rusia europea corrieron al Asia central a comprar caballos y, tras retornar con las manos vacías, ataron a los arados los pocos bueyes y vacas que quedaban; y en 1931 y 1932 vastas extensiones de tierra permanecieron sin cultivar y los surcos quedaron sembrados con los cuerpos de mujiks muertos por inanición. El pequeño propietario pereció como había vivido, en patético desamparo y barbarie; y su derrota final fue moral, además de económica y política.

Pero los colectivizadores también estaban moralmente derrotados; y, como hemos dicho, el nuevo sistema de la agricultura iba a funcionar bajo el peso de esta derrota en los años posteriores. Normalmente una revolución no depende para el éxito de su tarea construc-

tiva de la clase social a la cual ha derrocado, sea la de los terratenientes o la burguesía; puede confiar en las clases que se han puesto de su lado. La paradoja de la revolución rural de 1929-30 fue que la realización de su programa positivo dependía precisamente de los vencidos: la agricultura colectiva no podía florecer desde el momento en que el pequeño propietario transformado en kolkhoznik no estaba dispuesto a hacerla funcionar.

III

La falta de cohesión moral y política entre los trabajadores y los campesinos dio lugar a la aparente omnipotencia del Estado. Si después de la guerra civil la dominación burocrática se estableció sobre el trasfondo de la desintegración económica y la dispersión de la clase trabajadora, ahora esa dominación ganaba un poder virtualmente ilimitado en base a procesos opuestos, en base a la expansión y crecimiento económicos, que habían de dar nueva estructura y fisonomía a la sociedad pero que inmediatamente hacían a la sociedad todavía más informe e incrementaba su atrofía mental. En los años que vendrían todas las energías de la Unión Soviética iban a estar tan intensamente ocupadas con el progreso material y los prodigiosos esfuerzos que éste requeriría, que no iban a quedar casi recursos para la afirmación de propósitos morales o políticos de ninguna clase. Y, como el poder del Estado era tanto mayor cuanto que era ejercido sobre una nación políticamente reducida a pulpa, los que estaban en el poder hicieron cuanto estuvo en sus manos por mantener al país precisamente en esas condiciones.

Sin embargo, incluso la burocracia no estaba realmente unida por ningún interés o perspectiva común. Todas las divisiones que separaban a las otras clases se veían reflejadas en su seno. El antiguo extrañamiento entre los funcionarios comunistas y no comunistas estaba aún allí; se revelaba con crudeza en los frecuentes procesos extraordinarios a "especialistas" denunciados como saboteadores y "destructores". En los años de la N.E.P. la mayoría de estos "especialistas" y sus amigos habían esperado con confianza el momento en que la fuerza dinámica de la revolución entrara en reposo y Rusia volviera a ser un estado "normal". Sin duda ellos habían orado por aquella Neo-N.E.P. y aquel Termidor cuyos espectros rondaban en torno a los Trotskistas y a los Zinovievistas; habían apoyado primero a Stalin y Bulharin contra Trotsky; y luego esperaron ver prevalecer contra Stalin a Bulharin, o a cualquier otro "termidoriano auténtico". En el sector bolchevique de la burocracia los bulharinistas y los stalinistas se hallaban enfrentados. Los primeros, fuertemente atrinchados durante los años de la N.E.P., fueron rastreados y expulsados de la administración. Hombres nuevos de la clase trabajadora y de la joven intelligentsia ocuparon sus lugares y todas las demás vacantes que se abrían por entonces. La composición de la burocracia era por lo tanto, altamente inestable, y su perspectiva heterogénea. Incluso el único vínculo que podía esperarse que la uniera, el vínculo

del privilegio, era extraordinariamente tenue, toda vez que no sólo individuos sino grupos enteros de la burocracia podían ser, y frecuentemente eran, despojados de todos los privilegios, convertidos en parias y conducidos a campos de concentración, casi de la noche a la mañana. E incluso los elementos estrictamente stalinistas, los hombres de la máquina partidaria y los líderes de la industria nacionalizada, que formaban los núcleos dirigentes propiamente dichos, no estaban en modo alguno exentos de la inseguridad en medio de la cual temblaban todas las jerarquías bajo la autocracia de Stalin.

De manera que la febril expansión económica, la intranquilidad general que la acompañaba, el eclipse de la conciencia social en las masas, y la extenuación de su voluntad política formaban el trasfondo para el proceso mediante el cual el dominio de una sola facción pasaba a ser ahora el dominio de un solo líder. La mera multiplicidad de los conflictos entre clases y dentro de cada clase, conflictos que la misma sociedad era incapaz de resolver, reclamaba continuamente el arbitraje, y éste sólo podía provenir del mismísimo pináculo del poder. Cuanto mayores fueran la inseguridad, la fluidez y el caos que estaban debajo, tanto más fijo y estable tenía que ser ese pináculo. Cuanto más débiles y carentes de voluntad se mostraban todas las fuerzas sociales, más fuerte y enérgico se volvía el árbitro; y cuanto más poderoso se tornaba éste, tanto más condenadas estaban aquellas fuerzas a permanecer en la impotencia. El tenía que concentrar en sí mismo todo el vigor de la decisión y de la acción que a ellas les faltaba. Tenía que reunir en sí todo el élan disperso de la nación. En la medida en que el grueso del pueblo se hundía por debajo del nivel de la aspiración humana él debía mostrarse sobrehumano. Su mente infalible tenía que dominar sobre el vacío de las demás mentes. Su insomne vigilancia protegía a los otros contra todos los peligros que ellos ignoraban y ante los cuales no podían defenderse. Todos tenían que ser ciegos para que él, el único vidente, pudiera conducir. Tenía que ser proclamado como el único depositario de la revolución y del socialismo; y sus colegas que hasta entonces ejercieran esa representación junto con él tenían que ser aplastados. Para colocar su preeminencia más allá de todo peligro las multitudes debían aclamarle sin cesar; y él mismo tenía que mantener su preeminencia con el mayor cuidado y vigilar que la adulación popular fuera interminablemente in crescendo. Como el Elegido por la Historia, en Hegel, corporizaba una gran fase en la vida de la nación, y ciertamente, de la humanidad. Pero para esa megalomanía obsesiva que su situación había engendrado en él, aun esto no era suficiente: los brazos de Superman habían traspasado el marco de su tiempo; en él debían vivir y fusionarse el pasado, el presente y el futuro: el pasado con los fantasmas de los primeros zares constructores del imperio codeándose increíblemente con las sombras de Marx y Lenin; el presente con su tremenda fuerza eruptiva y creadora; y el futuro refulgente con la realización de los sueños más sublimes de la humanidad. El secreto de esta grotesca apoteosis, empero, reside menos en Stalin que en la sociedad que él go-

bernó: como dicha sociedad perdió su identidad política y el sentido de su tremendo movimiento propio, esa identidad y todo el movimiento de la historia se personalizaron en el Líder.

IV

El proceso por el cual el gobierno stalinista se transformó en el gobierno de Stalin es menos claro y consecuente que la evolución que le había dado origen, es decir, la transformación del dominio del partido bolchevique en el dominio de la facción stalinista. Desde el principio el monopolio político de dicha facción había sido en alguna medida el monopolio del propio Stalin, porque sus prosélitos tuvieron siempre una disciplina mucho más rígida que la de sus rivales. El había ejercido el comando exclusivo de sus adherentes de una manera que no se dio en Trotsky, Bukharin ni Zinoviev. Sin embargo, luego de aplastar a sus opositores, Stalin tenía que completar aún el control absoluto sobre sus acólitos. Resultaba ahora que el dominio de una sola facción del mismo modo que el dominio de un solo partido involucraba una contradicción. Al igual que en el partido único, y mientras los miembros pudieran expresarse con libertad, los diversos grupos y escuelas formaban un oscuro sistema multipartidario incompatible con aquél, de manera que la facción única tendía a reproducir dentro de sí misma reflejos deshilvanados de las facciones y escuelas que ella precisamente había suprimido. Stalin tuvo que perseguir a los crypto-trotskistas y crypto-bukharinistas entre sus propios prosélitos. Tuvo que quitarles a éstos las libertades restringidas que aún les quedaban. Les tocaba ahora el turno de descubrir que, tras haber privado de la libertad a todos sus opositores, ellos mismos se habían despojado de ella, colocándose a completa merced de su propio Líder. Después de haber proclamado alguna vez que el partido debía ser monolítico so pena de no ser bolchevique, Stalin insistía ahora en que su propia facción debía ser monolítica so pena de no ser stalinista.

La personalización de todas las relaciones políticas afectó también la posición de Trotsky. A medida que Stalin pasaba a ser la única encarnación oficial y ortodoxa de la revolución, Trotsky se convertía en su único representante no oficial y no ortodoxo. Nada de esto había ocurrido hasta 1929. La oposición trotskista no involucraba en manera alguna el dominio personal de Trotsky, aunque éste era su líder máximo. Su centro directivo incluía a hombres independientes y de mentalidad muy desarrollada: Rakovsky, Radek, Preobrazhensky, Smirnov, Pyatakov y otros, ninguno de los cuales puede ser definido como criatura de Trotsky; y la lucha de base por la libertad dentro del partido preservaba a ésta dentro de los confines de su propia facción. En la Oposición Conjunta, Zinoviev y Kamenev, aunque conscientes de la superioridad de Trotsky, eran sumamente celosos de su propia autoridad y trataban con él en pie de igualdad. No sólo no les imponía Trotsky sus dictados, sino que a menudo, como hemos visto, se veía trabado en su acción contra Stalin por las concesiones que hacía a sus adherentes o alia-

dos temporarios. Hasta 1929 también la escuela de pensamiento de Bukharin representaba una alternativa tanto frente al stalinismo como al trotskismo, una alternativa que atraía a muchos dentro y fuera del partido. Por eso, a pesar de la creciente concentración de poder en manos de Stalin y al creciente conformismo, los anhelos y esperanzas de los bolcheviques no se centraban todavía en un líder o una política únicos, sino que se adherían a diversas personalidades, a diversas facciones dirigentes, a distintas actitudes y matices de opinión.

Los sucesos de 1929-30 cambiaron todo esto. La escuela de pensamiento bukharinista fue destruida aun antes de llegar al enfrentamiento abierto con Stalin. No pudo seguir argumentando contra los hechos consumados del Gran Cambio; ya no pudo resistir la tendencia industrial ni seguir confiando en el poder de la agricultura. El alfa y omega del bukharinismo había sido su acercamiento al campesinado, y esto ya carecía de sentido. Desde el momento en que se extinguió el pequeño propietario la Oposición de Derecha no tuvo en qué apoyarse. Allí reside la diferencia esencial entre la derrota de Trotsky y Zinoviev y la de Bukharin y Rykov: para vencer a los primeros, Stalin tuvo que despojarlos de sus armas políticas, mientras que los segundos tuvieron que desechar ellos mismos sus armas por anticuadas. He aquí por qué Bukharin, Rykov y Tomsky, cuando fueron expulsados del Politburó en noviembre de 1929, se retiraron con un gemido casi inaudible, mientras que Zinoviev y Kamenev, en su tiempo, habían desanarecido con un grito de batalla.

La capitulación de los zinovievistas y la muerte del bukharinismo dejó al stalinismo y al trotskismo como únicos contendores en nombre de la fe bolchevique. Pero ahora, en virtud de una evolución extrañamente paralela aunque antitética, estas dos facciones iban también desintegrándose, cada una a su manera, los trotskistas a través de las incessantes defecciones y los stalinistas por la duda y la confusión anidadas en su seno. Y así como el stalinismo, a la hora de la victoria, estaba siendo reducido a la autocracia de Stalin, así el trotskismo, en la derrota, pasaba a identificarse sólo con Trotsky. A buen seguro, aun después de todas las capitulaciones quedaban opositores impenitentes en las cárceles y en los lugares de deportación; y a principios de la década del 30, mientras los conducía Rakovsky, sus filas se veían algunas veces reforzadas por nuevos adherentes y por el regreso de capitaladores, decepcionados ante el resultado de la capitulación. Empero, a despecho de todos estos progresos, el trotskismo no pudo recuperar la coherencia y la confianza que aún poseía en 1928. Era en el mejor de los casos un conjunto desunido de grupos fragmentarios conscientes de su aislamiento, desilusionados de sus posibilidades, pero que mantenían, sin embargo, su adhesión a Trotsky, a lo que Trotsky representaba o lo que suponían que representaba. Todavía discutían entre ellos y elaboraban tesis y disertaciones controvertidas, pero éstas sólo circulaban entre los muros de las prisiones. Aun antes de que el terror llegara a su clímax con las grandes purgas, los trotskistas eran incapaces de utilizar las prisiones y lugares de exilio como bases de acción po-

lítica en la forma en que lo habían hecho los revolucionarios en los tiempos del zarismo; sus ideas no llegaban a la clase trabajadora ni a la intelligentsia. Con los años su contacto con Trotsky se hizo más y más débil hasta que en 1932 cesó totalmente su correspondencia con él. Ya no sabían exactamente por qué luchaba Trotsky; y él ya no podía confirmar si sus ideas coincidían o no con las de aquéllos. A él no le quedaba más alternativa que ocupar el lugar de la Oposición en su conjunto, y ellos no podían hacer otra cosa que admitirlo, expresa o tácitamente, como su único depositario y por definición como el único depositario de la revolución. Su única voz era ahora la voz de la Oposición; y el inmenso silencio de toda la Rusia antistalinista era su caja de resonancia.

Así, contra Stalin, el único depositario del bolchevismo en el poder, Trotsky, se erigió solitario como el representante del bolchevismo en la oposición. Su nombre, como el de Stalin, adquirió algo de mito; pero mientras el de Stalin era el mito del poder respaldado por el poder, el suyo era la leyenda de la resistencia y el martirologio acrisolado por los mártires. Los jóvenes que en los años 30 enfrentaban a sus verdugos con el grito de "¡Viva Trotsky!" frecuentemente sólo conocían un atisbo de sus ideas. Se identificaban con un símbolo más bien que con un programa, el símbolo de su propio odio contra la miseria y la opresión que les rodeaba, de su regreso a la gran promesa de Octubre y de su propia, más bien vaga, esperanza en el "renacimiento" de la revolución.

No sólo los adherentes declarados de Trotsky y la mayoría de los claudicantes le veían así. La sensación de que él representaba la única alternativa al stalinismo persistió incluso entre los miembros del partido que camplan en silencio las órdenes de Stalin, y fuera del partido, entre los trabajadores politizados y la intelligentsia. Doquiera la gente temiera o pensara que Stalin la estaba llevando hasta el borde de la catástrofe, y toda vez que su mansedumbre era golpeada por algún exceso de brutalidad de Stalin, sus pensamientos volaban con presteza hacia Trotsky, de quien sabían que no había depuesto sus armas y continuaba en tierra extranjera su lucha solitaria contra los corruptores de la revolución.

Stalin estaba aprensivamente al tanto de esto; y trató a Trotsky como en los antiguos tiempos un monarca establecido trataba a un pretendiente peligroso, o como en las épocas del Doble y el Triple Cisma trataba el Papa al Antipapa. Era el rol de un Antipapa el que las ironías de la historia reservaban ahora a Trotsky, el heredero del marxismo clásico, que era completamente inadecuado para semejante rol y no era capaz de actuarlo ni desear hacerlo. A lo largo de una década cargada de los episodios más críticos y explosivos, la transformación de la sociedad soviética, la gran crisis económica en Occidente, el ascenso del nazismo y el ruido sordo de la guerra cercana, a través de los años 20 y 30 el duelo entre Stalin y Trotsky siguió ocupando el centro de la política soviética, oscureciendo frecuentemente todos los demás problemas. Ni por un momento afluyó Stalin, ni permitió que descansaran sus propagandistas y policías, en la campaña antitrotskista

El miedo al pretendiente le robaba el sueño. Estaba siempre al acecho de los agentes del pretendiente que audieran cruzar subrepticamente las fronteras, introduciendo los mensajes del pretendiente, incitando, intrigando y llamando a la acción. La sospecha que atormentaba a Stalin le impulsaba a tratar de leer los pensamientos ocultos que los más obsecuentes de entre sus súbditos pudieran abrigar sobre Trotsky; y desearía en sus expresiones más inocuas, en las mismísimas sonajas de sus cortesanos, alusiones deliberadas y ocultas a la legitimidad de las pretensiones de Trotsky. Cuanto más se agrandaba la figura de Stalin y más abyeccionalmente caían a sus pies los viejos prosélitos de Trotsky, más delirante era su obsesión con Trotsky y más incansablemente laboraba por lograr que toda la Unión Soviética compartiera esa obsesión. El frenesí con que roseguía la contienda, convirtiéndola en la principal recuperación del comunismo internacional así como de la Unión Soviética y subordinándole todos los intereses políticos, tácticos, intelectuales, y de otra naturaleza, esafía la descripción: difícilmente haya en toda la historia otro caso en que recursos tan inmensos de poder propaganda fueran empleados contra un solo individuo.

Morbosa como era, la obsesión tenía una base en la realidad. Stalin no había conquistado el poder de una vez y para siempre; debía reconquistarlo una y otra vez. Su éxito no debe oscurecer el hecho de que por lo menos hasta el final de las grandes purgas su supremacía permaneció sin consolidar. Cuanto más alto se

odiarle y a quienes él temía y odiaba. Veía que las viejas divisiones entre sus oponentes, las diferencias entre bolcheviques de izquierda y de derecha, iban desdibujándose y cancelándose; así era atemorizado por esas "conspiraciones de izquierda-derecha", y de los bloques "trotskistas-bukharinistas" que su policía debía desenterrar o inventar de nuevo, una y otra vez, y cuya existencia era ciertamente inherente a la situación. Finalmente, su ascendencia sobre su propia facción convertía incluso a los auténticos viejos stalinistas en aliados potenciales de los trotskistas, de los zinovievistas y de los bukharinistas. Elevado por sobre todo el partido bolchevique, veía, no sin razón, al partido entero como una coalición potencial contra su persona; y tenía que usar cada gramo de su fuerza y de su astucia para impedir que lo potencial llegase a ser real. Sabía que si alguna vez esa coalición llegaba a materializarse, Trotsky habría de ser su líder indiscutido. Habiendo logrado que los jefes de todas las oposiciones se prosternaran ante él, Stalin trabajaba sin quererlo para exaltar la inigualada autoridad moral de Trotsky. Debió entonces hacer todo cuanto podía, y mucho más de lo que podía, para destruirla. Recurrió a medios cada vez más drásticos y a calumnias cada vez más absurdas; pero sus esfuerzos eran contraproducentes. Cuanto más ruidosamente denunciaba a su adversario como el principal o único promotor de cada herejía y oposición, más fuertemente orientaba todos los mudos sentimientos antistalinistas, con los cuales estaba inundada la Rusia bolchevique, hacia la remota pero descollante figura del proscrito. FIN

La Revolución Permanente en 1905

La historia desconocida en la historia, reunido en sus manos fuerzas y medios colosales y llegado a ser la iniciadora de la liquidación del capitalismo en escala mundial. Sólo podemos insinuar aquí, el contraste entre la visión de Trotsky y su visible materialización. El esperaba que el nuevo régimen en Rusia se transformara en el iniciador e inspirador, pero no en el amo, de la revolución internacional; y veía la "liquidación del capitalismo más allá de Rusia" como el logro genuino de las clases trabajadoras occidentales más bien que como subproducto de un avance victorioso de los ejércitos soviéticos.

Pero por mucho que el curso de los acontecimientos ya oscilado y divergido respecto a la ruta que Trotsky había dibujado en 1904/6, hacia mediados del presente siglo, nuevamente parecía haber aprehendido correctamente el "curso principal de las cosas". Ya sea que uno lea su mensaje con terror o con esperanza, sea que uno lo vea como el inspirado heraldo de una nueva era, que supera a toda la historia en logro y grandeza, o como el oráculo de la ruina y la miseria,

uno no puede menos que quedar impresionado por la amplitud y el arrojo de su visión. Exploraba el futuro como alguien que desde lo alto de una montaña descollante, estudia un nuevo e inmenso horizonte y señala a la distancia extensiones vastas e inexploradas. En verdad, desde esa altura no pudo ver todo el panorama inmediatamente debajo de él: partes de ese panorama se encontraban envueltos por densos bancos de niebla, y el juego de la distancia y la perspectiva le daban a las cosas otra apariencia de lo que podía verse desde el valle. Calculaba equivocadamente la dirección exacta de un camino importante; veía dos o tres puntos distintos fundidos en uno solo; y lo más grave de todo, escapaba de su vista un enorme abismo rocoso, en el cual él mismo se perdería un día. Pero su compensación era la magnitud única de su horizonte. Comparada con esta visión que Trotsky delineó desde su celda en la fortaleza, las predicciones políticas formuladas por sus más ilustres y sagaces contemporáneos, incluyendo a Lenin y Plejanov, eran tímidas y confusas. FIN

4.2. ¿Qué es la URSS?

León Trotsky

¿Divergencias políticas o terminológicas?

COMENCEMOS por plantear la cuestión de la naturaleza del Estado soviético, no en el plano sociológico abstracto, sino en el de las tareas políticas concretas. Aceptemos, como principio, que la burocracia es una nueva "clase" y que el actual régimen de la URSS es un sistema especial de explotación de clases. ¿Qué nueva conclusión política se desprende, para nosotros, de estos conceptos? La Cuarta Internacional ha reconocido desde hace largo tiempo la necesidad de derrocar la burocracia por medio de la insurrección revolucionaria de los trabajadores. Quienes declaran que la burocracia es una nueva "clase" explotadora no proponen, ni podrían proponer en absoluto nada distinto. La finalidad del derrocamiento de la burocracia es el restablecimiento del poder de los soviets, una vez extirpada de ellos la actual burocracia. Los críticos de izquierda ni proponen ni podrían proponer nada que no sea eso. La tarea de los soviets regenerados será el apoyo a la revolución internacional y la edificación de la sociedad socialista. El derrocamiento de la burocracia presupone, por consiguiente, el mantenimiento de la propiedad estatizada y de la economía planeada. Aquí es donde reside el meollo de todo el problema.

Claro que la repartición de las fuerzas productivas entre las distintas ramas de la industria, debe hallarse determinado por los intereses, no de los burócratas, sino de los productores mismos. Mas como, a pesar de todo, se trata del derrocamiento de la oligarquía parasitaria, pero sin perjuicio de mantener la propiedad nacionalizada (estatal), nosotros calificamos la futura revolución como política. Algunos de nuestros críticos (Ciliga, Bruno R., etc.), quieren a cualquier precio calificar la futura revolución como social. Aceptemos esta denominación. ¿Qué cambia ella, en el fondo? A las tareas de la revolución que hemos enumerado, no añade absolutamente nada.

Nuestros críticos, por regla general, toman los hechos tal como nosotros los hemos establecido desde hace largo tiempo. En el fondo, no añaden absolutamente nada a la apreciación de la situación de la burocracia en la sociedad soviética, de las relaciones entre ella y los trabajadores o del papel del Kremlin en la arena internacional. En todo ese dominio, no sólo no corrigen

Revista Claridad (Bs. As. 1940).

La vieja terminología sociológica no preparó ni podía preparar una denominación para un fenómeno social nuevo, que se encuentra en proceso de desarrollo y no toma formas estables. Si se reconoce que la burocracia soviética es una "clase", es preciso decir también que esa clase no tiene nada semejante a todas las clases poseedoras conocidas en el pasado.

ellos nuestros análisis, sino que, por el contrario, se apoyan enteramente sobre él y aún se limitan exclusivamente a él. Nos acusan solamente de no extraer las "conclusiones" necesarias. Del examen se desprende, sin embargo, que esas conclusiones tienen un carácter puramente terminológico. Nuestros críticos se rehúsan a calificar un Estado obrero degenerado como Estado obrero. Exigen que se considere la revolución contra esta burocracia, no como política, sino como social. Si nosotros les acordáramos esas concesiones terminológicas, colocaríamos a nuestros críticos en una situación extremadamente difícil, ya que no sabrían qué hacer con su victoria, puramente verbal.

¿Tumor o nuevo órgano?

Nuestros críticos han invocado, más de una vez, el hecho de que la actual burocracia soviética se parece muy poco a la burocracia obrera o burguesa de la sociedad capitalista; que, en una proporción todavía mayor que la burocracia fascista, representa ella una nueva formación social extremadamente poderosa. Es absolutamente justo, y jamás hemos cerrado nosotros los ojos a ese respecto. Pero si se reconoce que la burocracia soviética es una "clase", es preciso también decir que esa clase no tiene absolutamente nada semejante a todas las clases poseedoras que hemos conocido en el pasado: la ventaja, por lo tanto, no es grande. Con frecuencia llamamos a la burocracia soviética una casta, subrayando por este medio el espíritu de corporación, la arbitrariedad y la arrogancia de una capa dirigente que considera que su origen remonta a la boca divina de Brahma, mientras que las masas populares sólo vienen de partes mucho más bajas del divino cuerpo. Pero aún ese término carece con seguridad de carácter científico estricto. Su relativa ventaja consiste en que el carácter convencional de la denominación es claro para todo el mundo, ya que no ocurrirá a la mente de nadie el identificar la oligarquía de Moscú con la casta hindú de los brahmanes. La vieja terminología sociológica no preparó ni podía preparar una denominación para un fenómeno social nuevo, que se encuentra en proceso de desarrollo (degeneración) y no toma formas estables. Todos nosotros, sin embargo, continuamos nombrando burocracia a la burocracia soviética, sin olvidar por ello sus peculiaridades históricas. Desde nuestro punto de vista, eso basta por ahora.

Científica y políticamente —y no en el plano puramente terminológico— la cuestión se plantea así: ¿Representa la burocracia una excrecencia temporal del organismo social o bien esa excrecencia se ha mudado en un órgano históricamente necesario? Una deformidad social puede ser resultado de una combinación "accidental" (es decir, temporal y excepcional) de circunstancias históricas. Un órgano social (y este es cualquier clase, inclusive la explotadora) sólo puede formarse como consecuencia de profundas necesidades internas de la producción misma. Si no respondemos a esta cuestión, toda la querrela se transforma en un estéril palabreo.

Putrefacción precoz de la burocracia

La justificación histórica de cualquier clase dominante ha sido que el sistema a cuya cabeza se encuentra ha elevado a un nuevo escalón el desarrollo de las fuerzas productivas. Es indudable que el régimen soviético ha dado un impulso poderoso a la economía. Pero el origen de ese impulso fue la nacionalización de los medios de producción y el principio de planeación y de ningún modo el hecho de que la burocracia hubiese usurpado el mando de la economía. Por el contrario, el burocratismo, en tanto que sistema, se ha vuelto el peor freno para el desarrollo técnico y la cultura del país. Ese hecho fue ocultado hasta hace cierto tiempo por la circunstancia de que la economía soviética, durante dos decenas de años, ha introducido y se ha apropiado la técnica y la organización de la producción de los países capitalistas avanzados. El período de los empréstitos y de las imitaciones se acomodó más o menos bien con el automatismo burocrático, es decir, con el estrangulamiento de la iniciativa y de la creación. Pero mientras más se elevó la economía, más complejas se tornaron sus exigencias, y más se convirtió el régimen burocrático en un obstáculo intolerable. Las contradicciones que se exacerban continuamente entre sí, conducen a convulsiones políticas incansables, al exterminio sistemático de los elementos creadores mejor dotados en todos los dominios de la actividad. Así, antes de que la burocracia haya podido secretar de sí una "clase dominante", ha caído en una contradicción intolerable con las exigencias de la evolución. Eso se explica precisamente por el hecho de que la burocracia es, no el vehículo de un nuevo sistema de economía, que le sea propio, imposible sin ella, sino una excrecencia parasitaria de un Estado obrero.

Condiciones del poder y de la decadencia de la burocracia

La oligarquía soviética posee todos los vicios de las antiguas clases dominantes, pero carece de la misión histórica de ellas. En la degeneración burocrática del Estado soviético encuentran expresión, no las leyes generales de la sociedad contemporánea en su paso del capitalismo al socialismo, sino una infracción especial, excepcional y temporal de esas leyes, en las condiciones del estado atrasado del país revolucionario y de su cerco capitalista. La falta de bienes de consumo y la lucha general por su posesión engendran un gendarme que toma sobre sí las funciones de reparto. La presión hostil del exterior pone en manos del gendarme el papel de "defensor" del país, le otorga una autoridad nacional y le permite pillar doblemente el país.

Las dos condiciones del poder de la burocracia —el estado atrasado del país y el cerco imperialista— tienen, sin embargo, un carácter temporal y transitorio y deben desaparecer con la victoria de la revolución internacional. Los economistas burgueses mismos han calculado que con una economía planificada sería posible elevar rápidamente la renta nacional de los Estados Unidos a doscientos mil millones de dólares por año y

¿Qué es la URSS?

asegurar así a toda la población, no sólo la satisfacción de las necesidades fundamentales, sino también un verdadero confort. Por otra parte, la revolución internacional pondría término a todo peligro exterior, causa suplementaria de burocratización. La desaparición de la necesidad de gastar una parte enorme de la renta nacional en armamento elevaría todavía más el nivel de vida y de cultura de las masas. Si estas dos condiciones se cumplieran, la necesidad del gendarme repartidor desaparecería por sí misma. La autoridad estatal sería muy rápidamente reemplazada por la administración de una gigantesca cooperativa. Para una nueva clase dominante y para un nuevo régimen de explotación situado entre capitalismo y socialismo, no quedaría sitio.

¿Y si la revolución socialista no se realiza?

La declinación del capitalismo ha alcanzado límites extremos, lo mismo que la de la antigua clase dominante. Este sistema no puede existir más tiempo. Las fuerzas productivas deberán organizarse según un plan. Pero, ¿quién desempeñará ese trabajo: el proletariado o una nueva clase dominante de "comisarios": políticos, administradores y técnicos? La experiencia histórica testimonia, según la opinión de algunos razonadores, que es preciso no esperar nada del proletariado. Se reveló "incapaz" de prevenir la guerra imperialista pasada; cuando las premisas materiales de la revolución socialista existían ya. Los éxitos del fascismo, después de la guerra, fueron de nuevo resultado de la "incapacidad" del proletariado para sacar la sociedad capitalista del callejón sin salida. La burocratización del Estado soviético fue a su vez resultado de la "incapacidad" del proletariado para dirigir por sí mismo la sociedad por el camino democrático. La revolución española fue estrangulada por las burocracias fascistas y stalinistas, ante los ojos del proletariado mundial. En fin, el último eslabón de esta cadena es la nueva guerra imperialista, cuya preparación se ha realizado con entera franqueza, con la completa impotencia del proletariado mundial. Si se adopta esta concepción, es decir, si se reconoce que el proletariado carece de fuerza para realizar la revolución socialista, la tarea entonces ineludible de la estatización de las fuerzas productivas será naturalmente desempeñada por algún otro. Precisamente, ¿por quién? Por una nueva burocracia, que reemplazará a la burguesía en putrefacción como nueva clase dominante en escala mundial. Así es como comienzan por plantear la cuestión los "izquierdistas" que no se contentan con querellas de palabras.

La actual guerra y el destino de la sociedad contemporánea

Por la marcha misma de las cosas, la cuestión se plantea ahora de modo enteramente concreto. La segunda guerra mundial ha comenzado. Representa la confirmación irrefutable de que la sociedad no puede ya vivir dentro de las condiciones del capitalismo. Por

eso mismo somete al proletariado a una nueva prueba, quizá decisiva.

Si esta guerra provoca, como lo creemos firmemente, la revolución proletaria, conducirá inevitablemente al derrumbe de la burocracia en la URSS y a la regeneración de la democracia soviética, sobre una base económica y de cultura mucho más alta que en 1918. En este caso, la cuestión de saber si la burocracia stalinista es una "clase" o una excrecencia de un Estado obrero, será resuelta por sí misma. A todos y a cada uno parecerá claro que en el curso del desarrollo de la revolución internacional, la burocracia soviética no habrá sido más que una reincidencia episódica.

Si se admite, sin embargo, que la actual guerra no provocará la revolución, sino la declinación del proletariado, entonces queda el otro aspecto de la alternativa: la putrefacción ulterior del capitalismo monopolista, su compenetración con el Estado y la sustitución de la burguesía, en donde hubiere subsistido, por un régimen totalitario. La incapacidad del proletariado para tomar en sus manos la dirección de la sociedad conduciría realmente, en esas condiciones, a la aparición de una nueva clase explotadora proveniente de la burocracia bonapartista y fascista. Sería, según todas las apariencias, un régimen de declinación que significaría el ocaso de la civilización.

Un resultado análogo podría también sobrevenir en caso de que el proletariado de los países capitalistas avanzados, después de haber conquistado el poder, resultase incapaz de conservarlo y lo cediera —como en la URSS— a una burocracia privilegiada. Nos veríamos entonces obligados a reconocer la causa radical de la reincidencia burocrática no en el estado atrasado del país, ni en el cerco imperialista, sino en una incapacidad orgánica del proletariado para devenir clase dirigente. Sería entonces preciso establecer retrospectivamente que por ese rasgo fundamental la URSS actual era una precursora del nuevo régimen de explotación a escala mundial.

Henos aquí muy lejos de las querellas terminológicas sobre el título del Estado soviético. Que nuestros críticos no protesten: es sólo colocándose a la distancia histórica necesaria que es posible forjar un juicio correcto sobre una cuestión de tal magnitud como la sustitución de un régimen social por otro. Meditada hasta su extremo, la alternativa histórica es la siguiente: o el régimen stalinista es una repugnante reincidencia en el proceso de transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista, o el régimen stalinista es la primera etapa de una nueva sociedad de explotación. Si el segundo pronóstico se revela exacto, la burocracia se convertirá, naturalmente, en una nueva clase explotadora. Por dura que sea esta segunda perspectiva, si el proletariado mundial resultara realmente incapaz de desempeñar la misión que han hecho recaer sobre él los acontecimientos, no tendríamos más que reconocer que el programa socialista, edificado sobre las contradicciones internas de la sociedad capitalista, era una utopía. Sería preciso, naturalmente, un nuevo programa "mínimo", por la defensa de los intereses de los esclavos de la sociedad burocrática totalitaria.

El proletariado y su dirección

A la cuestión de la interrelación entre la clase y su dirección, consagraremos pronto un artículo especial. Aquí nos limitaremos a lo indispensable. Sólo los "marxistas" vulgares que piensan que la política es el "reflejo" directo e inmediato de la economía, pueden creer que la dirección refleja directa e inmediatamente la clase. En realidad, la dirección, habiéndose elevado por encima de la clase oprimida, cae infaliblemente bajo la presión de la clase dominante. La dirección de los sindicatos norteamericanos, por ejemplo, "refleja", no tanto el proletariado cuanto la burguesía. La selección y la educación de una verdadera dirección revolucionaria, capaz de resistir la presión de la burguesía, es tarea excepcionalmente difícil. La dialéctica del proceso histórico se ha expresado del modo más claro en el hecho de que el proletariado del país más atrasado, Rusia, produjo, en ciertas condiciones históricas, la dirección más perspicaz y más audaz. Por el contrario, en el país de civilización capitalista más antigua, la Gran Bretaña, todavía hoy existe la dirección más limitada y servil.

La crisis de la sociedad capitalista que tomó en julio de 1914 un carácter franco, provocó desde el primer día una crisis aguda en la dirección proletaria. En los veinticinco años transcurridos desde entonces, el proletariado de los países capitalistas avanzados todavía no ha creado una dirección que esté a la altura de las tareas de nuestra época. La experiencia de Rusia testimonia, sin embargo, que semejante dirección puede crearse (lo que no significa, claro es, que estará garantizada contra la degeneración). La cuestión, por lo tanto, se plantea así: ¿La necesidad histórica objetiva se abrirá, en fin, un camino en la conciencia de la vanguardia de la clase obrera? Es decir, una verdadera dirección revolucionaria, capaz de llevar al proletariado hasta la conquista del poder, ¿se formará en el proceso de esta guerra y de los hondos sacudimientos que de ella saldrán?

La Cuarta Internacional ha contestado afirmativamente a esa cuestión, no sólo por medio del texto de su programa, sino también por el hecho mismo de su existencia. Por lo contrario, los representantes desilusionados y atemorizados del pseudomarxismo de toda laya, parten del hecho de que la bancarrota de la dirección sólo "refleja" la incapacidad del proletariado para desempeñar su misión revolucionaria. No todos nuestros adversarios expresan claramente este pensamiento. Todos, sin embargo —ultraizquierdistas, centristas, anarquistas, sin ni siquiera hablar de stalinistas y socialdemócratas— trasladan la responsabilidad de las derrotas, de sí mismos al proletariado. Ninguno entre ellos indica en qué condiciones exactamente sería capaz el proletariado de realizar la revolución socialista.

Si se acepta que la causa de las derrotas son las cualidades sociales del proletariado mismo, es preciso reconocer entonces que la situación de la sociedad contemporánea es desesperada. En las condiciones del capitalismo en putrefacción, el proletariado no crece ni

en número ni en cultura. Por eso no habría razón para esperar que se elevara jamás al nivel de las tareas revolucionarias. La cuestión se presenta de modo completamente distinto para quien observa el profundo antagonismo entre la aspiración orgánica honda, irresistible de las masas trabajadoras por arrancarse al sanguinario caos capitalista y el carácter conservador, patriótico, enteramente burgués de una dirección que se sobrevive. Entre esas dos concepciones irreconciliables, es preciso elegir.

La dictadura totalitaria es una situación de crisis aguda y no un régimen estable

La revolución de octubre no fue una casualidad. Había sido prevista con largo tiempo de adelanto. La degeneración no refuta la previsión, ya que los marxistas no pensaron jamás que un Estado obrero aislado en Rusia pudiese mantenerse indefinidamente. Ciertamente, habíamos contado más bien con el hundimiento del Estado obrero que con su degeneración. Para expresarnos más exactamente, no habíamos hecho distinción estricta entre esas dos posibilidades; pero no se contradicen de ningún modo una a la otra. La degeneración, inevitablemente debe, en cierta etapa, terminarse por el hundimiento.

Un régimen totalitario, de tipo stalinista o fascista, no puede ser, por su esencia misma, más que un régimen temporal, transitorio. La dictadura ha sido, generalmente, en la historia, resultado y signo de una crisis social particularmente aguda, y no de un régimen estable. Una crisis aguda no puede ser un estado permanente de la sociedad. El Estado totalitario puede, durante cierto tiempo, ahogar las contradicciones sociales, pero no es capaz de perpetuarse. Las depuraciones monstruosas en la U.R.S.S. son el testimonio más convincente de que la sociedad soviética intenta orgánicamente arrojar de sí a la burocracia.

Hecho asombroso, precisamente en las depuraciones stalinistas ve Bruno R. la prueba de que la burocracia se ha convertido en clase dirigente, ya que sólo una clase dirigente es capaz, en su opinión, de medidas de tal magnitud. Olvida, sin embargo, que el zarismo, que no era una "clase", se permitía también medidas de depuración bastante amplias; por lo demás, precisamente durante el período en que se aproximaba a su fin. Por su amplitud y su monstruosa mentira, las depuraciones de Stalin no atestiguan nada más que la incapacidad de la burocracia para transformarse en clase dominante estable, y son síntomas de su cercana agonía. ¿No caeríamos nosotros en una situación ridícula, si atribuyésemos a la oligarquía bonapartista el nombre de nueva clase dirigente, unos años o tal vez unos meses antes de su lamentable caída? Este único modo de plantear claramente la cuestión debe, en nuestra opinión, prevenir a los camaradas contra las experiencias terminológicas y la generalización demasiado apresuradas.

La cuestión de las provincias ocupadas

En los momentos en que escribimos estas líneas, la cuestión de la suerte de las provincias ocupadas por el Ejército Rojo todavía no está clara. Las informaciones telegráficas son contradictorias, ya que ambos lados mienten mucho; y las relaciones reales, en el terreno, se hallan sin duda extremadamente mal determinadas todavía. Cierta porción de los territorios ocupados entrará seguramente en el seno de la U.R.S.S. ¿Bajo qué forma exactamente?

Admitamos un instante que por el tratado con Hitler el gobierno de Moscú deje intactos en el territorio ocupado los derechos de la propiedad privada y se limite a un "control" de tipo fascista. Semejante concesión tendría un carácter profundamente de principio y podría convertirse en punto de partida de un nuevo capítulo del régimen soviético, y por consecuencia también de una nueva apreciación, de parte nuestra, de la naturaleza del Estado soviético.

Es más verosímil, sin embargo, que en las provincias que deban formar parte de la U.R.S.S. el gobierno de Moscú introduzca medidas de expropiación de los grandes propietarios y de estatización de los medios de producción. Semejante vía es más verosímil, no porque la burocracia sea fiel al programa socialista, sino porque no quiere ni puede compartir el poder y los privilegios que le son anexos con las viejas clases dominantes de las provincias ocupadas. Aquí se presenta espontáneamente una analogía. El primer Bonaparte paró la revolución con ayuda de la dictadura militar. Sin embargo, cuando las tropas francesas irrumpieron en Polonia, Napoleón firmó un decreto: "Queda abolido el derecho feudal sobre siervos". Esta medida fue dictada no por simpatías que Napoleón tuviese para los campesinos ni por principios democráticos, sino porque la dictadura de Bonaparte se apoyaba, no en la propiedad feudal, sino en la burguesa. Como la dictadura bonapartista de Stalin se apoya no sobre la propiedad privada sino sobre la estatal, la irrupción del Ejército Rojo en Polonia debe naturalmente traer la liquidación de la propiedad capitalista privada para poner así el régimen de los territorios ocupados en correspondencia con el régimen de la U.R.S.S.

Esa medida revolucionaria por su carácter —"la expropiación de los expropiadores"— se realiza, en este caso, por la vía militar y burocrática. El llamado a una actividad propia de las masas, en los nuevos territorios —y sin este llamado, aunque fuese muy prudente, es imposible establecer el nuevo régimen— será, sin duda alguna, aplastado mañana por medidas policíacas implacables, para asegurar la supremacía de la burocracia sobre las masas revolucionarias despiertas. Así se presenta uno de los aspectos de la ocupación de Polonia, por medio de la alianza militar con Hitler, el Kremlin durante largo tiempo ha engañado y continúa engañando a las masas de la U.R.S.S. y del mundo entero, y ha llegado así hasta una completa desagregación de su propia disgregación. La regla fundamental de la política es para nosotros, no la transformación de la propiedad en tal o cual territorio particular, por im-

portante que sea en sí mismo, sino las transformaciones en las formas de la conciencia y de la organización del proletariado mundial, la elevación de su capacidad de defender las antiguas conquistas y de adquirir nuevas. Desde este punto de vista, único decisivo, la política de Moscú, tomada en su conjunto, conserva enteramente su carácter reaccionario y sigue siendo el principal obstáculo en la vía de la revolución socialista.

Nuestra apreciación general del Kremlin y de la Komintern no cambia, sin embargo, por el hecho particular de que la nacionalización de las formas de propiedad en los territorios ocupados sea en sí una medida progresista. Es preciso reconocerlo abiertamente. Si Hitler lanzara mañana sus tropas contra el Este, para restablecer en Polonia oriental el "orden", los obreros avanzados defenderían contra Hitler las nuevas formas de propiedad establecidas por la burocracia soviética bonapartista.

No cambiamos la orientación

La estatización de los medios de producción, ya lo hemos dicho, es una medida progresista. Pero su progresividad es relativa. Su peso específico depende del conjunto de todos los otros factores. Así, es preciso establecer ante todo que la extensión del territorio de la autocracia y del parasitismo burocrático, cubierto de medidas "socialistas", puede acrecentar el prestigio del Kremlin, engendrar ilusiones sobre la posibilidad de reemplazar la revolución proletaria por maniobras burocráticas, etc. Este mal sobrepasa de lejos el contenido progresista de las reformas stalinistas en Polonia. Para que la nacionalización de la propiedad en las provincias ocupadas, lo mismo que en la U.R.S.S., se convierta en base de un desarrollo verdaderamente progresista, es decir, socialista, es necesario derrocar la burocracia de Moscú. Nuestro programa conserva, por consiguiente, todo su vigor. Los acontecimientos no nos han tomado de improviso. Es preciso únicamente interpretarlos correctamente. Es preciso comprender claramente que en el carácter de la U.R.S.S. y de su situación internacional se encierran vivas contradicciones. Es imposible libertarse de esas contradicciones con ayuda de trucos terminológicos ("Estado obrero", "Estado no obrero"). Es preciso tomar los hechos como son. Es preciso edificar la política partiendo de las relaciones y contradicciones reales.

No confiamos al Kremlin ninguna misión histórica. Estamos y estamos contra la toma por el Kremlin de nuevos territorios. Estamos por la independencia de la Ucrania soviética y, si los rusoblanco lo quieren, de la Rusia Blanca soviética. Al mismo tiempo, en las partes de Polonia ocupadas por el Ejército Rojo, los partidarios de la Cuarta Internacional toman la parte más resuelta por la expropiación de los propietarios territoriales y capitalistas, en el reparto de la tierra a los campesinos, en la creación de soviets y de comités obreros, etc. Mantienen, por lo demás, su independencia política; luchan, en el momento de las elecciones a soviets y a comités de fábrica, por su completa independencia respecto de la burocracia, desarrollan la

propaganda revolucionaria dentro de un espíritu de desconfianza para el Kremlin y su agencia local.

Una "defensa de la U.R.S.S." de ese tipo estará tan distante como el cielo de la tierra de la defensa oficial que se desarrolla en estos momentos bajo la consigna: "¡Por la patria y por Stalin!" Nuestra defensa de la U.R.S.S. se desarrolla bajo la consigna: "¡Por el socialismo, por la revolución internacional, contra Stalin!"

Conclusiones

En este momento, no tenemos ninguna razón para cambiar nuestra posición principal acerca de la U.R.S.S.

La guerra acelera los distintos procesos políticos. Puede acelerar el proceso de regeneración revolucionaria de la U.R.S.S. Pero también puede acelerar el proceso de su degeneración definitiva. Por eso es necesario seguir atentamente y sin prevención las transformaciones que la guerra introducirá en la vida interna de la U.R.S.S., para darse cuenta de ello oportunamente.

Nuestras tareas en las provincias ocupadas son en el fondo las mismas que en la U.R.S.S.; pero como los acontecimientos las plantean bajo forma extremadamente aguda, nos ayudan ellas tanto mejor a aclarar nuestras tareas generales en cuanto a la U.R.S.S.

Es necesario formular nuestras consignas de tal modo que los obreros perciban claramente lo que defendemos exactamente en la U.R.S.S. (propiedad estatal y economía planeada) y contra qué luchamos implacablemente (burocracia parasitaria y su Komintern).

No hay que perder de vista ni por un momento que la cuestión del derrocamiento de la burocracia soviética está para nosotros subordinada a la cuestión del mantenimiento de la propiedad estatal de los medios de producción en la U.R.S.S.; que la cuestión del mantenimiento de la propiedad estatal de los medios de producción de la U.R.S.S. está para nosotros subordinada a la cuestión de la revolución proletaria internacional.

FIN

La experiencia de España en la lucha de clases

viene de pag 39

No está excluido, por otra parte, que la tragedia dé lugar, todavía a último momento, a una farsa. Cuando los héroes del Frente Popular tengan que abandonar su última capital, antes de subir al avión, proclamarán quizás una serie de reformas "socialistas" para poder dejar un buen recuerdo de ellos. Esto no les servirá, sin embargo, de nada. Los obreros del mundo entero recordarán con odio y con desprecio a los partidos que han conducido a la derrota a una revolución heroica.

La experiencia trágica de España es una advertencia amenazadora —quizá la última advertencia antes de acontecimientos más graves todavía— dirigida a todos los obreros avanzados de todo el mundo. "Las revoluciones son las locomotoras de la historia", según palabras de Marx. Avanzan más ligero que el pensamiento de la mitad o de una cuarta parte de los partidos revolucionarios. El que se detenga, caerá bajo

las ruedas de la locomotora, y, por otra parte —y este es el peligro principal— la locomotora misma se descarrila a menudo. El problema de la revolución, debe ser penetrado hasta el fondo, hasta sus últimas consecuencias concretas. Es preciso conformar la política a las leyes fundamentales de la revolución, es decir, al movimiento de las clases en lucha y no a los prejuicios y a los temores superficiales de los grupos pequeño-burgueses que se intitulan "frentes populares" y otras cosas por el estilo. El temor de "aislarse de la burguesía" conduce a aislarse de las masas. La adaptación a los prejuicios conservadores de la aristocracia obrera soviética, es la traición a los obreros y a la revolución. El exceso de "prudencia" es la imprudencia más funesta. Esta es la principal lección que nos da el hundimiento de la organización política más honesta de España, el partido centrista, el P.O.U.M.

FIN

5. La Clase Obrera Argentina

5. 1. Una Década Decisiva en la Formación de la Moderna Clase Obrera Argentina: 1935-1945

I. El Gobierno Directo de los Estancieros y el Imperialismo Inglés: 1935 - mayo - 1943

Alfredo Parera Dennis

El control británico sobre la economía argentina; la ofensiva norteamericana para desplazar a Inglaterra como metrópoli dominante; la escisión de las clases dirigentes argentinas en probritánicas y pronorteamericanas; el crecimiento industrial y la proletarianización de trabajadores rurales; la prosperidad generada por la guerra mundial; la quiebra del movimiento obrero hacia 1942 y la estatización sindical luego de 1943. Tales son las claves principales para comprender la orientación de la clase obrera argentina y el surgimiento del peronismo.

CUANDO el General Agustín P. Justo asumió la Presidencia de la Nación Argentina, bien pudo haber jurado ante el Ministerio de Colonias de la Gran Bretaña, y si no lo hizo fue por pura formalidad. Es que en 1932, por el tratado de Ottawa, Inglaterra —que adquiría el 99 % de la exportación argentina de carne enfriada— había asegurado a sus Dominios una creciente participación en la importación británica de carnes, en detrimento de la Argentina, que debería conformarse con una cuota cada vez menor. Los estancieros de Buenos Aires, viendo peligrar la base de su riqueza, envían a Inglaterra una Misión encabezada por el Vicepresidente de la Nación, Julio A. Roca, y por un abogado de los ferrocarriles ingleses a quien la Corona británica había premiado con el título de Sir. En Londres, esta delegación escucha complacida cómo un Subsecretario británico de Relaciones Exteriores le sugiere que la forma más práctica para arreglar las relaciones comerciales entre Inglaterra y la Argentina sería que el país renunciara voluntariamente a su soberanía y se incorporase a la Comunidad Británica de Naciones¹. A lo cual el Vicepresidente Roca —toda una gloria de la oligarquía patricia— responde que "la geografía política no siempre logra en nuestros tiempos imponer sus límites territoriales a la actividad de la economía de las naciones. Así ha podido decir un publicista de ce-

¹ Virgil Salera, *Exchange control and Argentine Market* (Columbia University Press, New York 1941) p. 64.

losa personalidad que la Argentina, por su interdependencia recíproca, es, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico.² Esta era la opinión de la clase dominante argentina. Ya años antes su vocero, el entonces diputado Sánchez Sorondo, había declarado: "Aunque esto moleste nuestro orgullo nacional, si queremos defender la vida del país, tenemos que colocarnos en situación de colonia inglesa en materia de carnes. Eso no se puede decir en la Cámara, pero es la verdad. Digamos a Inglaterra: nosotros les proveeremos a ustedes de carnes; pero ustedes serán los únicos que nos provean de todo lo que necesitamos; si precisamos máquinas americanas, vendrán de Inglaterra."³ Tal era precisamente la esencia del Tratado Roca-Ruciman, firmado en 1933 por la Misión Roca. Merced al mismo, los ganaderos de Buenos Aires conservaban el mercado británico, pero en cambio otorgaban toda clase de preferencias a Inglaterra. "Valorando los beneficios de la colaboración del capital británico en las empresas de servicios públicos y otras, ya sean nacionales, municipales o privadas que funcionan en la República Argentina" —decía el tratado— el gobierno argentino "se propone dispensar a tales empresas un tratamiento benévolo que tienda a asegurar el desarrollo económico del país y la debida protección de los intereses ligados a tales empresas." En consecuencia, se concedía a compañías británicas el monopolio del transporte en la ciudad de Buenos Aires, humidiendo la competencia de los pequeños transportistas nacionales, cuyos vehículos se expropiaron al efecto. Se hacían concesiones aduaneras por importe de 25 millones de pesos, que permitían el libre ingreso de mercaderías británicas, en perjuicio del fisco y de la industria nacional. Se asignaba para las compras en Inglaterra cambio abundante, a tipos preferenciales, mientras que se cerraba el mercado argentino para los competidores de Inglaterra. La Argentina se comprometía también a destinar al pago de las inversiones británicas, la mayor parte de los ingresos provenientes de las exportaciones a Gran Bretaña —y esto equivale a aceptar la inconvertibilidad parcial de la libra⁴. Algo más: Se inició por imposición británica una política de nacionalización de inversiones inglesas deficitarias, pagándolas a precio de oro y descapitalizando al país en beneficio de los inversores ingleses. Esto se concretó en la nacionalización de un ferrocarril británico⁵ en cuya ocasión el gobierno del General Justo expresó que iniciaba "una nueva orientación en materia de política ferroviaria, cual es la adquisición paulatina por el Estado de las empresas particulares que explotan hoy el servicio ferroviario⁶. En fin, la diplomacia argentina asumía la abierta defensa de los grandes intereses de la diplomacia británica en América del Sud —encami-

nada a detener el avance norteamericano— y la Argentina se transformaba en submetrópoli inglesa en América del Sud⁷.

A consecuencia del Tratado Roca-Ruciman, en la misma medida en que se acentuaba el control británico sobre la economía nacional, perdía posiciones el imperialismo norteamericano. El cerrado bilateralismo con Gran Bretaña reducía a niveles mínimos las compras en Estados Unidos. El gobierno no otorgaba divisas para importar desde Norteamérica, o las concedía a tipos de cambio desfavorables que encarecían los productos importados. En consecuencia, la participación de Estados Unidos en las importaciones argentinas descendió durante 1933-38, en cuarenta por ciento respecto a 1925-29, mientras que la participación británica aumentó paralelamente⁸.

Las relaciones económicas con Washington se tornaron tensas, y también las relaciones diplomáticas. Durante la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, éste respaldado por los intereses británicos de la Royal Dutch, aquella por la Standard Oil yanqui, la Argentina estuvo junto al imperialismo inglés, apoyando al Paraguay y utilizando sus influencias en Bolivia, para favorecer a los intereses británicos⁹. En 1936 se realizó en Buenos Aires una Conferencia Interamericana. Estados Unidos, dirigido por Roosevelt en su política de "buena vecindad", se lanzaba a la tarea de organizar los países latinoamericanos en un bloque político-militar que obedeciera a sus mandatos. La burguesía argentina mantuvo su tradicional oposición a esa política y contó, claro está, con el respaldo británico.

En esa conferencia se plantearon dos problemas fundamentales —cuenta el dirigente de la delegación norteamericana—: primero, si las repúblicas americanas llegarían a un acuerdo para crear una maquinaria eficiente que operara con rapidez en caso de que una disputa intracontinental pusiera en peligro la paz, o de que la seguridad del hemisferio se viera amenazada desde afuera; segundo, si reconocerían conjuntamente que la amenaza contra la seguridad de cualquiera de las repúblicas comprometía la seguridad de todas las demás. Poco después de la primera reunión de las delegaciones supo que la mayoría de ellas favorecían el establecimiento de estos dos principios, y que la delegación argentina, presidida por el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Carlos Saavedra Lamas, se oponía a ambos. Argentina se había opuesto desde hacía muchos años a la formación de cualquier organización interamericana con autoridad suficiente para decidir cuestiones políticas y en las cuales los Estados Unidos y el Brasil pudieran llegar a tener una influencia susceptible de anular sus tradicionales intentos de arrojarle el derecho de hablar en nombre de las demás repúblicas hispanas de Sudamérica. Saavedra Lamas era el más destacado exponente de la tesis de que las relaciones de Argentina con Europa son las más importantes, y estaba firme en su decisión de que debía mantenerse la supremacía argentina como líder de los países hispanoamericanos y de que debía evitarse cualquier intento de los Estados Unidos para aumentar su influencia política en el hemisferio.¹⁰

Desde ese momento, y durante toda la década siguiente, las relaciones entre Argentina y Estados Unidos no cesarían de deteriorarse, caracterizándose por continuos y violentos roces

7 *Le Monde* agosto 5, 1933.

8 Salera, ob. cit., p. 240.

9 Alberto Cornejo, *Programas Políticos de Bolivia* (Imprenta Universitaria, Cochabamba 1949), pp. 203-04 y 226-27.

10 Sumner Welles, *Hora de decisión* (Editorial Sudamericana, Bs. As. 1945) pp. 252-53.

Sumisión a Inglaterra y Pseudoindustrialización

Pero mientras aceptaba las imposiciones del imperialismo inglés, al mismo tiempo, la burguesía terrateniente argentina iniciaba una política de "nacionalismo económico". Esta aparente contradicción se originaba en una misma y única causa, que era la necesidad de conservar las ganancias y rentas del capitalismo argentino en las condiciones de la desintegración del comercio mundial. Para esto, la burguesía argentina —particularmente los estancieros de Buenos Aires—, debía aceptar las exigencias del imperialismo comprador de sus productos, y así lo hizo. Pero, al propio tiempo, advirtió la necesidad de modificar la forma de su relación con el imperialismo, la urgencia de fortalecer el mercado interno para independizarse en cierto grado del mercado mundial. Ya en 1866, Sarmiento le advertía a la Sociedad Rural que "el ganado y sus productos como industria exclusiva y única del país, tiene el inconveniente de que su precio no lo regulamos nosotros, por falta de consumidores sobre el terreno, sino que nos lo imponen los mercados extranjeros, según su demanda"¹¹. Con la crisis mundial había llegado el momento de recordar este consejo, y la solución estaba en desarrollar el mercado interno. Y en efecto, mientras que desde 1870 hasta 1929, la economía argentina crece vigorosamente "hacia afuera", estimulada por la expansión del mercado internacional, a partir de la gran crisis la burguesía terrateniente se esfuerza por desenvolver nuevas fuerzas, capaces de estimular desde adentro el desarrollo económico. Para ello acudió a un activo intervencionismo estatal y al fomento de la industria manufacturera.

El Estado apuntaló la renta agraria, comprando las cosechas a precios superiores a los del mercado mundial. Además, puesto que las metrópolis imperialistas compraban poco y a bajos precios, a fin de contar con las divisas necesarias para pagar la deuda externa, se estableció el control de cambios, que permitía al Estado restringir las importaciones. Este instrumento sirvió para favorecer a Inglaterra y perjudicar a sus competidores, especialmente Estados Unidos, en forma tal que las industrias británicas tenían "que el Gobierno argentino trate de terminar con el actual control de cambios, que es la mayor garantía que tienen para colocar sus productos en nuestro país"¹². Pero el control de cambios sirvió también para proteger a la industria nacional. En fin, los terratenientes procuraron resarcirse de las exacciones imperialistas presionando sobre las empresas ferroviarias, que se vieron coartadas por el Estado en su política de tarifas y, sobre todo, amenazadas en su volumen de tráfico por el impulso dado a un plan vial que tenía caminos destinados a competir directamente con el ferrocarril.

11 Carta al presidente y miembros de la Sociedad Rural Argentina, setiembre 22, 1866, en *Obras Completas* (Editorial Lusa del Día, Bs. As. 1952 t. XXIX p. 158).

12 Informe de la Cámara de Comercio Argentina en Gran Bretaña, mayo 4, 1934.

El resultado de toda esta política fue un creciente desarrollo industrial o pseudo industrialización¹⁴.

El desarrollo industrial de la Argentina sirvió para ajustar en un nuevo plano las relaciones entre el capitalismo nacional y el capital internacional. A través de diversos incentivos y restricciones, la burguesía argentina procuró atraer capitales extranjeros que se asociasen a ella en la industria (ver). Esto coincidió con las nuevas tendencias del capital internacional a invertirse no ya principalmente en empréstitos o servicios públicos sino en industrias manufactureras que producen para el mercado interno de países atrasados¹⁵. De la conjunción de ambos procesos resultó a partir de la década de los treinta una creciente participación del capital internacional en la industria manufacturera argentina¹⁶.

Estancieros e Industriales

Otra importante consecuencia de la política económica del gobierno Justo fue que, a partir de 1933, se soldó una íntima alianza entre los sectores agropecuario e industrial de la burguesía argentina. En realidad, nunca hubo entre estos sectores neta diferenciación ni conflictos agudos, porque la burguesía industrial surgió de la burguesía terrateniente, y la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial borran continuamente los imprecisos límites que las separan.

Además, terratenientes e industriales estaban íntimamente vinculados al capital extranjero, y todos se hallaban unidos por el común antagonismo contra la clase trabajadora. Sin embargo, sobre esta unidad general de intereses, se percibían hasta 1933, algunos roces provenientes de que los terratenientes, que vendían tranquilamente sus productos en el mercado mundial, apoyaban una política más bien librecambista que sacrificaba la industria argentina a la competencia extranjera. Los industriales en cambio demandaban protección aduanera para la industria, pidiendo que se restringiera la importación de mercaderías y se atrajeran capitales extranjeros que las produjesen en el país¹⁷. En eso consistía su "nacionalismo económico". A partir de 1933, los terratenientes, perjudicados por la crisis mundial, se vuelven también ellos proteccionistas, y apoyan el desarrollo industrial. "El aislamiento en que nos habían colocado un mundo dislocado —declara en 1933 el Ministro de Agricultura, gran estanciero y ex presidente de la Sociedad Rural Argentina— nos obliga a fabricar en el país lo que ya no podemos adquirir en los países que no nos compran."¹⁸

A partir de 1932, la desintegración del comercio mundial, la crisis agropecuaria y el desarrollo industrial, modificaban la composición del producto nacional, la distribución ocupacional de la población, la composición de las importaciones, el origen de los ingresos fiscales y otras características de la economía argentina, sin modificar empero el conglomerado de clases y gru-

14 Ver "La Evolución Industrial y la Clase Empresarial Argentina" en FICHAS, año 1 número 1, abril 1964.

15 Adolfo Dorfman, ob. cit. p. 301.

17 Revista de la Unión Industrial Argentina, setiembre 1932 y junio 1933.

18 *La Nación*, octubre 14, 1933.

2 Citado en el *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Provincia de Buenos Aires, julio 25, 1946, p. 985.

3 DSCDN, 1922, t. VII p. 612.

4 El texto del Tratado en DSCDN, julio 19, 1933. El análisis del mismo en *idem* julio 19, 27 y 28, 1933. También en Salera, ob. cit. pp. 69-105.

5 Salera, ob. cit., p. 161.

6 República Argentina, Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, diciembre 25, 1935 p. 1916.

pos nacionales y extranjeros que la controlaban. El gobierno Justo entre tanto seguía gobernando mediante una combinación de eficiencia administrativa —mayor que la demostrada antes o después por ningún otro gobierno nacional— fraude y violencia. Sin embargo, el radicalismo disfrutaba de los beneficios de la legalidad, pues así lo habían pedido los negociadores ingleses del Tratado Roca-Ruciman¹⁹, conscientes de que el capital británico necesitaba en el país una fachada democrática capaz de dar visos de legalidad a las concesiones coloniales que le hacía el Presidente Justo. Por lo demás, la Unión Cívica Radical, dirigida por Alvear desde la muerte de Yrigoyen, estaba en excelentes términos con los consorcios imperialistas.

La Comisión Investigadora que en 1943 revisó los archivos de la Compañía Argentina de Electricidad comprobó por ejemplo que el 66 % del presupuesto de la campaña electoral de la UCR en 1937 fue costado por la CADE, así como el 100 % del costo del local central del partido. En total más de un millón de pesos, a cambio de los cuales el radicalismo votó concesiones escandalosas a favor de la empresa²⁰. Interrogado al respecto, el tesorero del Comité Nacional de la UCR manifestó a la Comisión que "Si el Partido Radical, en esa época para la campaña del Dr. Alvear recibió sesientos mil pesos, los partidos conservadores han recibido seis o siete veces más. A Hirsch (representante de la CADE), entre otros, le dije que a nosotros nos arreglaban con moneditas, y que a los que estaban en el gobierno les daban lo que ellos querían"²¹.

Crecimiento de la Clase Obrera y Aparición de la CGT

El desarrollo de la industria fabril disimulaba la agudización de la crisis estructural de la agricultura, que no cesaba de acentuarse, agravada por el descenso de los precios resultantes de la crisis coyuntural de 1929. Los arrendatarios muy difícilmente llegaban a ser propietarios, y para los peones era imposible incluso convertirse en arrendatarios²². Por el contrario: los pequeños propietarios perdían sus tierras. En 1914 el 63 % de los productores rurales eran propietarios de su parcela; en 1937 sólo el 37 %²³. Esta crisis agraria actuó como bomba impenetrable, engrosando al proletariado industrial con contingentes cada vez mayores de trabajadores rurales que emigraban desde el interior hacia el gran Buenos Aires, donde ya en 1935 se concentraba el 66 % de los capitales invertidos en fábricas. Como a fines del siglo pasado, el latifundio seguía abasteciendo a la industria de mano de obra barata, y a la vez la condenaba al raquitismo, alejando la posibilidad de estructurar un sólido mercado interno basado en los productores agrarios. El aumento numérico de la clase obrera, y las dificultades económicas que la enfrentaban, originaron pese a la represión estatal un paulatino ascenso del movimiento obrero. En enero de 1936 una huelga general paraliza durante dos días a la Ca-

pital Federal, culminando el ascenso con la constitución pocos meses después de la Confederación General del Trabajo (CGT). La combatividad de la clase obrera se irradió a otras clases explotadas, y se produjeron también huelgas agrarias, en tanto que la pequeña burguesía se agitaba en movimientos estudiantiles declaradamente antiimperialistas y en torno a un grupo de intelectuales nacionalistas que iniciaban la denuncia sistemática del control inglés sobre la vida argentina. Sin embargo, todo ese ascenso obrero y popular, especialmente obrero, no tuvo concreción política. Las fuerzas dirigentes del movimiento obrero —el Partido Socialista, pero también y especialmente el Partido Comunista— se oponían al gobierno de Justo, mas no en base a una política anticapitalista y antiimperialista, sino en base a la colaboración de clases con una sedente burguesía nacional, democrática y progresista, cuya representación se atribuía a la UCR, que como es sabido, se sustentaba con las donaciones de empresas imperialistas.

Hasta 1933 el Partido Comunista seguía una línea antiimperialista y en especial antinyquist. "Roosevelt para sus corifeos representaría la paz y la democracia frente a la Europa guerrera y fascista" decía en 1933 el dirigente comunista Paulino González Alberdi. Y Roosevelt impulsó la guerra en los cinco continentes! Y en el Chaco no escatima esfuerzos para asegurar los intereses de la Standard Oil! Roosevelt, en política imperialista, sería una rectificación de Hoover. Pero Cuba ha venido a demostrar que Roosevelt es tan imperialista como Hoover". (Paulino González Alberdi en *Informaciones*, octubre 1933.)

Pero en 1934, conjuntamente con la diplomacia soviética espantada por el triunfo de Hitler en Alemania, el Partido Comunista usó una voltereta hacia el imperialismo llamado democrático. El mismo dirigente arriba citado escribió entonces: "La Conferencia de Lima ha definido, sin reticencias, la posición de América de frente a los acontecimientos mundiales. La colaboración de las 21 naciones a la paz del mundo debe ser mayor aún y más activa. En lo que atañe a las relaciones con los Estados Unidos, Roosevelt y Cordell Hull, los esfuerzos italo-nazis para levantar el antiimperialismo yanqui, se han quebrado. Las naciones del continente han comprendido que una colaboración estrecha con Roosevelt —que no puede ser considerado como la expresión de las fuerzas imperialistas que existen en el Norte— no disminuye ni un adarme la autonomía de cada país ni afecta su decoro personal". (Paulino González Alberdi en *Orientación*, diciembre 15, 1934). Consecuentemente, se levantó la consigna del Frente Popular, combinación política para entregar el proletariado mundial al imperialismo anglosajón que prometía apoyar a la URSS contra Hitler.

Como no podía menos de suceder, esta política de "frente popular" desorientó a la clase obrera y la condujo a un callejón sin salida. En el mismo sentido y con idéntico efecto actuó el oportunismo de la burocracia sindical dominante en la CGT, comprometida en toda suerte de ajetreos parlamentarios y compromisos políticos a espaldas de las masas.

Baste decir que la dirección de la CGT, luego de una entrevista con el General Justo, recomendó a la clase obrera "la necesidad de estimularlo por su orientación democrática y su decidido propósito de mantenerse dentro de la ley luchando, para bien general, contra todo intento de sustituir el orden, sea oriundo de la demagogia o venga de la reacción"²⁴.

24 Jacinto Oddone, *Gremialismo Proletario*... ob. cit. p. 375.

Neutralidad Argentina en Función de Semicolonia Británica

Ortiz fue consagrado Presidente merced a una elección aún más fraudulenta que la que había llevado al poder al General Justo. Federico Pinedo, que fue ministro de ese gobierno, ha dicho de esas elecciones: "más bien que elecciones fraudulentas corresponde decir que en esas ocasiones no hubo elecciones, porque nadie pretendió hacer creer que había habido actos eleccionarios normales en que el pueblo había expresado su opinión. Más que parodia de elecciones hubo en esos casos y en otros parecidos negación ostensible y confesa del derecho electoral del pueblo argentino o de una parte de él"²⁵.

El Presidente Ortiz gobernó poco tiempo, afectado por una enfermedad que lo obligó a delegar el mando en el Vicepresidente, Ramón S. Castillo. Y en setiembre de 1939 estalla la segunda guerra mundial. De inmediato llegó al país una misión británica, presidida por Lord Wellington, quien venía a establecer los términos en que la semicolonia argentina participaría en la guerra de su metrópoli británica. Al recibirla, el ministro de Relaciones Exteriores argentino Julio A. Roca dijo: "Somos y queremos ser neutrales. Mientras tanto, compláceme ofrecerles toda nuestra colaboración en la vasta empresa en que vuestra misión hallase enfrentada". Y de inmediato manifestó la plena disposición del gobierno argentino para renovar el Tratado Roca-Ruciman, con lo cual "un eslabón más se habrá agregado a los muchos que ya ligaban a la industria y el comercio de las dos naciones"²⁶. Se trataba —la Cámara de Comercio Británica lo señaló inmediatamente— de una neutralidad "teñida con abierta simpatía por la causa de Gran Bretaña"²⁷. A medida que transcurrió el tiempo se fueron tornando visibles los acuerdos a que se llegó con Inglaterra: la Argentina permanecería neutral, sin alianzas con Estados Unidos que desplazaran a Gran Bretaña de su posición predominante; se exportaría a Inglaterra todo lo que ésta necesitase, a precios fijos, a crédito, sin interés; en compensación, Inglaterra pagaría con los títulos de la deuda argentina radicada en Londres, y con acciones de empresas ferroviarias y de otras igualmente deficitarias que los inversores ingleses estaban ansiosos de abandonar.

Por eso en 1940 el Banco Central informaba que "el gobierno británico ha expresado el deseo de que se considere un plan general de adquisición de ferrocarriles ingleses en la Argentina"²⁸.

25 Pinedo, ob. cit. p. 178.

26 República Argentina, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, *Memoria* 1940-41, p. 268-70.

27 *Monthly Journal of the British Chamber of Commerce in the Argentine Republic*, Julio 31 1941, p. 11.

28 Banco Central de la República Argentina, *Memoria*, 1940, p. 8.

Era un gigantesco plan de descapitalización de la economía nacional, que el gobierno peronista habría de cumplir al pie de la letra en 1947. El gobierno argentino acepta todo eso, pero simultáneamente intensificó su política de desarrollar el mercado interno para afrontar en mejores términos las relaciones con las metrópolis imperialistas en torno al mercado mundial. En particular se acentuó la intervención estatal en el comercio exterior. "Toda operación de comercio internacional —declara el gobierno por boca del senador Sánchez Sorondo— se ha llevado a otro plano por el hecho de haberse suprimido la libre competencia, por haberse unificado el comprador y haberse transformado la entidad comercial compradora en una entidad política. Luego, para la defensa conveniente de los intereses en juego, deberá oponerse al comprador único el vendedor único; a la entidad política compradora, la entidad política vendedora; al gobierno comprador el gobierno vendedor"²⁹. Hacia 1941 el Estado concentraba por lo menos 2/3 de las exportaciones de granos, fijaba los precios a las cosechas y convenía directamente con el gobierno inglés, sin intervención privada, las cantidades y precios de la carne enviada a Inglaterra³⁰. En fin, el ministro de Hacienda Pinedo formula el primer plan formal de industrialización del país, cuyo sentido resume en estas palabras: "La vida económica del país gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exportador. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar esa rueda maestra por otra, pero estamos en condiciones de crear al lado de ese mecanismo algunas ruedas menores, que permitan cierta circulación de la riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel de vida de este pueblo a cierta altura"³¹. Este plan incluía, junto a la aceptación de las exigencias inglesas tales como la nacionalización de los ferrocarriles en condiciones de excepcional ventaja para Inglaterra, medidas tendientes a dar al Estado una mayor y más directa participación en la economía nacional, mediante la nacionalización de los depósitos bancarios y la creación del crédito industrial³².

La Clase Dirigente se Escinde en Proingleses y Pronorteamericanos

El Plan Pinedo reviste gran importancia histórica no sólo por contener implícita y explícitamente la esencia de lo que sería desde entonces la política económica argentina, sino también porque esa fue la última ocasión en que el capitalismo argentino contempló su desarrollo futuro en directa vinculación con Inglaterra y prescindiendo del imperialismo yanqui. Por supuesto, el Plan Pinedo contemplaba el ingreso de capital extranjero, pero principalmente europeo. Y en efecto, entre 1939 y 1943 ingresaron al país capitales provenientes de Eu-

31 DSCSN, diciembre 17 1940, p. 1524.

32 *Economic Survey*, diciembre 2, 1941.

33 DSCSN, diciembre 17 y 18, 1940.

19 *Le Monde*, agosto 5, 1935.

20 Informe de la Comisión Investigadora de las Concesiones Eléctricas que preside el Coronel Matías Conde. Bs. As. 1945, p. 289 párrafo 87.

21 *Idem* p. 295 párrafo 96.

22 Taylor, p. 10, 174, 192.

23 Laurecena, ps. 21-22.

ropa, que fueron factor preponderante en la considerable expansión de la industria manufacturera.³⁴

Pero el Plan Pinedo se vinculaba a medidas que rechazaban la colaboración con Estados Unidos y durante su ministerio, Pinedo llevó hasta las últimas consecuencias la política de cerrado bilateralismo con Inglaterra, dificultando en toda forma las importaciones desde Estados Unidos prohibiéndolas totalmente en un momento de 1940³⁵. Esta lealtad a Inglaterra tuvo un efecto duradero y perjudicial sobre la industria manufacturera, obligándola a trabajar durante toda la guerra con equipos anticuados y sin repuestos. Los estancieros de Buenos Aires y su gobierno trataban de no atarse con empréstitos a Estados Unidos, indignándose por boca de "La Prensa" contra "el absurdo de un sistema por el cual países capaces de producir económicamente productos para los cuales en Estados Unidos existe una demanda constante y considerable, deban verse compelidos a recurrir a operaciones de crédito que son tan indeseables como innecesarias"³⁶. Pero en 1940 la carencia de dólares era muy apremiante, y se contrató un empréstito con el Export Import Bank. Mas los fondos iban a ser destinados a YPF y a último momento Estados Unidos los negó, por ser YPF una empresa competidora de empresas petrolíferas norteamericanas³⁷. Sin embargo, a fin de ese año, ante la inminencia de su ingreso en la guerra y ansioso por desplazar a Inglaterra del control sobre la economía argentina, Estados Unidos concede un nuevo empréstito, mayor y sin aquellas exigencias. Pero a partir de 1941 el mercado norteamericano se muestra ávido por los productos argentinos, las exportaciones a Estados Unidos se duplican, y desde entonces hasta el término de la guerra la balanza comercial con Estados Unidos favorecería netamente a la Argentina. El gobierno argentino pudo así prescindir del empréstito norteamericano y mantenerse fiel a Inglaterra.

Precisamente entonces Pinedo comprende que la vieja metrópoli está agotada y que es imposible desarrollar el capitalismo argentino sin la colaboración del capital yanqui. La industria argentina lo apoya en esta posición.³⁸

Esta política que podría denominarse del cambio de Metrópoli, contaba con el apoyo de la burguesía industrial y de los políticos ligados a la industria, como Patrón Costas, que eran partidarios de la activa colaboración con Estados Unidos y del ingreso argentino en la guerra. Pinedo hablaba por estos intereses cuando en una carta al presidente Castillo pedía que se declarara la guerra al Eje porque "si la Argentina quiere conservar sus características, si quiere mantener

su vida civilizada, si aspira a defender su organización social y preservar de sacudimientos volcánicos, necesita imperiosamente conservar sus relaciones con los Estados Unidos. El que le diga a usted lo contrario no sabe lo que es la economía argentina, ni la producción, ni la industria; ni cuáles son las fuentes de aprovisionamiento, ni cuáles son los mercados posibles"³⁹. Los intereses norteamericanos no tardaron en advertir que su gran oportunidad para desplazar al imperialismo inglés y debilitar a sus aliados históricos, los estancieros de Buenos Aires, consistía en promover y apoyar el desarrollo de la burguesía industrial.

Un dirigente de la Banca Schroeder que visita el país con una misión norteamericana escribe: "Se ha dicho muchas veces que los ingleses consideran a la Argentina una de sus colonias y que la Argentina y nosotros somos competidores naturales". Para cambiar tal situación en favor del imperialismo yanqui recomienda "la creciente industrialización de la Argentina y nuestra cooperación en ella"⁴⁰. Un investigador norteamericano afirma: "Debemos ganar la amistad de la Argentina. Esto es fundamentalmente un problema de comercio y economía. Debemos hallar alguna forma para aliviar a la Argentina de su dependencia económica con respecto a Europa. Un camino es ayudar a la Argentina a establecer nuevas industrias manufactureras"⁴¹. En fin, el mejor especialista norteamericano en cuestiones argentinas, colaborador y admirador de Pinedo, considera el desarrollo industrial "The Big Chance for the United States" y escribe: "La evolución de la Argentina de una economía predominantemente agraria a una economía industrializada brinda a los Estados Unidos una oportunidad única para reemplazar a Gran Bretaña después de la guerra"⁴².

"Las relaciones exteriores argentinas dependerán en el futuro, en gran medida, del surgimiento de nuevos intereses económicos y políticos. El continuado predominio de los intereses agrarios significaría el fortalecimiento de los lazos con Gran Bretaña, intensificación del bilateralismo y mayor restricción del mercado argentino para los artículos norteamericanos. Pero una Argentina industrializada podría liberarse del mercado único para sus exportaciones y ofrecer un gran mercado para las maquinarias, los tractores y autos norteamericanos. En una economía industrial desaparecerían las bases del antagonismo argentino hacia Estados Unidos".

Pero el gobierno de Castillo permaneció fiel a la vieja metrópoli británica y a la tradición histórica de los estancieros de Buenos Aires, aliados de Inglaterra, enemigos de Estados Unidos. Su política era la neutralidad, mantener alejada a la Argentina de los Estados Unidos. Ni que decir tiene, los intereses alemanes en la Argentina favorecían esa política, pero su influencia no era decisiva, ni mucho menos. "La neutralidad argentina bajo el Presidente Castillo tenía la aprobación total, aunque no pública, de los intereses británicos en la Argentina y del servicio consular británico representado por el Board of Overseas Trade. Los grupos representativos del capital británico comprenden que la ruptura con el Eje colocará a la Argentina íntegramente en el bloque panamericano y bajo el dominio económico de Estados Unidos, rival comercial de Gran Bretaña en la Argentina"⁴³.

40 Ídem, p. 99. La carta tiene fecha mayo 20, 1942.

41 National Research Council, *Tour of Industrial Exploration South America*, 1941, p. 58.

42 White, ob. cit., p. 310.

43 Weil, ob. cit., ps. 195 y 220.

44 Weil, ob. cit., p. 23.

Estados Unidos Acentúa su Ofensiva para Desplazar a Gran Bretaña como Metrópoli Dominante

En enero de 1942, en la Conferencia de Río de Janeiro, la Argentina y Estados Unidos chocan violentamente. Estados Unidos exige que la conferencia *resuelva* declarar la guerra al Eje. La Argentina se opone a que las decisiones de una entidad supranacional tengan carácter resolutivo, automáticamente obligatorio para todos los Estados, y sólo acepta votar una *recomendación*. El ministro argentino de Relaciones Exteriores (Ruiz Guinazú) escribe: "En Río de Janeiro hubimos de resistir las máximas tensiones, quedando bien establecido que votábamos una Recomendación y no una Resolución. Jamás la Argentina hubiera consentido en que una asamblea de consulta, con mayoría anticipadamente configurada, hubiera renunciado a una libre determinación en lo tocante a sus propias obligaciones. Así quedó indemne la voluntad libre y contratante"⁴⁵. Por su parte, Sumner Wells, delegado norteamericano, describe al ministro argentino como "calamitoso personaje" y agrega: "El agravio que causó la actitud del gobierno argentino fue intenso no sólo en Estados Unidos sino también en muchas otras partes del hemisferio occidental"⁴⁶. Por supuesto, el imperialismo norteamericano, lejos de complacer el pedido argentino de capital para establecer una industria siderúrgica⁴⁷, inició la guerra económica contra la Argentina. En marzo de 1942 el gobierno norteamericano prohibió la exportación a la Argentina de equipos eléctricos, productos químicos y otros artículos básicos⁴⁸.

La intensa presión yanqui sobre el gobierno de Castillo se ejerció no sólo desde Estados Unidos, sino también desde el interior del país. Sus instrumentos políticos eran —aparte de los políticos conservadores que como Pinedo y Patrón Costas habían advertido la necesidad de cambiar de metrópoli— la UCR y el Partido Socialista, que reconocían como su principal objetivo político alinear a la Argentina junto a los Estados Unidos y declarar la guerra al Eje. "Cuando regresé en junio de 1942 —refiere el entonces embajador inglés en Buenos Aires— el fenómeno más notable para mí fue que el grupo de grandes estancieros y abogados que cuando yo había estado allí en 1919 y 1920 formaban la oposición al demagogo radical Yrigoyen, en 1942 aparentemente estaban nuevamente en el poder, y lo habían estado por muchos años. El Jockey Club y su círculo interno más selecto y costoso, el Círculo de Armas, eran nuevamente, como antes de los días de Yrigoyen, los grandes centros de chismografía política y del poder detrás de la fachada. El segundo hecho interesante fue que mientras en 1919 el Jockey Club y el Círculo de Armas criticaban fieramente a

Yrigoyen por mantener la neutralidad, ahora en 1942 su propio gobierno bajo el Presidente Castillo estaba tan determinado como lo había estado Yrigoyen a mantener el país alejado de la guerra, mientras que lo que restaba del viejo partido radical estaba siendo apoyado por los norteamericanos como el partido que llevaría a la Argentina a la guerra"⁴⁹.

Desde mediados de 1941, el Partido Comunista se agregó al movimiento proguerra, como su agente más vociferoso.

Durante el idilio nazi-soviético iniciado en 1939 con la firma del pacto ruso-alemán, el Partido Comunista estuvo por la neutralidad, caracterizando justamente a la guerra como una guerra imperialista. "Estados Unidos busca poner todos los recursos económicos y militares de los países latinoamericanos al servicio de su política de guerra —escribía en julio 1941 el diario comunista—. Se trata del afianzamiento de los intereses imperialistas de Wall Street en Centro y Sudamérica. En nombre de la lucha contra el nazismo, el imperialismo yanqui conspira contra los libertades públicas de los países americanos. En la Conferencia de La Habana en nombre de la defensa de la democracia, se tratará de dar visos legales a la intervención de la marina de desembarco del Tío Sam. Y poco costará cargar el sambenito de nazi o comunista a cualquier gobernante que anteponga los intereses de su patria a las ganancias de los plutócratas de Wall Street." (La Hora, julio 14, 15 y 16, 1941). Todo cambió a partir de la invasión alemana a la URSS. En julio de 1941, el diario comunista decía: "Debemos luchar en común y organizar la acción obrera y popular con el fin de conseguir que el gobierno cambie su política exterior actual y coordine su acción con la de los pueblos y gobiernos de América Latina y de los Estados Unidos, con el objeto de asegurar la defensa del continente contra la agresión interior y exterior de los nazifascistas". (La Hora, julio 1, 1941). La principal consigna stalinista de ahí en adelante fue: "Por la ayuda inmediata, incondicional e ilimitada a la URSS, a Inglaterra, con el fin de proporcionarles todo lo que les haga falta para acelerar la destrucción de la maquinaria de guerra nazifascista." (Comité Central del Partido Comunista Bohemio de Historia del Partido Comunista de la Argentina. Editorial Anteo, Bs. As. 1947, p. 93.)

Estancamiento y Crisis del Movimiento Obrero

Mientras tanto, la economía argentina prosperaba. Seguía creciendo la industria, doblemente estimulada por la falta de competencia y por el ingreso de capital extranjero, europeo en particular. Cada tonelada de carne que salía para Inglaterra, cada bolsa de granos comprada por el Estado, significaba la emisión de billetes, el incremento de la inflación, y mayores ingresos monetarios para todas las clases. Se iniciaba un período de prosperidad general y plena ocupación. Crecía el proletariado fabril, engrosado cada vez en mayor medida por trabajadores de origen rural que afluían al Gran Buenos Aires, que en 1942, con 4 millones de habitantes, es ya una de las seis mayores ciudades del mundo, superada en América sólo por Nueva York y Chicago. Sin embargo, el poderío sindical de la clase obrera no aumentaba en igual proporción. De 700.000 obreros industriales, sólo 200.000 estaban organizados en sindicatos, es decir, menos del 30 %⁵⁰. Además, la ley no

34 Monthly Journal of the British Chamber of Commerce in the Argentine Republic, abril 30 1942, p. 13. Ídem julio 31 1941, p. 11 y febrero 28 1941, p. 20. También J. Prados Arrarte, *El Control de Cambios* (Editorial Sudamericana, Bs. As. 1944), ps. 359-60 y 370.

35 Prados Arrarte, ob. cit., p. 166.

36 Review of the River Plate, febrero 16, 1940.

37 E. Eliazer, *Argentine Relations with the Export-Import Bank in Inter American Economic Affairs*, Spring 1955.

38 Federico Pinedo, *La Argentina en la Veraguine* (Editorial Mundo Porvenir, Bs. As. 1943), ps. 45-48 y 77.

45 Enrique Ruiz Guinazú, *La Política Argentina y el Futuro de América* (Librería Huemul, Bs. As. 1944), p. 21.

46 Sumner Wells, ob. cit., ps. 270 y 288.

47 Ruiz Guinazú, ob. cit., p. 182.

48 New York Times, marzo 25, 1942.

49 Sir David Kelly, *The Ruling Few* (Hollis & Carter, London, 1952, p. 287).

50 Weil, ob. cit., p. 85.

reconoce a los sindicatos como tales, ni existe legislación alguna relativa a los contratos colectivos de trabajo. Desprovistos por completo de experiencia sindical y política, los nuevos obreros permanecían al margen de las organizaciones obreras, cuya política no hacía nada por ganarlos, pero, al contrario, iba repeliendo a los obreros organizados. Los partidos Socialista y Comunista habían implantado en los sindicatos el dominio absoluto de sus camarillas burocráticas, que ahogaban los impulsos combativos de la base y ponían las organizaciones sindicales al servicio de la colaboración política con diversos sectores de la burguesía. Burocratas sindicales socialistas como Angel Borlenghi, secretario de la Confederación de Empleados de Comercio y dirigente de la CGT, frecuentaban asiduamente ministerios y comisiones parlamentarias, trenzando y destrenzando una y otra combinación política a expensas de las masas para conseguir esta u otra ley, y mantener su suntuosa vida de dignatarios sindicales. "Todo esto —escribía por esos días Mateo Fossa, obrero maderero, dirigente de la huelga general de 1936— trae el desaliento, el que se refleja en la baja de las cotizaciones y en la falta de entusiasmo y concurrencia a todos los actos y asambleas que realiza el sindicato donde dirigen reformistas y stalinistas".⁵⁴

Socialistas y comunistas predicaban ante todo el apoyo al imperialismo angloamericano; su preocupación predominante era "combatir al fascismo". Sumándose a todo esto, actuaba la persecución policial. El estado de sitio no regía para las organizaciones fascistas, pero caía pesadamente sobre los sindicatos. El Departamento Nacional del Trabajo observa que "la agitación obrera muestra una notable declinación en los últimos años", y lo comprueba con cifras: en 1935 hubo 5.600 reuniones sindicales con más de 1 millón de asistentes; en 1941 los números indican sólo 3.000 reuniones y 200.000 concurrentes⁵⁵. Imperceptiblemente, descendía la marea del movimiento obrero argentino. Un hecho dramático lo descubre en 1942, cuando la CGT se divide en dos organizaciones, una controlada por el stalinismo, otra por los socialistas, ambas igualmente burocratizadas y extrañas a los intereses, a las inquietudes y a las aspiraciones del proletariado argentino, en particular del nuevo proletariado fabril. El resultado inevitable era la desmoralización de la clase obrera organizada, la extinción de su espíritu de lucha y la indiferencia y el desarraigo por parte de los obreros recién llegados a la industria.

La Argentina al 3 de Junio de 1943: Elecciones y Cambio de Metrópoli

Junto al descenso del movimiento obrero, se acentuaba la corrupción de la vida política, el hartazgo y la indiferencia popular ante el sucio negocio electoral.

En 1943 debían celebrarse elecciones presidenciales, y la maquinaria electoral controlada por el Presidente Castillo fabricaba ya un triunfo fraudulento para Robustiano Patrón Costas. Este triunfo hubiera significado el ingreso argentino en la órbita norteamericana, ya que Patrón Costas —miembro destacado de la oligarquía industrial y terrateniente del Norte, de tiempo atrás vinculado a la Standard Oil— compartía las posiciones de Pinedo.⁵⁶

El continuismo conservador en el poder en realidad significaba una ruptura del continuismo, pues Patrón Costas estaba dispuesto a modificar por completo la política exterior de Castillo. Por otra parte, un triunfo radical —descartado dado el carácter fraudulento de las elecciones— hubiera tenido el mismo resultado. El 3 de junio de 1943 aparecía en los diarios una solicitud en apoyo de la candidatura de Patrón Costas, firmada por los más destacados capitalistas del país y por representantes próceres del capital extranjero. Parecía que en medio de la indiferencia popular iba a triunfar, merced a votos falsos y sablazos a los opositores, un candidato de extracción ciertamente oligárquica, cuya significación histórica sería colocar a la Argentina en la órbita del imperialismo norteamericano. La perspectiva argentina no era favorable para Inglaterra. Estaba a punto de quebrarse la tradición histórica de sus aliados de siempre, los estancieros de Buenos Aires.

Pero el 4 de junio ese panorama había quedado en la nada.

Las masas populares estaban hartas de la sucia política, desmoralizadas y escépticas, burladas una y otra vez por los partidos tradicionales. Los políticos, oficialistas y opositores, se empantanaban en el escándalo de sus negociados, tornándose cada vez más gravosos a las empresas extranjeras con sus demandas incesantes de contribuciones que iban a engrosar sus cuentas personales. "Los pedidos de los dirigentes políticos habían adquirido carácter impositivo, no muy distante de la exacción. Las palabras de un alto funcionario de las compañías (eléctricas) son de suyo suficientemente elocuentes cuando dice: «Es público y notorio que las campañas electorales se hacen a costa de las empresas comerciales, especialmente de servicios públicos»⁵⁷. La combatividad de la clase obrera tendía a cero. Nadie amenazaba el orden por el lado del pueblo, pero los guardianes profesionales del orden comenzaron a impacientarse. Una investigación gubernamental sobre las opiniones de la oficialidad del ejército reveló que la mayoría estaba —textualmente— "más interesados en sus estómagos que en la política"⁵⁸. Sin embargo, a veces el estómago tienta a interesarse por la política incluso a generales y coroneles. ¿Por qué, si al fin y al cabo eran ellos los fundamentos reales del Poder, tolerar que el Poder lo usufructuasen camarillas venales, sin ningún respaldo popular, en cuya defensa nadie movería un dedo? ¿Cómo permitir que al perpe-

tuarse en el poder esa camarilla rompieran toda la tradición histórica del país para colocarlo junto al imperialismo norteamericano, rompiendo las viejas y honrosas ataduras con Inglaterra? El Ejército sintió que había llegado el momento de salvar al país y probar suerte en el usufructo directo del poder. La operación de salvataje tuvo lugar el 4 de junio de 1943.

El porvenir se presentaba dorado para la burguesía argentina. En 1941 las ganancias netas del capital promediaban 26 % en el comercio (1936: 19 %), 20 % en la industria (1936: 16 %), 14 % en empresas agropecuarias (1936: 10 %). Con la cuota de ganancia, se expandía la riqueza de los grandes señores del capital. Al promediar 1942, 300 contribuyentes declaraban una renta líquida (entradas menos gastos) de 127 millones de pesos, o sea más de 400.000 pesos per cápita⁵⁹. (Según la relación peso/dólar, esto equivale a 20 millones de pesos de 1964). La situación era mucho menos próspera para los chacareros, de los cuales 60 sobre cada 100 eran arrendatarios. En cuanto al proletariado, los

obreros rurales ganaban 50 pesos por mes, 6 25 con casa y comida, y los obreros industriales cobraban entre 100 y 150 pesos⁶⁰. La alimentación obrera era regular, la vestimenta pobre, la vivienda desastrosa. Medio millón de familias vivían en una sola pieza, y otro medio millón en dos piezas. Esto en las principales ciudades. En el campo, la mayor parte de las viviendas eran de adobe, barro y paja, como 100 años atrás⁶¹. En abril de 1943, el Departamento Nacional del Trabajo señalaba que "en general, la situación del obrero en la Argentina ha empeorado, pese al progreso de la industria. Mientras que diariamente se realizan grandes ganancias, la mayoría de la población está forzada a reducir su standard de vida. La distancia entre los salarios y el costo de la vida aumenta continuamente". La mayor parte de los empleadores —agregaba— se niegan a otorgar aumentos de salarios⁶².

60 Idem, p. 4186.

61 Ernesto García Olano, *La Crisis de la Vivienda en la Argentina* (Editorial Ingeniería Argentina, Bs. As. 1951), ps. 25-26.

62 Departamento Nacional del Trabajo, declaración de prensa, en *Argentintisches Tageblatt* abril 23 1943.

59 DSCDN, setiembre 22 y 23 1942, p. 4304.

II. El Gobierno Bonapartista de los Estancieros y el Imperialismo Inglés: junio 1943-1946

EN UN COMODO paseo matinal por las avenidas de Buenos Aires el Ejército derroca al Presidente Castillo y se hace cargo del poder. Nos proponemos —dijeron los jefes del movimiento— asegurar el orden, la moral y la Constitución. Cada cual podía

leer en esto según sus preferencias, y bien pronto los corresponsales norteamericanos, junto con políticos socialistas y radicales, pusieron de manifiesto su reconocida sagacidad anunciando que el movimiento militar tenía por objeto romper las relaciones diplomáticas

54 Mateo Fossa, *La Acción del Reformismo y del Stalinismo sólo Trae Desaliento y Derrota para el Movimiento Obrero en Laucha Obrera*, julio 1941.

55 República Argentina, Departamento Nacional del Trabajo, *Investigaciones Sociales* (Bs. As. 1941), p. 82.

56 Pinedo, *En Tiempos*, ob. cit., p. 193.

57 Resumen de la Verdad Sobre las Concesiones Eléctricas del Interior del País. (Bs. As. 1964) p. 38.

708 0 110 10 0111111 59

con Alemania¹. Su ilusión duró poco, porque la política exterior argentina no varió. El capitalismo argentino necesitaba máquinas, materias primas, capital, en fin, todo lo que Estados Unidos poseía; pero ni los estancieros de Buenos Aires ni el gobierno militar estaban dispuestos a pagar el precio exigido por Washington o sea, declaración de guerra al Eje, pleno ingreso en el sistema panamericano; en síntesis cambiar de Metrópoli, dar a Estados Unidos el papel hegemónico que tradicionalmente desempeñaba Inglaterra. Todo esto iba escrito entre las líneas de las cartas intercambiadas poco después de junio por el Almirante Storni—sucesor de Ruiz Guinazú en el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino—y Cordell Hull, secretario de Estado norteamericano. Storni recababa de Estados Unidos “un gesto genuino de amistad”, tal como “el envío urgente de aviones, repuestos, armas y maquinaria para restaurar a la Argentina en la posición de equilibrio a que es acreedora con respecto a otros países de Sudamérica”. En compensación, ofrecía la promesa de romper relaciones con Alemania. Cordell Hull contestó escuetamente que antes de hacer pedidos la Argentina debía aceptar las exigencias de Washington². El gobierno argentino no aceptó. Y entonces Washington descubrió que el gobierno militar era “fascista”, “nazi” y “dictatorial”. La prensa norteamericana, que consideraba enteramente democrática la dictadura de Vargas en Brasil, no tardó en probar diariamente que la Argentina constituía la sucursal latinoamericana del nazismo alemán.

Las cartas cursadas entre Buenos Aires y Washington fueron dadas a conocer por Cordell Hull en setiembre de 1943, con el propósito de dejar en ridículo al gobierno argentino. El ridículo se produjo y Storni renunció. Pero paralelamente, la arrogancia yanqui aportó al gobierno militar la primera corriente de simpatía entre amplias masas populares; y, en la misma medida, el menosprecio de los sectores pronorteamericanos de la pequeña burguesía, especialmente el estudiantado que se movía bajo la influencia socialista o comunista, así como de los sectores burgueses que siguieron a Pinedo y Patrón Costas se orientaban decididamente hacia el cambio de Metrópoli.

A partir de ese momento y hasta 1946 no dejó de intensificarse la presión norteamericana sobre el país, económica y política. “El próximo mensaje a la Argentina debe ser enviado por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos”—decía en noviembre de 1943 un conocido comentarista radial norteamericano³. Se definía así, a cuatro meses del 4 de junio, una de las características esenciales del gobierno militar y posteriorismo del peronismo de la primera hora: los continuos y a menudo violentos roces con el imperialismo norteamericano. Un mes después, en diciembre de 1943, se perfilaba su otro y fundamental aspecto: la estatización del movimiento obrero, con el propósito de lograr una poderosa base social de sustentación.

Un Coronel Sindicalista

El 2 de diciembre de 1943 las radioemisoras argentinas echaron al aire la voz del coronel Juan Domingo Perón, quien venía a hacerse cargo de la flamante Secretaría de Trabajo y Previsión. Su acción al frente de ese organismo, dijo, tendría por objetivo fundamental acabar con la lucha de clases y someterla a la tutela del Estado conciliando a obreros y patrones. Pero la lucha de clases no se dejó abolir, y el coronel supo aprovecharse de ella.

La acción de la Secretaría de Trabajo fue múltiple y eficaz en el sentido de estatizar al movimiento obrero. Como primera medida, el coronel Perón procedió a barrer a la desprestigiada burocracia sindical controlada por el Partido Comunista, para lo cual contó con la ayuda de la poderosa burocracia sindical que respondía al Partido Socialista. Fue precisamente el máximo dirigente sindical socialista quien confirió a Perón el título de Primer Trabajador Argentino⁴.

Después le tocó el turno a la burocracia socialista, que también fue eliminada sin mayor dificultad, en parte por absorción de sus elementos más acomodaticios. Desde luego, el secretario de Trabajo y Previsión no se quedó corto en el uso de medios de represión y solo para captar a los dirigentes sindicados que le interesaban y desembarazarse de los recalcitrantes. Además, la mayor parte del nuevo proletariado, de los trabajadores de origen rural recién ingresados a la industria, permanecía fuera de los sindicatos y era campo virgen para el proselitismo de los sindicalistas peronistas. Desde las oficinas de la Secretaría de Trabajo y Previsión se fue estructurando así una nueva organización sindical que culminaría en la CGT del período 1946-1955 y cuya primera y fundamental característica era depender en todo sentido del Estado que le había dado vida. Trabajo y Previsión sólo reconocía “personería gremial”—es decir, carácter legal— a los sindicatos controlados por ella; los otros eran declarados ilegales y condenados a la clandestinidad. Todos los recursos estatales de represión y catequesis fueron puestos en juego para que los trabajadores ingresaran a los sindicatos dirigidos por la Secretaría de Trabajo. Pero el énfasis no se puso en la represión, sino en las concesiones reales a la clase obrera efectuadas a través de los sindicatos estatizados. Mejoras apreciables en los salarios y en las condiciones de trabajo, una marcada tendencia a favorecer a los obreros en los conflictos gremiales, el amparo concedido a los dirigentes y delegados frente a la tradicional prepotencia patronal en el trato con los obreros, todo esto facilitó que los obreros se dejaran afiliar en los sindicatos estatizados.

Sería incorrecto decir que los obreros “se movieron” o “fueron” hacia los sindicatos, porque el proceso transcurrió exactamente a la inversa: los sindicatos —la

Una Década Decisiva

Secretaría de Trabajo— fueron hacia los obreros. Así se creó la nueva Confederación General del Trabajo (CGT), que pronto unificó en su seno a la totalidad de la clase obrera.

Organización poderosa, a través de la cual en la era peronista se concedieron a la clase obrera importantes mejoras reales, pero que no obtuvo por sí absolutamente nada.

La nueva CGT fue desde el primer momento en todo lo esencial, una repartición estatal. No surgió de la movilización autónoma de la clase obrera. Al contrario, fue creada en un momento de descenso de la combatividad del proletariado argentino, cuando su composición se modificaba vertiginosamente a raíz del ingreso a la industria de trabajadores rurales sin experiencia sindical de ninguna índole. Sus funcionarios salieron de la clase obrera; pero no se elevaron hasta la dirección sindical destacándose en el curso de la lucha, no fueron elegidos por su clase, sino designados y promovidos desde la Secretaría de Trabajo. Los objetivos gremiales no los obtenían dirigiendo a los obreros contra la patronal, sino indicando a la Secretaría de Trabajo cuáles eran las concesiones que en cada gremio convenía que el Estado impulsara a los patrones. El elemento humano con que se construyeron los cuadros dirigentes de la CGT estaba pues, muy naturalmente, compuesto en dosis masiva de arribistas y burócratas de todo tinte y confesión.

Por cierto, las positivas mejoras que la clase obrera recibía fueron inclinándola poco a poco en favor de Trabajo y Previsión y muy particularmente del Coronel Perón. Pronto las organizaciones de la burguesía argentina—Unión Industrial, Sociedad Rural, Cámara de Comercio, etc.—comenzaron a indisponerse con el secretario de Trabajo y empezaron a escuchar acusaciones de demagogia.

Mientras tanto, el gobierno desarrollaba una política destinada a fortalecer el orden tradicional en sus columnas fundamentales: ejército, iglesia, policía y burocracia. La enseñanza laica fue abolida y la Iglesia Católica colocada en posición de privilegio. “La República Argentina—declaraba el Coronel Perón—es producto de la colonización y conquista hispánica que trajo, hermanadas a nuestra tierra, en una sola voluntad, la cruz y la espada. Y en los momentos actuales parece que vuelve a formarse esa extraordinaria conjunción de fuerzas espirituales y de poder que representan los dos más grandes atributos de la humanidad: el Evangelio y las armas. Por eso es especialmente grato a mi espíritu todo lo que sea agrupación católica, porque es agrupación de paz, de armonía y de sentido místico, sin lo cual el mundo no puede ir sino a la anarquía social”⁵. Tal era la ideología del gobierno militar.

Las escasas libertades democráticas que restaban bajo Castillo fueron suprimidas, y la Jefatura de Policía sustituyó ventajosamente a la Constitución Nacional.

5 Coronel Juan Perón, *El Pueblo Quiere Saber de qué se Trata* (Bs. As. 1944), p. 99.

Afianzamiento de la Política Probritánica

Después del 4 de junio la economía argentina prosiguió trabajando bajo el triple signo de prosperidad, inflación y plena ocupación. Continuó el aumento de la producción industrial y la balanza comercial registraba un saldo cada vez más cuantioso en beneficio del país. La política oficial siguió los lineamientos del Plan Pinedo de 1940, creándose el Banco de Crédito Industrial. El Estado prosiguió apuntalando la renta agraria mediante la compra de las cosechas, y se rescató la deuda externa conforme a los deseos expresados por el gobierno inglés. Las exportaciones argentinas siguieron marchando hacia Inglaterra, a crédito sin interés, a los precios fijados por Gran Bretaña. Y por cada tonelada exportada el Banco Central lanzaba una nueva emisión de billetes, que aceleraba la creciente inflación. Las grandes empresas—casi todas extranjeras o muy vinculadas al capital extranjero—reinvertían sus ganancias y aumentaban sus capitales, acentuándose así la concentración y centralización del capital y la participación del capital extranjero en la industria nacional.

En junio de 1944, para festejar su primer aniversario, el gobierno militar puso de manifiesto que de su proclamaro nacionalismo nada tenían que temer los intereses imperialistas que controlaban la economía nacional, en especial los ingleses y europeos. Poco después del golpe de estado, se habían formado diversas Comisiones Investigadoras a fin de estudiar las concesiones eléctricas efectuadas a las empresas imperialistas. Una Comisión investigó a las empresas eléctricas del interior del país, dependientes del trust yanqui Electric Bond and Share. Su Informe, exponiendo los manejos de las empresas en detrimento del país fue publicado⁶ y se inició en la estatización de las empresas en cuestión. Distinta suerte corrió el informe de la Comisión que estudió las concesiones a la Compañía Argentina de Electricidad (CADE) dependiente del trust anglo-europeo SOFINA, que monopoliza el abastecimiento de electricidad al Gran Buenos Aires y sus alrededores en un radio de 100 kilómetros—es decir, en el corazón industrial del país. Entre otras cosas de interés, que evidenciaban la explotación a que esa empresa sometía la economía nacional, la Comisión descubrió que la CADE ya estaba paga por el Estado argentino. Durante años la empresa había cobrado una sobretarifa destinada a constituir un fondo de reversiones que amortizaba el valor de las instalaciones. En 1936, el Estado debió automáticamente hacerse cargo de las mismas, pero la CADE pagó a los partidos políticos y obtuvo una nueva concesión y el regalo de ese fondo de 105 millones de pesos. La Comisión Investigadora propuso la inmediata expropiación de las empresas y al efecto redactó un proyecto de decreto que obtuvo la firma del ministro de Justicia. Sobraban fondos para pagar la expropiación, y se pensaba dar a conocer el decreto el 4 de junio de 1944. Pero los intereses ingleses se movieron y el Coronel Perón—hombre fuerte del gobierno—intervino para impedir que se llevara a cabo la expropiación, al tiempo que ordenaba el «secreto del Informe».

La presión norteamericana continuó en crescendo. Pero Inglaterra respaldaba a su semicolonía, con tanta

6 Resumen de la Verdad sobre las Concesiones Eléctricas del Interior del País (Bs. As., 1945).

7 Informe de la Comisión Investigadora de las Concesiones Eléctricas en el Gran Buenos Aires (Buenos Aires 1945); Alianza periódica clausurada, 19 quincena de mayo, 1945; Qué, agosto 22, 1946; La Nación, agosto 14, 1946; DSCDN, agosto 7 y 8, 1946, ps. 1263 y ss.; DSCDN, agosto 14 1946, ps. 1842 y ss. Este hecho define toda la política del gobierno juniano y su heredero, el gobierno peronista, ante los consorcios imperialistas actantes en la economía argentina.

1 Crítica, junio 4 1943; La Nación y La Prensa, junio 5 1943.

2 Department of State Bulletin, setiembre 11 1943.

3 Weir, ob. cit., p. 15.

4 Oddone, Gremialismo... ob. cit., p. 412.

más confianza cuanto que el nuevo gobierno había alejado la posibilidad de un viraje hacia Estados Unidos. Las exigencias de su alianza en escala mundial con Estados Unidos obligaron al Foreign Office a efectuar algunas tibias declaraciones contra el gobierno argentino, concedidas a regañadientes bajo intensa presión de Washington. Pero en la realidad el gobierno y los inversores ingleses apoyaban sólidamente al gobierno militar. En enero de 1943, repudiando las críticas a la Argentina, decía el órgano de los inversores británicos en América Latina: "Durante toda la guerra los barcos argentinos han trabajado casi exclusivamente al servicio de las naciones aliadas. Grandes créditos libres de interés fueron extendidos a Inglaterra en conexión con la compra de alimentos argentinos. La neutralidad argentina, pues, ha sido más bien teórica y ciertamente no muy estricta". Y tras hacer la apología de "los oficiales militares y navales que han asumido la pesada responsabilidad del gobierno" y elogiarlos por "su esfuerzo en eliminar la corrupción política" la defendía del cargo de fascistas manifestando: "Es verdad que los partidos políticos han sido suprimidos y el Congreso clausurado. ¿Pero acaso no ha sido esa durante años la situación de Brasil bajo Vargas? ¿Y acaso es Vargas fascista? No, Argentina es solamente argentina". Y entretanto el embajador inglés en Buenos Aires, consciente de que "los capitalistas norteamericanos consideran su destino manifiesto capturar el mercado argentino y convertirse en los socios dominantes, como ya lo son en América Central y Brasil"⁸ informaba a su gobierno que el gobierno militar "no tiene ninguna conexión estrecha con el nazismo europeo" y "lejos de ser un grupo de conspiradores que mantienen una dictadura militar, están respaldados por una mayoría sustancial del pueblo argentino". Por supuesto, los voceros norteamericanos se quejaban de que "no se podían aplicar sanciones económicas efectivas contra la Argentina sin el apoyo británico, y se carecía de ese apoyo" con el resultado de que "la ofensiva diplomática y económica conducida por Estados Unidos no afectó vitalmente a la Argentina"⁹. La respuesta inglesa la dio claramente "The Economist", señalando que Gran Bretaña sólo podía aplicar sanciones a la Argentina a costa de grandes sacrificios. "Si el objetivo de la presión sobre la Argentina es obtener algunos objetivos sin duda altamente deseables pero de dudosa importancia, tal como la "solidaridad hemisférica", entonces el sacrificio es demasiado grande. Durante décadas, la Argentina ha sido uno de los mayores abastecedores de alimentos baratos para la población industrial británica. En compensación, ha existido en la Argentina un valioso mercado para los artículos británicos y un fértil terreno para el capital inglés, con gran beneficio para ambas partes. No está en el interés de ningún

británico que sea rota una de las más exitosas sociedades de la historia económica.

"La política norteamericana en la Argentina parece movida menos por el afán de derrotar a Hitler que por el deseo de extender la influencia de Washington desde la mitad norte de Sud América hasta el Cabo de Hornos — en síntesis, por un imperialismo sin duda benévolo, pero no por ello menos real. Esta es la esencia del problema. La Argentina no se adhiere completamente al panamericanismo porque desea preservar su relación especial con Europa y Gran Bretaña. Es inútil esperar que Gran Bretaña ayude a presionar a la Argentina para que cambie su punto de vista acerca de sus obligaciones panamericanas"¹¹.

El gobierno militar respondió a la confianza británica. En un país sometido a Inglaterra desde la hora cero de su formación, cualquier gobierno que mantuviera el *statu quo* existente antes de su advenimiento al poder no hacía más que perpetuar el predominio británico. Pero el gobierno militar no se limitó a dejar las cosas como estaban, sino que tomó algunas medidas positivas en beneficio del imperialismo inglés. Ya se ha visto su actitud ante la CADE. A las empresas ferroviarias inglesas se les otorgó amplias concesiones en el cambio para sus remesas al exterior, se les permitió aumentar las tarifas y el Estado se hizo cargo de los aumentos de salarios que debían otorgar a su personal¹². Desde 1930 las empresas no recibían beneficios semejantes y se apresuraron a señalar que "No es posible observar sino con satisfacción que el Poder Ejecutivo se sustrae a la atmósfera de prevención, de hostilidad, de negación injusta y hasta agresiva a los capitales extranjeros invertidos en la industria de los ferrocarriles y comienza a considerar sus dificultades"¹³. Más importante que todo esto, el gobierno fortaleció la neutralidad y alejó a la Argentina del bloque panamericano. La neutralidad privó a la Argentina de capital norteamericano e impidió así que el capital estadounidense desplazase al inglés de sectores fundamentales de la economía argentina, o que la influencia yanqui se incrementara insertándose en sectores hasta entonces reservados al Estado. En junio de 1943, por ejemplo, estaba listo un convenio petrolero: Estados Unidos suministraría equipos y la Argentina formaría un consorcio entre YPF y las empresas petroleras norteamericanas, con el compromiso de abastecer a los países vecinos¹⁴. El golpe militar dejó esto en la nada. Y en la nada quedó el pedido de capital para instalar la industria siderúrgica. Esta política, que trababa el crecimiento de la industria, no sólo alejaba al capital norteamericano sino que contribuía a perpetuar el predominio del sector tradicional de la burguesía argentina, los estancieros de Buenos Aires, abastecedores de carne para Inglaterra y ene-

11. The Economist, agosto 5 1944.

12. Economic Survey, noviembre 7 1944.

13. La Prensa, diciembre 27 1944.

14. Ruiz Guillard, ob. cit. p. 116 y Adolfo Silenzi de Stagni, El Petróleo Argentino (Colección Problemas Nacionales, Bs. As. 1955, p. 62).

8. South American Journal, enero 29, 1944.

9. Sir David Kelly, ob. cit., pp. 289 y 292.

10. Edward O. Guerrant, Roosevelt's Good Neighbor Policy (The University of New Mexico Press, Albuquerque 1950), pp. 44-45.

migos centenarios del imperialismo yanqui. Por otra parte, al fortalecer el orden imperante y sus columnas tradicionales, el gobierno militar no podía sino afianzar el control sobre la vida argentina de los intereses tradicionales encabezados por el imperialismo inglés y los estancieros.

Las Bases Sociales del Bonapartismo

¿Cuál era el contenido social del gobierno militar? Pese a los marxistas de trocha angosta, la lucha de clases no determina directamente todos y cada uno de los acontecimientos políticos. Todos y cada uno de los golpes de Estado no responden, siempre, necesariamente al movimiento de una clase. Pero ningún fenómeno político esencial puede comprenderse sino en relación a la lucha entre las clases y grupos de clase. Y en un país semicolonial como la Argentina, a la lucha entre las clases nacionales se suma la lucha entre ellas y el imperialismo, y entre los imperialismos competidores. Sin tener presente esto, no puede ni intentarse la comprensión del 4 de junio.

El régimen surgido de este golpe de estado configuraba un gobierno bonapartista: no representaba a ninguna clase, grupo de clase o imperialismo, pero extraía su fuerza de los conflictos entre las diversas clases e imperialismos. Su apoyo directo lo hallaba en las fuerzas del orden: ejército, policía, burocracia, clero. La increíble corrupción de los partidos políticos burgueses — y la indiferencia y el hartazgo de las masas ante la política — sugirieron en los cuarteles la conveniencia de descargarse por completo a la burguesía argentina del cuidado de gobernarse a sí misma. Parafraseando a Marx, cabe decir que el cuartel tenía necesariamente que dar en esta ocurrencia, con tanta mayor razón cuanto que de este modo podía esperar también una recompensa mayor por sus servicios. El último gobierno conservador gobernaba mediante el estado de sitio. ¿Por qué el ejército no podía declarar el estado de sitio en su propio interés, sitiando al mismo tiempo las bolsas burguesas? Al 3 de junio de 1943, todo era propicio para que las fuerzas del orden, cuya misión específica es servir a la clase dominante, se transformaran en usufructuarias del poder para sí, desplazando a los equipos de políticos tradicionales. Bien entendido, tal gobierno no podía menos que servir a la clase dominante, en especial a su sector más fuerte, los estancieros, y al imperialismo dominante, el inglés. Pero el servidor estaba sentado sobre el espinazo del amo, le apretaba la nuca, y, si era necesario, no le importaba frotarle la cara con su bota.

Bien pronto el amo comenzó a impacientarse. La burguesía argentina, especialmente la industrial, cargaba con la mayor parte de los gastos que imponía el nuevo gobierno, en particular por su política obrerista. A las grandes empresas extranjeras como los ferrocarriles ingleses, el obrerismo les salía bastante barato, porque el Estado les proveía los fondos para los aumentos de salarios y les eximía de otorgar muchas mejoras sociales. (En general, el gran capital era el menos afectado

por la "política social". Uno de los hechos más importantes de esa política, la congelación de los alquileres, decretada en 1943, permitió que los aumentos de salarios fuesen mucho menores que los que hubieran sido imprescindibles de haber aumentado los alquileres en proporción a los otros precios. Pero los perjudicados por la congelación fueron principalmente los pequeños propietarios, parte de cuya renta se transfirió así, indirectamente, al gran capital). Toda la burguesía argentina exigió que los coroneles volvieran a los cuarteles. Y junto a la burguesía argentina, ni qué decir el imperialismo norteamericano, para quien el gobierno militar resultaba más intratable que el propio Castillo. El mundillo universitario, irritado en sus sentimientos liberales por el régimen dictatorial que liquidaba las libertades democráticas e introducía la reacción católica en la Universidad, fue la más temprana y combativa fuerza de oposición al gobierno. Pero los intereses reales a que servía su agitación no tenían nada que ver con "la democracia y la libertad": eran la burguesía argentina y el imperialismo yanqui. Pronto se sumaron a los estudiantes los viejos partidos políticos, obligados a disolverse por un decreto gubernamental, y en seguida las asociaciones patronales, encabezadas por la Unión Industrial Argentina. Ante la creciente presión conjunta de Estados Unidos, de la burguesía argentina y de activas capas de la pequeña burguesía, el gobierno bonapartista no podía mantenerse mucho tiempo con el solo apoyo directo del ejército, la policía, la iglesia y la burocracia, y el imperialismo inglés como único respaldo. Necesitaba una fuerza fundamental, una clase de la sociedad argentina. Y la halló en los obreros industriales y rurales, y a través de ellos, en las masas trabajadoras y pobres en general.

Peronismo y Clase Obrera

El movimiento militar de junio comenzó a transformarse en peronismo cuando desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, se inició la captación de la clase obrera y su estatización dentro de la nueva CGT. Las condiciones históricas eran ideales para el éxito de una política bonapartista. La economía argentina atravesaba un ciclo de creciente prosperidad, la cuota de ganancia de los capitales crecía constantemente y era posible otorgar mejoras a la clase obrera sin perjudicar en nada esencial los intereses de la burguesía, aunque ésta, claro está, proclamaba lo contrario. Como lo indicó Perón, "las enormes ganancias de la industria argentina, desmesuradamente grandes, no podían verse perjudicadas con la mejora de los salarios y de la situación de vida de los trabajadores"¹⁴. Paralelamente, la combatividad de la clase obrera había disminuido de modo tangible y sus direcciones tradicionales, socialistas y stalinistas, estaban completamente desprestigiadas por sus compromisos con la burguesía y su declarado belicismo en favor del imperialismo norteamericano.

14. La Prensa, Bs. As. julio 12, 1945.

En setiembre de 1943, el Partido Comunista, que controlaba al gremio de la carne, cortó sus últimas amarras con la clase obrera, entregando al gobierno una gran huelga de los frigoríficos para no perturbar a las empresas anglo-norteamericanas, aliadas de la URSS.

En fin, un porcentaje siempre creciente del proletariado carecía de toda experiencia sindical y política por tratarse de masas del interior recién ingresadas a las fábricas. Perón supo aprovechar esta situación. Concediendo mejoras a la clase obrera se ganó su confianza, y en ella encontró un respaldo cada vez más sólido y entusiasta contra la burguesía argentina y el imperialismo norteamericano.

Pronto la burguesía acusó a Perón de "agitar artificialmente la lucha de clases" e incitar a los obreros en su contra, pero la acusación carecía de sentido. En realidad, Perón hizo abortar, canalizando por vía estatal, las demandas obreras, el ascenso combativo del proletariado argentino, que se hubiera producido probablemente al término de la guerra. Porque es evidente que si Perón no hubiera concedido mejoras, el proletariado hubiera luchado para conseguir las. La plena ocupación y la creciente demanda de obreros hacía económicamente inevitable que mejorase la situación de los trabajadores. El bonapartismo del gobierno militar preservó, pues, al orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista. Desde el punto de vista de los intereses históricos de la clase obrera, también en la Argentina fue cierto que el gobierno bonapartista, "sirviendo en realidad a los capitalistas engaña más que ningún otro a los obreros, a fuerza de promesas y pequeñas limosnas" (Lenin). La organización que el Estado construyó para la clase obrera, la CGT, era como una gigantesca trampa. Mientras las superganancias del capital alcanzaron para formar el cebo y otorgar mejoras a la clase obrera, la trampa permaneció abierta: en su seno el proletariado obtenía mejora tras mejora. Cuando las superganancias terminaran y hubiera que disminuir el nivel de vida de los obreros a fin de mantener las ganancias normales, la trampa habría de cerrarse sobre el proletariado para paralizarlo. La explicación dada por Perón acerca de los propósitos que guiaron la estatización del movimiento obrero argentino era clara y definitiva:

"Las masas obreras que no han sido organizadas presentan un panorama peligroso, porque la masa más peligrosa sin duda es la inordinada. ¿Cuál es el problema que a la República Argentina debe preocupar sobre todas las cosas? Un cataclismo social en la República Argentina haría inútil cualquier posesión de bien, porque sabemos —y la experiencia de España es bien concluyente y gráficamente a este respecto— que con ese cataclismo social los valores se pierden totalmente. Es indudable que siendo la tranquilidad social la base sobre la cual ha de desarrollarse cualquier problema, un objetivo inmediato del Gobierno ha de ser asegurar la tranquilidad social del país, evitando por todos los medios un posible cataclismo de esta naturaleza, ya que si se produjera de nada valdrían las riquezas acumuladas, los bienes poseídos, los campos ni los ganados.

"Dentro de este objetivo fundamental e inmediato que la Secretaría de Trabajo y Previsión persigue, radica la posibilidad de evitar el cataclismo social que es probable, no imposible. El ca-

pitalismo en el mundo ha sufrido durante esta guerra un golpe decisivo. El resultado de la guerra 1914-1918 fue la desaparición de un gran país europeo como capitalista: Rusia. En esta guerra, el país capitalista por excelencia quedará como un país deudor en el mundo, probablemente, mientras que toda la Europa entrará dentro del anticapitalismo panruso. En América quedarán países capitalistas, pero en lo que concierne a la República Argentina sería necesario echar una mirada de circunspección para darse cuenta de que su periferia presenta las mismas condiciones que tenía nuestro país. Chile es un país que ya tiene un comunismo de acción desde hace varios años; en Bolivia, a los indios de las minas parece que les ha prendido el comunismo como viruela, según dicen los bolivianos; Paraguay no es una garantía en sentido contrario; Brasil, con su enorme riqueza, me temo que al terminar la guerra pueda caer en lo mismo.

"Creo que no se necesita ser muy perspicaz para darse cuenta de cuáles pueden ser las proyecciones y de cuáles pueden ser las situaciones que tenemos todavía que enfrentar en un futuro muy próximo. Por lo tanto, presentaré un solo ejemplo para que nos demos cuenta en forma más o menos gráfica de cuál es la situación de la República Argentina en ese sentido. Yo he estado en España poco después de la guerra civil y conozco mi país después de haber hecho muchos viajes por su territorio. Los obreros españoles, inmediatamente antes de la guerra civil ganaban salarios superiores, en su término medio general, a los que se perciben actualmente en la Argentina; no hay que olvidarse de que en nuestro territorio hay hombres que ganaban 20 centavos diarios; no pocos que ganaban doce pesos por mes; y no pocos también que no pasaban de treinta pesos por mes, mientras los industriales o productores capiteles ganaban el 30 ó 40 %. Nosotros tenemos en este momento —Dios sea loado que ello ocurra por muchos años— industriales que pueden ganar hasta el 1.000 %. En España se evitó la guerra civil. ¿Qué no se excusaría aquí si nuestras masas de obreros no fuesen todo lo buenas, obedientes y sufridas que son?

"Se ha dicho, señores, que soy enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que les acabo de decir no encontrarán ningún defensor. Diríamos, más decidido que yo porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes es la defensa misma del Estado. Yo estoy hecho en la disciplina. Hace treinta y cinco años que ejercito y hago ejercitar la disciplina y durante ellos he aprendido que la disciplina tiene una base fundamental: la justicia. Y que nadie conserva ni impone disciplina si no ha impuesto primero la justicia. Por eso creo que si yo fuera dueño de una fábrica, no me costaría ganarme el afecto de mis obreros con una obra social realizada con inteligencia. Muchas veces ellos se leen con el médico que va a la casa de un obrero que tiene un hijo enfermo, con un pequeño recado en un día particular: el patrón que pasa y palmea amablemente a sus hombres y les habla de cuando en cuando, así como nosotros lo hacemos con nuestros soldados. Para que los soldados sean más eficaces han de ser manejados con el corazón. También los obreros pueden ser dirigidos así. Sólo es necesario que los hombres que tienen obreros a sus órdenes lleguen hasta ellos por esas vías, para dominarlos, para hacerlos verdaderos colaboradores y cooperadores.

"Con nosotros funcionará la Confederación General del Trabajo y no tendremos ningún inconveniente, cuando queramos que los gremios equis o zeta procedan bien, a darles nuestro consejo, nosotros se lo transmitiremos por su comando natural: le diremos a la Confederación Nacional: hay que hacer tal cosa por tal gremio, y ellos se encargarán de hacerlo. Les garantizo que son disciplinados y tienen buena voluntad para hacer las cosas".¹²

Y poco después, el mismo Coronel Perón, declaraba:

"Los señores que temen tanto al sindicalismo y a la formación de grandes agrupaciones obreras bien organizadas dirigidas y unidas, pueden desear sus temores desde ya. Nada hay que temer de las organizaciones. Debe temerse de las masas desorganizadas. Estas son peligrosas.

¹² Coronel Juan Domingo Perón, discurso en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, agosto 25 1944. Hemos tomado el texto del libro de Perón, *El Pueblo Quiere Saber de qué se Trata*, Bs. As. 1944, p. 187.

"Sin temor a equivocarnos, podemos decir que hoy, desde Jujuy hasta Tierra del Fuego, y desde Buenos Aires a Mendoza, se puede orientar, dirigir y conducir a las grandes masas de trabajadores argentinos, y cada día que pasa lo iremos haciendo en forma más perfecta, porque diariamente se va reforzando la disciplina sindical. Sin disciplina sindical, las masas son imposibles de manejar".

En la Argentina, como en el resto del mundo capitalista, la estatización sindical respondió, en último análisis, a la tendencia, inherente al capitalismo monopolista, a colocar bajo el control del Estado —controlado a su vez por el gran capital— toda la sociedad y, en especial, a la clase obrera. Los principales beneficiarios de la estatización sindical fueron, pues, los grandes intereses capitalistas que regían la economía argentina, intereses a los que en definitiva sirve el Estado.

1945: Culminación de la Ofensiva Norteamericana

Pero el gobierno bonapartista preservó el ordenamiento tradicional de la sociedad argentina, no sólo ganándose al proletariado "con palmaditas en la espalda y pequeños regalos". También conservaron ese ordenamiento oponiéndose al ingreso de la Argentina en la órbita norteamericana. Su nacionalismo antianqui fue el nacionalismo de todos los gobiernos argentinos: defender a la vieja Metrópoli británica y a los intereses capitalistas estructurados en torno a ella, con los estancieros de Buenos Aires como sector estratégico de la clase dominante. Pero, a diferencia de todos los gobiernos anteriores, su apoyo principal contra la presión norteamericana lo obtuvo en el proletariado. Paradójicamente la clase más joven y potencialmente revolucionaria de la Argentina fue movilizada por el gobierno bonapartista para defender frente al imperialismo yanqui a las clases más retrógradas del país y a su socio y acreedor centenario, el imperialismo inglés.

En 1945 llegó a su más alto grado la campaña que desde tiempo atrás llevaban contra el gobierno militar, y contra Perón en particular la burguesía argentina toda, vastos sectores de la clase media y Estados Unidos. La presión sobre el gobierno militar para que concediera elecciones se hizo intensísima. La prensa norteamericana reboaba amenazas contra la Argentina, y la gran prensa argentina las reproducía con satisfacción. La burguesía en pleno se sumaba a Estados Unidos, horrorizada por el obrerismo de Perón. La oposición antiperonista más enérgica procedía de la burguesía industrial, y ello por razones fundamentales. La industria era el sector que más intensamente necesitaba capital norteamericano.

Era natural que la burguesía industrial apoyara a Estados Unidos contra Perón, que alejaba al capital norteamericano. Y, además, ella era la principal perjudicada por el obrerismo peronista, y sentía verdadero terror ante la organización de las masas obreras, aunque fueran dirigidas desde la Casa de Gobierno. Al desarrollarse la industria, habían crecido el capital y el peso social de la burguesía industrial argentina. Pero en mayor medida creció el peso específico del capital extranjero, porque éste era el principal propietario de

industria; y, paralelamente, crecía el número y la concentración del proletariado, en una medida mucho mayor que la burguesía industrial nativa, ya que la clase obrera aumenta en relación directa al total de fábricas existentes, no al número de fábricas, más reducido, que posee la burguesía nacional. La burguesía industrial se encontraba en la situación de un enano que crecía entre dos gigantes, y ante el terror que le inspiraba la sindicalización peronista, era inevitable que se aliase al gigante imperialista contra el gigante proletario. Incluso los estancieros de Buenos Aires, tradicionalmente antinorteamericanos, se plegaron, esta vez, a la intervención de Estados Unidos en la Argentina, confirmando que "los demagogos con sus perpetuas denuncias obligan a los ricos a reunirse para conspirar, porque el común peligro aproxima a los que son más enemigos".¹³ El gobierno continuaba en todo lo decisivo la política tradicional de la burguesía terrateniente, pero la irritaba con sus gritos contra "la oligarquía" con sus supuestas reformas agrarias y sus reales Estatutos para los peones. Desde 1930, los gobernantes conservadores, criaturas incubadas en la Sociedad Rural y el Jockey Club, habían hecho la apoteosis del sable policial, y ahora el sable policial mandaba sobre ellos. Habían perseguido a la prensa opositora, y ahora era perseguida su propia prensa. Sometieron las asambleas populares a la vigilancia de la policía; sus salones se hallaban bajo la vigilancia de la policía. Decretaron el estado de sitio, y el estado de sitio se decretaba contra ellos.¹⁴ Habían deportado sin juicio a los huelguistas, y ellos eran deportados sin juicio. Habían sofocado todo movimiento de la clase obrera mediante el poder del Estado; el poder del Estado sofocaba todos los movimientos de su sociedad. Se habían rebelado, llevados del entusiasmo por su bolsa, contra los políticos grigoyenistas; sus políticos fueron apartados de en medio, y su bolsa se veía saqueada. Claro está, también los estancieros querían que los demagogos coroneles volvieran al cuartel, aunque para ello tuviesen que contrariar al imperialismo inglés, su aliado tradicional, que era el único sector capitalista de importancia decisiva que seguía brindando su apoyo al gobierno militar.

Todos los partidos tradicionales se unieron para combatir al gobierno militar. Incluso el Partido Comunista que, como todos los P. C. de Occidente, cumpliendo la línea stalinista actuaban entre 1941 y 1946, como correa de transmisión del imperialismo norteamericano, pagando así la tolerancia de Washington para que Stalin dispusiera sin tropiezo de Europa Oriental.

En setiembre de 1945 el Partido Comunista realizó una gran concentración "Por la unidad nacional", y su dirigente Rodolfo Ghioldi comenzó el acto con estas palabras: "Saludamos la reorganización del Partido Conservador, operada en oposición a la dictadura, que sin desmentir de sus tradiciones sociales se aproxima al abrazo de la unidad nacional, y que en las horas sombrías del terror carcelario mantuvo, en la persona de D. Antonio Santamarina una envidiable conducta de dignidad civil". Las tradiciones sociales del Partido Conservador se simbolizan en las 161.000 hectáreas que posee Santamarina, director también de subsidiarias

¹³ Aristóteles, *Política*, cap. IV.

¹⁴ El 20 de agosto de 1945 la policía allanó el local de la Sociedad Rural Argentina. *La Prensa*, agosto 21 1945.

argentinas de la International Telephone and Telegraph. Luego, Rodolfo Ghioldi expresó: "Gracias a una conducción internacional de raíz fascista, disfrazada a veces con pretensos banderines de soberanía que ningún aliado amenazó... el país se vio aislado, extraño a los acuerdos internacionales, excluido de las asambleas responsables de los estadistas... O el país modifica, junto con su política interior, su orientación internacional y restablece con la garantía de un gobierno democrático de auténtica responsabilidad y solvencia el buen nombre argentino, o corre el riesgo inevitable de sufrir pesadimas consecuencias económicas que pondrán en peligro, por largos años, el desarrollo nacional... A veces se nos dice, para hacernos apartar de estas posiciones, que nos miramos en el espejo brasileño. Debemos responder que la invitación es absurda. El mérito brasileño consiste en haberse colocado recta y eficazmente al lado de los aliados, a pesar de su régimen institucional... En lo internacional la República exige: la conservación de la amistad con Gran Bretaña; mejorarla radicalmente con los Estados Unidos, partiendo de la línea de la "buena vecindad", retomada ahora por el secretario Byrnes y ratificada con tanto calor por mister Braden... En lo interior el país requiere la modificación de su estructura económica... mediante la realización de amplias reformas agrarias y mejorar sustancialmente las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera, de las masas campesinas y de la población laboriosa. Para estos fines, podemos contar con el apoyo exterior: Un ilustre embajador aliado acaba de ratificar que los Estados Unidos están dispuestos a ayudar "a una Argentina democrática". Igual disposición existe de parte de las principales Naciones Unidas. La reestructuración significa la movilización de los capitales nacionales y la incorporación de capitales extranjeros... ¿Quiénes se oponen a la unidad nacional? Se oponen los fascistas... Su estrategia anima la división entre las clases sociales proletarias... Y termino la proclamación: "No somos radicales, pero no somos antirradicales; no somos conservadores, pero no somos anticonservadores. Reconocemos la legitimidad de un solo anti: antifascistas". Tal era la línea comunista en 1945: reforma agraria del brazo de los latifundistas, sin desmoronarse de las tradiciones sociales de éstos. Mejoras sustanciales para la clase obrera en sociedad con el imperialismo.

La unidad contra el gobierno se gestó en diversos niveles. Primero, entre todas las organizaciones capitalistas: Unión Industrial Argentina, Sociedad Rural Argentina, Cámara de Comercio, etc. Luego, en las Universidades, a través de rectores, profesores y estudiantes. Después, en la política, mediante el bloque de los partidos tradicionales en la llamada Unión Democrática¹⁰. Las organizaciones capitalistas inundaban la prensa con solicitudes llamando a elecciones y al derrocamiento de Perón; la prensa sería repetitiva editorialmente el contenido de estas solicitudes e insertaba en lugar destacado los rugientes alaridos de la prensa norteamericana contra la Argentina. Estudiantes y rectores hacían huelgas y ocupaban las universidades, y los políticos tradicionales vociferaban desde las radios uruguayas —amparadas por la fuerza naval y aérea del almirante Ingram, of the U. S. Navy, que hacía demostraciones frente a Montevideo destinadas a ser vistas en Buenos Aires¹¹— pidiendo elecciones libres y prontas. Para apoyar toda esta campaña por la democracia, Washington no envió acorazados al puerto de Buenos Aires —con gran sentimiento de la oposición antiperonista. Pero no en vano la buena vecindad había

sustituido a la política del garrote. En vez de la flota vino un embajador, es decir, Mister Spruille Braden. La estadia de Braden en Buenos Aires —escribe el entonces embajador inglés— "fue uno de los episodios más curiosos de mi carrera diplomática. Mr. Braden llegó a Buenos Aires con la idea fija de que había sido elegido por la providencia para derrocar al régimen Farrell-Perón. Estimulado y festejado por la oposición, especialmente los miembros más ricos de la "sociedad", lanzó una serie de violentos ataques contra el régimen. Cuando en un gran banquete en el Plaza Hotel (el más suntuoso de Buenos Aires), varios cientos de comensales se pararon en sus sillas aplaudiendo estruendosamente y gritando "bravo" y "viva Braden" durante varios minutos, la excitación fue irresistible y comenzó a hablar cada vez con mayor libertad."

El Veredicto del 17 de Octubre. La Argentina Continúa en la Órbita Británica

Efectivamente, en torno a Braden se aglutinó toda la oposición al gobierno militar. La burguesía y su pequeña burguesía pasearon en andas a Braden, por el mérito de intervenir en la política argentina, como si la Argentina fuese una provincia norteamericana. Bajo los democráticos auspicios de la embajada estadounidense hubo manifestaciones monstruosas, la "gente bien" a la cabeza, y hubo más conflictos universitarios que el gobierno reprimió con brutalidad. Los estudiantes alojados en las cárceles por combatir por la libertad y la democracia, fueron obsequiados y convertidos en héroes por el Jockey Club —organización de la élite terrateniente más antidemocrática y reaccionaria del país—. Así se preparó el golpe de Estado, que finalmente estalló en octubre de 1945. Fue un movimiento palaciego, encabezado por el almirante Vernengo Lima, que derrocó a Perón y nombró un ministerio aceptable para el Departamento de Estado de la Unión y dispuesto a asegurar elecciones. El respaldo "popular" de este movimiento salió de los barrios aristocráticos de Buenos Aires, y se concentró en Plaza San Martín, donde se volcó toda la gente distinguida de distintos sexos y edades, mientras las organizaciones patronales se apresuraban a desconocer las mejoras sociales concedidas por Perón y su Secretaría de Trabajo y Previsión. El gobierno militar, y en especial Perón, parecían liquidados y aislados de toda la sociedad argentina. Pero no era así. El imperialismo inglés lo respaldaba lo mismo que la policía, parte del ejército, la burocracia y el clero. Y, sobre todo, contaba con la clase más joven de la sociedad argentina, con la clase obrera industrial.

La policía ametralló la concentración de clase alta y clase media que había acampado en la Plaza San Martín, y los muertos fueron transformados en mártires por toda la oposición. Pero, en realidad, de acuerdo a los intereses reales en juego, merecen figurar en la lista de los caídos por la bandera de las 48 estrellas. En cuanto a los que dispararon las ametralladoras, han sido tratados con palpable benevolencia en las Memo-

Una Década Decisiva

rias del entonces embajador inglés²², y eso precisa terminantemente su ubicación histórica. El 17 de octubre, la Policía Federal se insurreccionó, y fue seguida por las policías del interior; el ejército también se pronunció por Perón; la CGT decretó una huelga general ordenada por la Secretaría de Trabajo y Previsión y entre todos, policía, militares y altos burócratas estatales y sindicales, sacaron a la calle a la clase obrera, especialmente a sus sectores más jóvenes y recién proletarizados. El país se paralizó. Los obreros llenaron las calles y se concentraron frente a la Casa de Gobierno, en Plaza de Mayo, vitoreando a Perón. A la noche del 17 de octubre, Vernengo Lima había pasado al recuerdo, y Perón estaba nuevamente en el Gobierno. Un grupo naval-militar respaldado por la gente de los barrios aristocráticos y por el imperialismo norteamericano, había depuesto a Perón. Un golpe policial-burocrático-militar, respaldado por los suburbios obreros movilizados desde el gobierno, repuso a Perón en el Poder.

Días después del 17 de octubre, el vocero oficial del Partido Comunista decía de los obreros peronistas que eran "manifestantes de la esclavitud", "conglomerado aullante", "turbas borrachas", "maleantes y desclasados", y afirmaba: "Jamás los auténticos obreros argentinos hubiesen dado ese espectáculo."²³ Eso quería creer también la burguesía, pero se equivocaban. Fue verdaderamente la clase obrera la que estuvo en las calles el 17 de octubre de 1945. Pero el 17 de octubre no fue una epopeya obrera como dice la mitología peronista. Las masas fueron sacadas a la calle por las fuerzas del orden; no contra su voluntad, por cierto, porque los obreros querían a Perón. Pero una movilización de obreros respaldada por la policía para apoyar a un candidato burgués no es una movilización obrera de clase, ni por sus métodos ni por sus objetivos. En ningún momento se puso en peligro el orden social imperante. Por eso el diario de la curia se apresuró a declarar:

"Las calles de Buenos Aires presenciaron algo insólito. De todos los puntos suburbanos veíanse llegar grupos proletarios: de los más pobres entre los proletarios. Y pasaban debajo de nuestros balcones. Era la turba tan temida. Era —pensábamos— la gente descontenta. Con el antiguo temor, nuestro primer impulso fue el de cerrar los balcones. Pero al asomarnos a la calle quedábamos en asombro. Pues he aquí que estas turbas se presentaban ante nosotros como trocadas por milagrosa transformación. En aspecto cambiaban algún descanso y alimento. Nos retiene, sin embargo, un resto de desconfianza. Si, el aspecto de esta gente es conmovedor. Sólo llevan consigo, como única arma, su esperanza. Pero, ¿qué irán a hacer cuando se encuentren luego reunidos y fuertes en número? ¿Cuáles serán sus finales intenciones? Nues-

tras sorpresas irán en aumento. Al avanzar la noche hemos presenciado las horas emocionantes en que la multitud de trabajadores iba engrosando frente a la Casa Rosada. Llegó a decirnos la radio que eran medio millón. Para los escépticos reduciémoslos a menos de la mitad: a unos doscientos mil. ¿Va a estallar ahora el odio contenido? ¿Van a comenzar las hostilidades? Semblante multitud debía sentirse poderosa para llevar a cabo cualquier empresa. Tienen allí, a un paso, la Catedral, pueden incendiarla. Ahí está la Curia, que tantas veces fue objeto del insulto anticlerical. Pero la multitud se muestra respetuosa. Hasta se veía una columna en la que parte de sus componentes hacían la señal de la cruz al enfrentarse con la iglesia. Se objetará que en alguna ciudad hubo ciertos desmanes. Milagro portentoso sería que ninguno hubiera habido en parte alguna. Estas turbas parecían cristianas sin saberlo. Su actitud era tal que nos hizo pensar que ella podía ser un eco lejano, ignorante y humilde, de nuestros Congresos Eucarísticos. Tal vez en aquellos Congresos aprendieron estas gentes su nueva actitud. Sabemos de algunos jóvenes que tuvieron la feliz idea de llevar en sus automóviles algunas vitualias para recomfortar a esta pobre gente que de tan lejos y sin provisiones venía. Sabemos igualmente que no se negó en la Curia a los más cansados algún descanso por la tarde". Y anticipando su apoyo electoral a Perón, la Curia concluía: "para no ser tan tremendamente injuriosos tenemos que reconocer por lo menos en el hombre aclamado el mérito de haber inspirado una manifestación de tal la honra ajena"²⁴.

Y días después, defendiendo a los manifestantes del 17 de octubre contra los ataques de la oposición, la Curia decía que "si bien no revelaban mucha cultura, tenían por lo menos, en general, un sano sentido del respeto por la propiedad por los bienes y por la honra ajena"²⁵.

El embajador inglés ha descrito así sus experiencias del 17 de octubre de 1945: "En las primeras horas de la mañana, los gerentes de los ferrocarriles ingleses vinieron a decirme que se había declarado una huelga espontánea, sin organizadores conocidos, en todos los ferrocarriles, de modo que Buenos Aires estaba aislada. En la tarde de ese día decidí que era necesario ir a la Casa Rosada para decirle al único ministro que quedaba —el Ministro de Marina— que debía asumir la responsabilidad de proteger los ferrocarriles. Debo confesar, asimismo, que me impulsaba una enorme curiosidad por saber qué estaba pasando. Al acercarnos a la Casa de Gobierno, vimos que la plaza estaba atestada de descomisados; alrededor de la Casa de Gobierno había un cordón de policía montada, pero no hacían esfuerzo alguno por impedir el paso de la gente ni se metían para nada con la multitud. El chofer quería retroceder y tuve que insistir para que siguiera adelante a muy poca velocidad. Tal como había esperado, la multitud nos dio paso no bien vio la bandera inglesa, contentándose con gritar en forma amistosa: ¡Viva Perón! ¡Abajo Braden!" Esta anécdota contiene todo el sentido "nacionalista" de la jornada, en que el proletariado fue movilizado para aplastar un golpe de estado pronorteamericano y en defensa del gobierno que preservaba el ordenamiento tradicional de la Argentina, semicolonias de Inglaterra. Los obreros eran factor decisivo en esta historia, pero la historia pasaba sobre sus cabezas. FIN

10 Los Comunistas al Servicio de la Patria, versión de la conferencia pronunciada por Rodolfo Ghioldi en el mitin comunista del 1 de setiembre, 1945. (Ediciones del Partido Comunista, Bs. As. 1945.)

20 Sir David Kelly, ob. cit., p. 307.

21 Arthur P. Whitaker, Las Américas y un Mundo en Crisis (Biblioteca Interamericana, New York 1946), p. 222.

22 Sir David Kelly, ob. cit., p. 309.

23 Orientación, órgano del Partido Comunista Argentino, Bs. As. octubre 24 1945.

23 El Pueblo, Bs. As. octubre 25 1945.

24 Idem, octubre 27, 1945.

5.2. El Legado del Bonapartismo: Conservadorismo y Quietismo en la Clase Obrera Argentina

1. Esquema referencial

1.1 Es sabido que en el estudio de la realidad social la llamada imparcialidad desempeña la función de pabellón protector que encubre toda clase de distorsiones tendenciosas. La objetividad, en cambio, constituye un requisito esencial de la investigación. La cuestión consiste en cómo alcanzarla, porque el investigador no sólo tiene ideas acerca de lo que la realidad es, sino también juicios de valor acerca de lo que la realidad debiera ser. Si permanecen subterráneos, ocultos, los juicios de valor impregnan la investigación e impiden que las observaciones y las inferencias resulten verdaderamente objetivas, todo lo cual puede evitarse explicitando los juicios de valor. Para evitar las distorsiones tendenciosas no existe pues otro procedimiento que tomar plena conciencia de los juicios de valor e introducirlos como premisas explícitamente establecidas, específicas y suficientemente concretas. Esto es de fundamental importancia como requisito de la investigación y constituye, además, una técnica de investigación.

1.2 Al olvidar esos requisitos de la investigación científica, los análisis izquierdistas sobre la clase obrera argentina, alimentados por el entusiasmo militante, tienden sistemáticamente a confundir lo que la clase obrera es con lo que los izquierdistas desearían que fuera, en tanto que los análisis de los sociólogos profesionales, alimentados por un conservadurismo satisfecho, se inclinan a proclamar que la clase obrera es ahora del único modo que puede y debe ser siempre.

Dada una situación en que la clase obrera es despojada de derechos y/o beneficios políticos y sociales la reacción de la clase puede inscribirse en un continuo que va desde la aceptación silenciosa del nuevo statu quo hasta la acción violenta insurreccional. Desde 1955 la conducta de la clase obrera argentina se ha mantenido cerca del polo pasivo de aquel continuo.

Por nuestra parte, tratamos de que nuestros juicios de valor no distorsionen las observaciones y por ello —para ello— los hacemos perfectamente explícitos. Creemos que el proletariado es la clase que tiene mayor probabilidad de actuar consecuentemente y hasta el fin como agente de cambio histórico capaz de construir la sociedad socialista. Y creemos que en un país atrasado y semicolonial como la Argentina es el proletariado la clase que tiene mayores probabilidades de sacar al país del atraso y la subordinación, construyendo con métodos socialistas la nación moderna e independiente que el capitalismo fue incapaz de lograr.

La ejecución de estas tareas constituye los intereses históricos del proletariado, y requiere que el proletariado se transforme en clase dominante por la conquista del poder político. Nos gustaría que el proletariado argentino, o al menos algún sector constituido en vanguardia, fuera consciente de esos intereses históricos y evidenciara disposición para luchar por ellos. Y preferiríamos que una descripción del proletariado tal cual es ahora y aquí pudiera titularse "socialismo, conciencia revolucionaria y combatividad en la clase obrera argentina". Pero los hechos indican que, en el período 1945-1964, esos tres elementos se definen por su ausencia.

2. Definiciones

2.1 La clase obrera a que nos referimos aquí está constituida por los trabajadores asalariados de la industria fabril. Es decir, la clase obrera urbana, concentrada geográficamente en Capital Federal, Gran Buenos Aires y algunos centros urbanos de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe.

2.2 Dada una situación en que la clase obrera es despojada de derechos y/o beneficios políticos y sociales, y en que su participación en la renta nacional se ve empíricamente disminuida —situación que la clase obrera argentina enfrenta desde 1955— la reacción de la clase a nivel de conducta puede inscribirse en un continuo que va desde la aceptación silenciosa del nuevo statu quo hasta la acción violenta insurreccional.

Por otra parte, dada la diferenciación de la clase en base y dirección, la conducta de la clase, para cada grado de reacción, puede ser la resultante de un máximo de combatividad e iniciativa puestas en juego por la base (que sea para seguir o para desancorar las indicaciones de la dirección no interesa aquí) o, por el contrario, puede ser producto de un mínimo de combatividad e iniciativa y de un acatamiento pasivo a las indicaciones de la dirección.

2.3 Desde 1955 la conducta de la clase obrera argentina se ha mantenido cerca del polo pasivo de aquel continuo y alejada no sólo del grado más alto de reacción (insurrección) sino de grados más bajos tales como las manifestaciones de masas¹. Y, además, en sus reacciones ha predominado un mínimo de actividad e iniciativa por parte de la base, destacándose en cambio su acatamiento a las pautas de conducta prescritas por la dirección.

A estas dos características denominamos *quietismo* de la clase obrera argentina².

2.4 Por otra parte, la clase obrera puede aceptar o rechazar el orden o sistema social en que vive (= relaciones de propiedad y distribución del poder). El gra-

do mínimo de rechazo se da a nivel de actitudes, como un conjunto de ideas cargadas de afecto que predisponen a actuar en contra del orden imperante, lo cual suele ser verbalizado en forma de opiniones opuestas al sistema. En el otro polo, el grado máximo de rechazo se da a nivel de conducta y consiste en la insurrección, o sea, aquella situación en que los integrantes de la clase arriesgan su vida en el deseo de modificar el sistema.

(En un régimen político formalmente democrático, en el cual las autoridades gubernamentales son elegidas entre varios partidos competidores mediante el sufragio universal, la clase obrera puede expresar periódicamente su aceptación o rechazo del sistema ya sea por la orientación de su voto o por el hecho mismo de votar o de abstenerse de hacerlo.)

Si la clase obrera rechaza al sistema imperante, puede ser considerada como agente de cambio histórico independientemente del grado de eficacia y de éxito con que actúe en procura del cambio. En el caso contrario, la clase obrera se comporta [funciona] como agente de conservación del sistema.

2.5 Desde 1945 la clase obrera argentina, a nivel de actitudes y de conducta, pero sobre todo a nivel de conducta, acepta el sistema social imperante. Esto halla su expresión más visible en el apoyo de la clase obrera al peronismo, es decir, a un líder y un movimiento políticos vitalmente comprometidos en la conservación del orden social capitalista.

A esta característica denominamos el *conservadurismo* de la clase obrera argentina.

2.6 El quietismo y conservadurismo son categorías —es decir: puntos de vista, apostados desde los cuales nos acercamos al estudio de la clase obrera— obviamente analíticas y por lo tanto unilaterales, abstractas. El ser real de la clase obrera, es más rico, más real que tales abstracciones como que consiste precisamente en la suma de esas y otras muchas abstracciones. Ello implica toda una serie de relaciones complejas, algunas de las cuales es imprescindible explicitar aquí.

Cuando afirmamos que la clase obrera "es quietista", cuando hablamos de "las características de quietismo y conservadurismo" etc., estamos expresando de modo económico, abreviado, todo lo siguiente: "en el período analizado, del conjunto de características que presenta la conducta de la clase obrera, predominan, sobresalen, el quietismo y el conservadurismo, en tanto que otras características aparecen con menor intensidad o sólo como tendencia o intento, o aun como mera posibilidad".

Una clase obrera puede ser quietista y conservadora, como la clase obrera argentina a partir de 1945; o conservadora pero no quietista sino combativa y activa.

¹ Estas reacciones alías de alteración institucional han tenido la virtud de destruir una comunidad que se encontraba, hacia la unidad nacional. En medio de este cuadro de desorganización y de desolación, la única fuerza que ha mantenido su unidad y su cohesión ha sido la clase trabajadora que, merced a su espíritu y a su patriotismo no ha participado en el desastre sino por sus consecuencias... sus cuadros han mantenido la más absoluta moderación y ponderación... Juan Perón, discurso grabado reproducido en Clarín, Bs. As. agosto 26 1944.

² Esta quietismo no debe ser confundido con el estado de apatía y demoralización que la clase obrera puede atravesar después de sufrir una derrota. Un caso de apatía y demoralización que ha llegado a ser clásico fue el estado del proletariado ruso luego de la derrota de la revolución de 1905 y hasta 1912. Pero el quietismo a que nos referimos no es el resultado de batallas perdidas, sino que consiste precisamente en la escasa o nula disposición a librar batalla alguna.

La ejecución de estas tareas constituye los intereses históricos del proletariado, y requiere que el proletariado se transforme en clase dominante por la conquista del poder político. Nos gustaría que el proletariado argentino, o al menos algún sector constituido en vanguardia, fuera consciente de esos intereses históricos y evidenciara disposición para luchar por ellos. Y preferiríamos que una descripción del proletariado tal cual es ahora y aquí pudiera titularse "socialismo, conciencia revolucionaria y combatividad en la clase obrera argentina". Pero los hechos indican que, en el período 1945-1964, esos tres elementos se definen por su ausencia.

2. Definiciones

2.1 La clase obrera a que nos referimos aquí está constituida por los trabajadores asalariados de la industria fabril. Es decir, la clase obrera urbana, concentrada geográficamente en Capital Federal, Gran Buenos Aires y algunos centros urbanos de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe.

2.2 Dada una situación en que la clase obrera es despojada de derechos y/o beneficios políticos y sociales, y en que su participación en la renta nacional se ve compulsivamente disminuida —situación que la clase obrera argentina enfrenta desde 1955— la reacción de la clase a nivel de conducta puede inscribirse en un continuo que va desde la aceptación silenciosa del nuevo statu quo hasta la acción violenta insurreccional.

Por otra parte, dada la diferenciación de la clase en base y dirección, la conducta de la clase, para cada grado de reacción, puede ser el resultado de un máximo de combatividad e iniciativa puestas en juego por la base (que sea para seguir o para desacatar las indicaciones de la dirección no interesa aquí) o, por el contrario, puede ser producto de un mínimo de combatividad e iniciativa y de un acatamiento pasivo a las indicaciones de la dirección.

2.3 Desde 1955 la conducta de la clase obrera argentina se ha mantenido cerca del polo pasivo de aquel continuo y alejada no sólo del grado más alto de reacción (insurrección) sino de grados más bajos tales como las manifestaciones de masas¹. Y, además, en sus reacciones ha predominado un mínimo de actividad e iniciativa por parte de la base, destacándose en cambio su acatamiento a las pautas de conducta prescritas por la dirección.

A estas dos características denominamos *quietismo* de la clase obrera argentina².

2.4 Por otra parte, la clase obrera puede aceptar o rechazar el orden o sistema social en que vive (= relaciones de propiedad y distribución del poder). El gra-

do mínimo de rechazo se da a nivel de actitudes, como un conjunto de ideas cargadas de afecto que predisponen a actuar en contra del orden imperante, lo cual suele ser verbalizado en forma de opiniones opuestas al sistema. En el otro polo, el grado máximo de rechazo se da a nivel de conducta y consiste en la insurrección, o sea, aquella situación en que los integrantes de la clase arriesgan su vida en el deseo de modificar el sistema.

(En un régimen político formalmente democrático, en el cual las autoridades gubernamentales son elegidas entre varios partidos competidores mediante el sufragio universal, la clase obrera puede expresar periódicamente su aceptación o rechazo del sistema ya sea por la orientación de su voto o por el hecho mismo de votar o de abstenerse de hacerlo.)

Si la clase obrera rechaza el sistema imperante, puede ser considerada como agente de cambio histórico *independientemente del grado de eficacia y de éxito con que actúe en procura del cambio*. En el caso contrario, la clase obrera se comporta [funciona] como agente de conservación del sistema.

2.5 Desde 1945 la clase obrera argentina, a nivel de actitudes y de conducta, pero sobre todo a nivel de conducta, acepta el sistema social imperante. Esto halla su expresión más visible en el apoyo de la clase obrera al peronismo, es decir, a un líder y un movimiento político vitalmente comprometidos en la conservación del orden social capitalista.

A esta característica denominamos el *conservadorismo* de la clase obrera argentina.

2.6 El quietismo y conservadorismo son categorías —es decir: puntos de vista, apostaderos desde los cuales nos acercamos al estudio de la clase obrera— obviamente analíticas y por lo tanto unilaterales, abstractas. El ser real de la clase obrera, es más rico, más real que tales abstracciones como que consiste precisamente en la suma de esas y otras muchas abstracciones. Ello implica toda una serie de relaciones complejas, algunas de las cuales es imprescindible explicar aquí.

Cuando afirmamos que la clase obrera "es quietista", cuando hablamos de "las características de quietismo y conservadorismo" etc., estamos expresando de modo económico, abreviado, todo lo siguiente: "en el período analizado, del conjunto de características que presenta la conducta de la clase obrera, predominan, sobresalen, el quietismo y el conservadorismo, en tanto que otras características aparecen con menor intensidad o sólo como tendencia o intento, o aun como mera posibilidad".

Una clase obrera puede ser quietista y conservadora, como la clase obrera argentina a partir de 1945; o conservadora pero no quietista sino combativa y activa-

6. Significado del famoso 17 de octubre de 1945

6.1 El 17 de octubre de 1945 constituye la "justificación histórica" del quietismo y conservadorismo de la clase obrera argentina y, desde luego, de la burocracia sindical. El 17 de octubre de 1945 los trabajadores consiguieron alcanzar sus objetivos del momento sin movilizarse como clase, sin emplear métodos revolucionarios, sin contar con dirección propia, tan sólo, sencillamente, sirviendo de masa de maniobra disciplinada y obediente a generales, burócratas, políticos burgueses, curas y jefes de policía que arrebataban sus cuentas con otros generales y otros políticos. ¿Para qué explicar a la clase obrera que sólo de su esfuerzo revolucionario debe esperar el triunfo y que debe desconfiar y que no debe esperar nada (nada bueno) de militares, curas y políticos burgueses? ¿Para qué preparar la movilización revolucionaria de los trabajadores? ¿Para qué preocuparse por organizar la acción de las masas desde abajo, en fábricas y barrios? ¿Para qué esforzarse en explicar a la clase obrera que sólo su organización y su actividad desde abajo, su presencia activa en los sindicatos y en la calle, eso y sólo eso puede conducir a los trabajadores hasta el Poder? Todo esto es innecesario —razona el dirigente sindical peronista—, "puesto que el 17 de octubre los trabajadores obtuvieron un triunfo sin hacer nada de eso y haciendo más bien todo lo contrario". La verdad histórica es que el 17 de octubre de 1945 los trabajadores sólo aportaron su presencia física en la Plaza de Mayo y sus gargantas para vocar a Perón: el resto fue preparado por generales, burócratas, políticos, curas y jefes de policía. Y ese resto es todo: es la conducción del movimiento, la fijación de sus fines y de sus métodos¹.

6.2 Suele afirmarse que el 17 de octubre hubo "capitulación de la burguesía ante los trabajadores". Si por burguesía se entiende estrictamente a los propietarios de los medios de producción y cambio, es decir, a industriales, estancieros y comerciantes, la afirmación es correcta, porque esas clases no deseaban que Perón volviera al gobierno y sin embargo volvió. Pero tal descripción es incompleta y da una impresión completamente falsa de la realidad, por cuanto omite los siguientes factores fundamentales: 1) los agentes y delegados que la burguesía emplea para ejercer y administrar el Poder, es decir: Fuerzas Armadas, Clero, Burocracia Estatal, no fueron derrotados el 17 de octubre sino que al contrario, esos sectores sociales fueron los dirigentes del proceso del 17 de octubre y apoyaron a Perón; 2) Perón era en todo y por todo un

que iba quedando cada vez más atrasado respecto a las naciones industriales. Luego, desde 1940 hasta 1955, pareció como si la población toda se tornase cada vez más próspera, pero en realidad el país se descapitalizaba velozmente día tras día y mientras se iba quedando sin medios de producción se atiborraba de heladeras, de telas y de pizzerías. Naturalmente, el ingreso per cápita en la Argentina es relativamente alto, más alto que el de Japón por ejemplo, como si tuviera un alto grado de capitalización, pero desde luego es pura ilusión, y la capitalización per cápita es mucho más elevada en Japón. Y así por el estilo.

En fin, el peronismo fue en todo y por todo el gobierno del "como si". Un gobierno conservador que aparenta como si fuera revolucionario; una política de estancamiento que hacía como si fuera a industrializar al país; una política de esencial sumisión al capital extranjero que se presentaba como si fuera a independizar a la Nación; y así hasta el infinito.

5.2 En la clase obrera el "como si" peronista dejó huellas profundas. El Estado peronista dio a luz una poderosa institución sindical que parecía como si fuera un producto surgido del seno de la clase obrera; pero en realidad le había sido dada desde arriba, desde las cúspides del Estado, y desde allí era manejada. El peronismo incrementó la participación de los obreros en la renta nacional y pareció como si este y otros beneficios concedidos fueran conquistas obreras; pero en realidad la clase obrera los obtuvo sin lucha, yendo "de casa al trabajo y del trabajo a casa". Pero, además, el peronismo utilizó las huelgas, las concentraciones masivas, las canciones que hablaban de "combatir al capital", y hasta la proclamación de milicias obreras, todo como si fuera un combativo movimiento obrero, revolucionario incluso; pero en realidad todo ello era solamente libretto, un libretto en el cual la clase obrera era mera masa de maniobra, una imponente multitud de extras convocados al teatro político para representar la farsa histórica de la revolución peronista.

Los dirigentes sindicales peronistas han heredado el arte de dirigir a la clase conforme a una política perfectamente conservadora pero capaz de impresionar como si fuera revolucionaria o, por lo menos, como si rompiera los marcos del quietismo y el conservadorismo. Tal es el caso del "Plan de Lucha" de la CGT y sus ocupaciones de fábrica. En principio, la ocupación de fábricas involucra un abierto desafío a la propiedad privada de los medios de producción y plantea en cada fábrica el problema del poder. Es, pues, un arma de la lucha de clases apreciablemente explosiva, sobre todo por la iniciativa, la independencia y la decisión que tiende a movilizar en los obreros. Pero la dirección sindical peronista, acompañada por el conjunto de la clase obrera, ha hecho en la Argentina como si ocupara las fábricas, incluso como si tomara rehenes entre los patrones, sin desplegar significativo de iniciativa, de independencia o de decisión por parte de la clase, que de esas jornadas extrajo tanta experiencia combatiente como experiencia militar extraña los conscriptos de un desfile, o menos aún.

1 "Estos nueve años de alternación institucional han tenido la virtud de destruir una comunidad que se encaminaba hacia la unidad nacional... En medio de este cuadro de desorganización y de desolación, la única fuerza que ha mantenido su unidad y su cohesión ha sido la clase trabajadora que, merced a su empeño y a su patriotismo no ha participado en el desastre sino por sus consecuencias... sus cuadros han mantenido la más absoluta moderación y ponderación..." — Juan Perón, mensaje leído reproducido en Clarín, Bs. As. agosto 26 1964.

2 Este quietismo no debe ser confundido con el estado de apatía y desmoralización que la clase obrera puede atravesar después de sufrir una derrota. Un caso de apatía y desmoralización que ha llegado a ser clásico fue el estado del proletariado ruso luego de la derrota de la revolución de 1905 y hasta 1912. Pero el quietismo a que nos referimos no es el resultado de batallas perdidas, sino que consiste precisamente en la escasa o nula disposición a librar batalla alguna.

1 "Por presión de fuera, el inglés entiende grandes demostraciones populares que, sin duda, no pueden ser efectuadas sin la animada colaboración de la clase obrera. Pitt supo cómo emplear a las masas contra los whigs en su guerra antijacobina... todos fueron fruto de violentas demostraciones en las cuales la clase obrera, incitada a veces en forma artificial, a veces actuando de manera espontánea, era como personaje del drama, ora como coro, desempeñó la parte principal o, de acuerdo con las circunstancias, la parte más bulleiosa..." — Marx, La Guerra Civil en Estados Unidos (Ed. Leuvario, Bs. As. 1948) p. 175.

político de la burguesía, aunque ésta el 17 de octubre no lo aceptase, y 3) como consecuencia de todo lo anterior, y como consecuencia también de que la clase obrera se limitó a pasear por la calle el 17 de octubre de 1945 el orden burgués, es decir, el poder de la burguesía, fue respetado en todo momento y no corrió ningún peligro bajo ningún concepto, ni siquiera en el sentido de las vidrieras rotas. Porque el 17 de octubre de 1945 la propiedad de la burguesía —tanto en sentido físico como en sentido social— sufrió mucho menos daños que cuando una hinchada futbolística se toma el desquite de un mal partido. Como decía el diario de la Curia, los manifestantes “si bien no revelaban mucha cultura, tenían por lo menos, en general, un sano sentido del respeto por la propiedad”.

6.3 Es perfectamente evidente que el 17 de octubre NO FUE, ni por sus fines ni por sus medios, ni por sus resultados, un movimiento obrero revolucionario, es decir un movimiento que busca y/o logra de hecho un cambio en la estructura de poder, sustituyendo el poder de la burguesía por un poder obrero o erigiendo un poder obrero junto al poder de la burguesía. Por eso nadie se atreve a calificar al 17 de octubre como movilización obrera revolucionaria anticapitalista, es decir, socialista. Pero, en cambio, todos los apologistas afirman que fue un movimiento nacional en el cual la clase obrera actuó con sus propios métodos revolucionarios de clase para defender la independencia nacional frente al imperialismo. Pero en esta apología del 17 de octubre se encierran dos falsedades o más bien dos mitos: 1) el mito del carácter nacional revolucionario del 17 de octubre —así sin más y sin limitación ni cualificación— y 2) el mito de la participación espontánea y revolucionaria de las masas que, como dicen los apologistas, hicieron “irrupción espontánea” y “con su sola presencia” postergaron la penetración del imperialismo norteamericano.

6.4 El primero de los dos mitos reza que el 17 de octubre se produjo un movimiento nacional antimperialista. Sobre esto cabe decir que semejante afirmación es sólo la mitad de una verdad, o sea la totalidad de una mentira. Porque se olvida que el 17 de octubre de 1945 la Argentina estaba dominada por el imperialismo inglés, no por el imperialismo norteamericano, el cual presionaba para desalojar a su rival, pero sin éxito hasta entonces. El gobierno encabezado por Farrell pero en realidad manejado por Perón contaba con el apoyo del imperialismo inglés, en particular las empresas ferroviarias, su más poderoso interés dentro del país, y por supuesto la embajada inglesa. El 12 de octubre el gobierno proinglés de Perón y Farrell se vio seriamente amenazado por una coalición respaldada por la embajada norteamericana; y el 17 de octubre un movimiento de militares, burócratas, curas, policías, políticos burgueses y masas obreras —prescindida por el momento de analizar quién dirigía a quién— derrotaban a la oposición pronorteamericana y devolvían la tranquilidad al gobierno proinglés de Farrell-Perón. Esto significa que, si el 17 de octubre retrasó la penetración norteamericana en el país, no menos cierto es que el 17 de octubre quedó en pie y fue salvada la vieja estructura se-

micolonial dependiente de la metrópoli inglesa. El entonces embajador británico en la Argentina cuenta que el 17 de octubre atravesó con su auto por entre la multitud obrera reunida en Plaza de Mayo y los obreros, al ver la bandera inglesa en el coche, lo dejaron pasar tranquilamente y lo aplaudieron en tanto gritaban “Mue-ra Braden”. Esto es sólo una anécdota, pero sintetiza y simboliza perfectamente el contenido histórico de esa jornada. Y, a propósito de anécdotas y símbolos, existe otro, significativo y apuntado también con satisfacción por el embajador británico: el símbolo visible y masivo del dominio inglés en la Argentina eran los ferrocarriles... pero el 17 de octubre de 1945 ningún ferrocarril sufrió daño alguno. El día de la famosa “movilización antimperialista” a todo lo largo y ancho del país ninguna mano levantó ninguna piedra para arrojar contra el símbolo típico de la presencia imperialista en la Argentina.

6.5 El segundo de los mitos relativos al 17 de octubre cuenta que ese día la clase obrera apareció en la escena de modo autónomo y revolucionario. Es cierto —reza el mito— que los generales y los curas y los vigilantes, etc. apoyaban el movimiento; pero quien desencadenó y encabezó la jornada fue la clase obrera, la cual con sus métodos y por su propia determinación y acción se convirtió en motor y dirección del movimiento (no en el combustible, sino en motor y dirección). Según este mito, el 17 de octubre de 1945 ocurrió —en su origen— algo similar a lo que sucedió en 1959 cuando la policía del Presidente Frondizi entró a viva fuerza en el Frigorífico Nacional: la indignación corrió por los barrios obreros, una fábrica paró y arrastró a la fábrica vecina, los barrios obreros se convulsionaron y los trabajadores se volcaron a la calle. Sólo que el 17 de octubre llegaron hasta la Plaza de Mayo mientras que en 1959 no salieron de Mataderos. Pero en su origen ambos movimientos fueron iguales —si es que ha de creerse al mito.

Sin embargo la realidad aparece muy distinta. En 1959, cuando la policía entra al Frigorífico Nacional, se origina el proceso clásico de todas las movilizaciones obreras espontáneas, autónomas, potencialmente revolucionarias por los métodos de clase que los trabajadores instintivamente ponen en juego. En octubre de 1945, por el contrario, tiene lugar el proceso inverso: la burocracia estatal (Cnel. Mercante y su séquito de Trabajo y Previsión), el Ejército y la policía que está controlada por el Ejército (Coroneles Velasco, Mitelbach, Pitarini, Sosa Molina), curas, políticos burgueses y aventureros (Colon Bramuglia, Eva Duarte, Benítez) y burócratas sindicales inspirados por la iglesia y manejados por Trabajo y Previsión (Reyes) deciden apelar a la huelga general. Todo el aparato de la Secretaría de Trabajo y Previsión y de la Policía Federal se moviliza para ese fin... y aquí sí que la movilización es espontánea y autónoma. La clase obrera —en particular los gremios donde mayor es la densidad de trabajadores provenientes del interior, con el gremio de la carne al frente— responden y salen a la calle. Desde luego que no salen a la fuerza; salen por su propia voluntad, porque quieren a Perón y van a gritar su

nombre en Plaza de Mayo sin que nadie los obligue ni los fuerce a ello. En este sentido es indudable que la movilización del 17 de octubre fue espontánea; en el sentido de que los obreros salieron a la calle por su propia voluntad, sin que se ejerciera coerción sobre ellos; con tanta espontaneidad, en fin, como salen para ir a la cancha de fútbol o al cine. Pero si cada obrero actuó espontáneamente —es decir sin que se le obligara a ello— la clase obrera como clase no se movilizó espontáneamente ni fue esa una movilización autónoma, porque la iniciativa del movimiento no provino de la clase obrera, la conducción no estuvo en manos de la clase obrera, y la clase obrera no tuvo otro papel que el de vitorear a Perón en Plaza de Mayo. Mientras las masas acampaban en Plaza de Mayo y la Curia les daba su bendición y algunos alimentos, el control de los sucesos estaba en manos de los militares y burócratas que en la Casa Rosada y en los ministerios negociaban el retorno de Perón. El Ejército, la Policía y la Iglesia junto con los políticos peronistas, movían los hilos y amenazaban con desatar la furia de las masas que aguardaban en Plaza de Mayo. Pero lo cierto es que las masas no daban indicio alguno de estar furiosas y su único gesto contrario al orden burgués y a las buenas costumbres consistió en refrescar sus pies en la Plaza de Mayo. La verdadera y decisiva derrota de la coalición antiperonista fue anterior al 17 de octubre; ocurrió dos días antes cuando perdió el control de la calle en los sucesos de Plaza San Martín. Pero la pérdida no frente a la clase obrera, sino frente a la Policía Federal que ametralló la concentración antiperonista sin que el ejército ni la marina movieran un dedo para defenderla. Allí quedó sellada la suerte del golpe antiperonista de octubre de 1945. Las masas obreras fueron llamadas después... para completar el triunfo político, cuando ya lo decisivo estaba resuelto. Igual método empleó Perón en septiembre de 1951 cuando el conato del general Menéndez, y en junio de 1955 cuando el ensayo general de la Revolución Libertadora. Es decir: el control de los sucesos se confiaba al Estado, al Ejército, a la burocracia. Después las masas eran llevadas a la plaza para aplaudir, cantar y vitorear.

6.6 En resumen: el 17 de octubre de 1945 la clase obrera estuvo en la calle. Pero el 17 de octubre no fue una movilización revolucionaria de la clase obrera como reza la mitología. Las masas fueron sacadas a la calle por los agentes del orden burgués; no contra su voluntad, por cierto, porque los obreros querían a Perón. En octubre de 1945 el proletariado argentino fue movilizado para aplastar un golpe de estado pronorteamericano y para defender a un gobierno que preservaba el ordenamiento tradicional de la Argentina, semicolonía de Inglaterra. Ese fue el contenido “nacional revolucionario” del 17 de octubre.

Desde luego, independientemente de su contenido real, la jornada del 17 de octubre puede ser elevada por las alternativas de la lucha de clases a la categoría de símbolo y como tal inspirar en las masas un alto grado de combatividad y aun de enfrentamiento con el orden imperante. Pero, hasta hoy, el símbolo no ha logrado movilizar a nadie.

7. Quietismo, disciplina, unidad

7.1 La clase obrera argentina evidencia un altísimo grado de disciplina sindical en su forma más elemental, como acatamiento estricto de las instrucciones impartidas por los dirigentes. En verdad, se trata de una disciplina casi militar. No en el sentido de que vaya impuesta por la fuerza física, sino en cuanto se ejerce autoritariamente de arriba hacia abajo, con nula participación de la masa en la elaboración de las decisiones tomadas en la cúspide, ya sea respecto a la fijación de objetivos o a la elaboración de estrategias y tácticas, con mínima elucidación ante la base del porqué de las decisiones, y desestimulando y aun reprimiendo toda acción de la base que se aparte de las instrucciones recibidas, así se trate de acciones que resulten eficaces para la obtención del objetivo declarado.

Semejante disciplina hace de la clase obrera argentina una excelente masa de maniobra para uso de la dirección sindical. Pero, obviamente, esa disciplina a la vez expresa y refuerza el quietismo y el conservadurismo de la clase.

7.2 Otra característica destacada de la clase obrera argentina es su apreciable grado de unidad sindical y política.

La unidad sindical nació como subproducto de la necesidad que tuvo el Estado peronista de controlar al movimiento obrero, para arrojárselo como compacta masa de maniobra en la arena política. Esta unidad sindical ha fortalecido la capacidad obrera de negociación frente a los patrones, pero, en la misma medida, ha reforzado el quietismo de la clase, eliminando toda posibilidad de competencia militante entre distintas corrientes sindicales. (Algunos dirigentes empresarios procuran destruir la unidad sindical porque así esperan disminuir la capacidad de negociación de los sindicatos y no temen los excesos activistas a que puede conducir la pluralidad sindical pues para tal eventualidad confían en el poder represivo del Estado. En cambio otros sectores empresarios prefieren la unidad sindical, pues temen menos la fuerte capacidad de negociación del sindicato único que el activismo militante a que puede conducir la pluralidad de sindicatos¹).

7.3 En cuanto a la unidad política de la clase obrera consistente en su apoyo al peronismo, es este el exponente más obvio de su conservadurismo.

El fetichismo de “la unidad” ha sido y es celosamente cultivado por la burocracia sindical y por Perón, precisamente en cuanto caldo de cultivo y firme garantía del quietismo y conservadurismo de la clase².

1 “Soy decidido partidario del sindicato único. En cambio los opositores desean tres o cuatro sindicatos. La ventaja de la unidad reside en que cuando el sindicato es serio tratar un problema específico es fácil. En cambio, cuando existen tres o cuatro asociaciones la competencia entre ellas crea serias dificultades”. —Alvaro C. Alouaraz, declaraciones en *La Razon*, Bs. As. agosto 20 1964.

2 “Algunos camaradas nos preguntaron, no sin indignación: ¿Estaría usted contra la unidad orgánica?”
“No, no estamos contra la unidad. Pero estamos contra el fetichismo, la superación y la guerra. La unidad en sí misma no resuelve nada. La socialdemocracia austriaca reunía a casi

8. Clase obrera y burocracia sindical

8.1 Las características de conservadorismo y quietismo se manifiestan con fuerza particular en el sector más organizado, más articulado, de la clase obrera, que es la dirección sindical en todos sus niveles —desde los delegados de sección hasta el secretario general de la CGT.

Eso no implica que la dirección sindical sea un todo homogéneo, o que ella y la clase constituyan un bloque homogéneo. En el modo de vida, en las actitudes y en la conducta, existen diferencias entre los distintos niveles de la dirección sindical, y entre la dirección sindical y la clase en su conjunto. Pero esas diferencias transcurren dentro del marco de conservadorismo y quietismo que es común a toda la clase. Los diversos antagonismos, conflictos y rupturas en el seno de la clase y de la dirección, nunca hasta ahora han derivado en ruptura del consenso conservador y quietista.

8.2 Pero ¿es que el quietismo y el conservadorismo son características de la clase obrera argentina en su conjunto, o se trata más bien de características propias de la burocracia sindical, que ésta impone a toda la clase?

Los enemigos de izquierda de la burocracia sindical afirman que ésta frena permanentemente, traiciona y desbarata los impulsos combatientes de la clase. Los enemigos de derecha, por el contrario, presentan a la dirección sindical como un factor de agitación que mediante violencia y engaño saca a la masa obrera de su espontánea pasividad. Por su parte, los apologetas de la burocracia proclaman, con el reciente espaldarazo de la sociología académica¹, que la burocracia sindical funciona como fiel intérprete de los intereses y aspiraciones de la clase en su conjunto, contraponiéndose a ésta sólo en la medida en que, funcionalmente, los dirigentes de una organización de masas difieren de la base por su experiencia y visión más globales.

La verdad es que, pese a las ilusiones de los sociólogos, las relaciones entre la clase obrera y la burocracia sindical no pueden ser descritas como una mera diferenciación de funciones, pues entre la clase obrera y la burocracia existe además una diferencia de intereses. La burocracia es un estrato privilegiado; y si sólo puede conservar sus privilegios a condición de satisfacer algunas necesidades de la clase, sólo ve esas necesidades a través del prisma de sus propios privilegios, y subordina los intereses de la clase —no sólo lejanos “intereses históricos” que la clase no percibe,

sino inmediatos intereses económicos— a la conservación y/o acrecentamiento de sus propios privilegios. La burocracia sindical actúa según la regla básica del burocratismo: subordinar los intereses de las causas a los intereses de la carrera.

Como toda burocracia, la sindical siente que el mundo entero existe para ser manipulado, y en particular su mundo específico, que es la clase obrera. Por ello, aparte de la pérdida de sus privilegios, lo que más teme la burocracia sindical es la movilización autónoma de la clase obrera.

Por otra parte, desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera en cuanto agente de cambio histórico, resulta obvio que la burocracia sindical refleja mucho menos al proletariado que a la clase dominante.

Y sin embargo no se ajusta a la realidad la descripción izquierdista de la burocracia sindical argentina como freno permanente a los impulsos de la clase obrera. Dado el quietismo y conservadorismo de la clase, la burocracia no tiene nada que frenar.

8.3 Todas las “oposiciones sindicales” exitosas surgidas en el seno de los sindicatos desde 1945 hasta el presente han probado ser tan quietistas y conservadoras como las direcciones que venían a reemplazar. Y, lo que es más importante, ninguna de esas oposiciones conquistó el poder sindical agitando un programa o desarrollando una actividad que rompiera con los moldes tradicionales de quietismo y conservadorismo.

En 1955 la Revolución Libertadora satisfizo su vocación y mandato esencialmente antiobrero barriendo militarmente a la burocracia sindical de entonces —cuyo quietismo y conservadorismo eran tan sólo naturales, tratándose de una burocracia digitada e incubada desde el Estado, sin otra tradición militante que las maniobras y contramaniobras en las antecámaras de la Presidencia de la Nación. Pero la nueva burocracia sindical surgida después de 1955, educada en la tradición de la antigua, compartiendo la misma ideología e identificada con idéntica dirección política, se reveló tan quietista y conservadora como la burocracia imperante en el período 1946-1955.

Con una diferencia importante, derivada de su característica de burocracia independiente del Estado, y de la pérdida de posiciones de la clase obrera en el reparto de la renta nacional. Surgida por elección desde abajo y no por digitación desde el Estado, enfrentada a un Estado ora hostil, ora conciliador, pero que en ningún caso le otorgaba el privilegio de casta estatal de que gozaba bajo el peronismo, y dada la situación económica que endurecía la presión empresarial sobre la clase obrera, la burocracia encumbrada después de 1955 ha debido apelar con cierta frecuencia —o mejor dicho: hacer como si apelara— a métodos clásicos del movimiento obrero (huelgas, paros, ocupaciones de fábrica). Pero ello estimulando siempre el quietismo de la clase, y compartiendo y estimulando su conservadorismo, por comisión consciente de una po-

lítica de conciliación de clases, y por omisión, mitad consciente y mitad inconsciente, de todo intento de educar a la clase obrera en pautas de conducta distintas a la rutina habitual.

En las ocasiones en que la clase obrera evidencié alguna tendencia a alejarse un tanto del quietismo —entre octubre y noviembre de 1955, cuando todos los sindicatos fueron declarados en estado de asamblea, o en enero de 1959— la actuación de la burocracia sindical, mezcla de ineptitud y perfidia, fue decisiva para extirpar esos brotes y lograr que la clase retornara al quietismo.

9. La base de sustentación del quietismo y del conservadorismo

9.1 ¿Cuáles son las bases en que se sustentan el quietismo y el conservadorismo de la clase obrera argentina? ¿Dónde hunden sus raíces? La respuesta debe buscarse en sus condiciones de vida, pero sobre todo en la historia de la clase.

La clase obrera industrial, urbana, en particular la que se halla concentrada en los grandes establecimientos fabriles, posee un nivel de ingresos relativamente alto comparado con el de los restantes trabajadores asalariados del campo y de la ciudad, y aun con sectores pauperizados de la clase media, tales como los jubilados, pensionistas y empleados administrativos no sindicalizados. Ello proviene de la fuerte capacidad de negociación de la clase obrera, derivada de su poderío sindical, que le permite obtener una participación en las elevadas ganancias monopolistas que la sobreprotegida industria argentina extrae del atraso general del país. De este privilegio se beneficia no sólo un pequeño estrato de trabajadores calificados, sino la clase en su conjunto, aunque desde luego los beneficios son mayores para los obreros calificados de algunas industrias que trabajan para el mercado interno a la sombra de una altísima protección y/o en condiciones de oligopolio. Tal el caso típico de la industria automotriz.

La alta tasa de ganancia, los superbeneficios monopolísticos y la inflación crónica, permitieron y permiten a la burguesía industrial otorgar a la clase obrera salarios directos e indirectos relativamente altos, sin oponer excesivas resistencias capaces de exigir un alto grado de combatividad por parte de los obreros. Esta situación ha estimulado necesariamente el quietismo del proletariado, su confianza en la posibilidad de alcanzar todos sus objetivos económicos de modo pasivo, mediante la capacidad negociadora de la burocracia sindical. Y ha estimulado también una mentalidad conservadora favorable a la conciliación de intereses entre obreros y patronos, mentalidad que de algún modo refleja la real comunidad de intereses que existe entre obreros y empresarios industriales en cuanto ambos se benefician de una estructura económica que genera altas ganancias y altos salarios industriales en perjuicio absoluto de los estratos pequeño burgueses de ingresos fijos y en detrimento relativo de los empresarios y trabajadores agropecuarios.

9.2 Para la masa de trabajadores que llegaron a la industria de Capital Federal y Gran Buenos Aires provenientes del interior del país, incluso para aquellos que acamparon permanentemente en las villas miseria, el acceso a la industria implica un sustancial incremento en su nivel de ingresos y apreciable mejora en sus condiciones de vida. Estos obreros, a la vez que sin lucha ni necesidad de ella obtuvieron altos salarios y otros beneficios económicos, adquirieron cosas e ilusiones de adquirir más cosas; desde bebidas y trajes hasta terrenos y televisores. Todo lo cual otorgó base material a una ideología conservadora que, además, era estimulada sin cesar por todo el aparato ideológico de la sociedad, y en particular por los líderes y organizaciones más influyentes sobre el proletariado, es decir: Perón y los sindicatos.

9.3 Pero tanto o más importante que los beneficios económicos de que disfruta, los cuales a partir de 1955 tienden a reducirse cada vez más, es el hecho de que esos beneficios arribaron como dádiva paternal de un gobierno bonapartista, y de que el proletariado fue organizado sindicalmente en una institución que se constituyó y funcionó como apéndice estatal del gobierno bonapartista¹.

9.4 No existe relación inmediata directa entre el nivel de ingresos o el monto de beneficios económicos sociales de que disfruta una clase y el grado de su conservatismo y quietismo. De ahí que en la Argentina —y no sólo en la Argentina— gremios de clase media como los médicos, los maestros, los bancarios, desplieguen en sus movimientos huelguísticos una combatividad militante igual o mayor que la desplegada por la clase obrera. Por lo tanto, no puede afirmarse en abstracto que cuanto más miserable sea la situación de una clase mayor será su combatividad y su antagonismo hacia el orden social imperante. Por ello, en fin, no puede postularse que los sectores más explotados y pauperizados de la clase trabajadora —obreritos rurales y semirurales del noroeste, por ejemplo— sean por el solo hecho de su miseria, o independientemente de la coyuntura histórica, potencialmente más revolucionarios que el proletariado fabril.

En verdad el quietismo y conservadorismo de la clase obrera argentina no se originaron solamente en el monto de los beneficios económicos y sociales recibidos, ni es el monto de estos beneficios lo que perpetúa el quietismo y el conservadorismo. Ambas características surgieron en virtud de la estructura económica del país —que posibilitaba una ligera redistribución de la renta nacional en beneficio de los asalariados, sin conmociones sociales— y de la peculiar coyuntura

1 Ver Torcuato S. Di Tella, *El Sistema Político Argentino y la Clase Obrera* (EUDESA), Bs. As., 1964.

todo el proletariado, pero sólo para conducirlos a la ruina. El Partido Laborista belga tiene derecho a llamarse el único partido del proletariado, pero esto no le impide marchar de capitulación en capitulación. Sólo personas incurablemente ingenuas pueden esperar que el Partido Laborista, que domina completamente al proletariado británico, sea capaz de lograr la victoria. Lo que decide la cuestión no es la unidad en sí misma sino su contenido político real.” — Trotsky, *Whither France*, (Pioneer Publishers, New York 1936) p. 108.

1 Son pertinentes las palabras de Marx respecto a la política bonapartista de Bismarck: “Por otra parte, el apoyo del gobierno real prusiano... no tiene valor alguno como medida económica, pero en cambio extiende el sistema de la tutela, corrompe un sector de los obreros y castra el movimiento”. — Marx-Engels, *Correspondencia* (Ed. Problemas, Bs. As. 1916) p. 208.

—prosperidad económica y gobierno bonapartista— en que esos beneficios arribaron a la clase obrera¹.

10. Una clase obrera confiada en que "Dios es criollo"²

10.1 Los colonizadores españoles que llegaron al Río de la Plata tuvieron en un principio que esforzarse por subsistir, pero sólo en principio. Después pampa y vacas hicieron lo suyo. ¿Para qué arañar la tierra? ¿Para qué salir a afrontar río y mar, si la Pampa servía cueros y carne que el mercado mundial reclamaba con tanta avidez como el metal de Potosí o el tabaco de Virginia? Pronto los colonizadores rioplatenses descubrieron que el camino de la fortuna no requería conquistar indios ni importar esclavos. Bastaba con acaparar tierras, no por la tierra misma, sino por las vacas que sobre ella crecían solas. Así nació, creció y se enriqueció a pasos de siete leguas, una oligarquía propietaria de tierras y vacas, y una burguesía comercial íntimamente vinculada a ella por lazos de sangre y capital, que amontonaban cueros primero, carne y lana después, y los exportaban acumulando capitales que se reproducían automáticamente. Estas clases vivían pendientes de la exportación, y su enriquecimiento no les exigía ni la iniciativa del burgués industrial ni el trabajo personal del granjero. El ganado se reproducía para ellas, y ellas juntaban tierras para el ganado. La oligarquía estanciera y comercial se apropió así de las riquezas de la pampa, y con ellas

edificó una civilización ganadera, basada mucho menos en el trabajo productivo del hombre que en la prodigalidad de la naturaleza.

Pese a su carácter atrasado, esa civilización ganadera fue tan próspera que hasta omnubrió la conciencia de que la Argentina era un país atrasado, haciendo concebir la ilusión anacrónica de que en base a la economía vacuna podía construirse una gran nación moderna. "Antes —escribía José Hernández tan tarde como en 1874— no se admitía la idea de un país civilizado sino cuando había recorrido los tres grandes períodos del pastor, agricultor y fabril. En nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la provincia de Buenos Aires y las demás del litoral argentino, puede, no obstante, ser tan respetable y civilizado como el que es rico por la perfección de sus fábricas".

10.2 Sobre tales bases y con esas ilusiones se desarrolló y enriqueció una clase dominante cuya prosperidad no requirió excesiva imaginación o esfuerzo, ni para desarrollar sus empresas, ni para explotar a las clases trabajadoras, ni para obtener la sumisión y conformidad de los explotados. Una clase dominante, pues, que naturalmente hubo de dar en pensar que "Dios es criollo", es decir, que todas las clases sociales podían alcanzar sus objetivos sin un esfuerzo demasiado serio y continuado. Al calor de esta ilusión, que para ellos era una realidad palpable, los estancieros argentinos cultivaron con empeño el arte advenedizo de tirar manteca al techo. El bonapartismo peronista, muellemente respaldado en la prosperidad generada por la guerra y posguerra, utilizó todos los recursos del Estado para darle a la clase obrera, y muy particularmente a la privilegiada burocracia sindical, los recursos económicos y la psicología necesarios para tirar también ellos manteca al techo —aunque, claro está, en escala infinitamente pequeña con relación a los standards de la clase dominante. El Estado bonapartista resultó así para la clase obrera argentina, en un momento crucial de su desarrollo, el equivalente de lo que fueron la fertilidad de la Pampa y de las vacas para los estancieros, o la protección aduanera y la inflación para los industriales: un medio de progreso económico fácil, logrado más bien como regalo de Dios que como producto de un esfuerzo sostenido.

De tal modo el bonapartismo peronista desarrolló y arraigó profundamente en la clase obrera actitudes favorables hacia el orden social, las cuales se expresan de modo concentrado en la ideología de la unidad de clases, de la comunidad de intereses entre obreros, capitalistas, militares y funcionarios. Es un hecho que luego de 1955 la clase obrera perdió algunos de los beneficios que le fueron dados, pero la pérdida no ha sido tan grande o tan dramática como para ser percibida de modo tal que conmoviera las actitudes existentes y su expresión ideológica. Se requirió la crisis de 1929 y la desintegración del mercado mundial para sacudir la confianza de la clase dirigente argentina en que la Pampa, las vacas y Dios eran garantía harto suficiente de su perpetuo enriquecimiento. El futuro

dirá qué concatenación de hechos se requiere para sacudir el temperamento quietista³, la confianza de la clase obrera en que puede marchar ordenadamente del trabajo a casa y de casa al trabajo, puesto que su bienestar y prosperidad están garantizadas por el Estado benefactor y por la habilidad de la burocracia sindical para maniobrar entre patrones, militares y funcionarios.

11. Pesimismo y optimismo

11.1 Estas observaciones sobre la clase obrera argentina no se proponen ser edificantes, y han sido formuladas sin preocupación alguna por los grados de pesimismo u optimismo que puedan estimular en revolucionarios necesitados de fe militante o en conservadores ávidos de orden⁴. Sin embargo, parece oportuno insertar dos palabras para este tipo de lectores.

Para los revolucionarios marxistas que confían en la clase obrera como agente de cambio histórico, el conservadorismo y quietismo actuales de la clase obrera argentina no ofrece motivo alguno de entusiasmo. Re-

quiere, en cambio, una buena dosis de madurez y firmeza, por el estilo de los que revelaba Lenin cuando escribía: "Si no sabemos elaborar una táctica política, un plan de organización que suponga necesariamente un trabajo muy prolongado y que al mismo tiempo garanticen, a través del proceso de este trabajo mismo, la disposición de nuestro partido de permanecer en su puesto y cumplir su misión en presencia de cada acontecimiento inesperado, de cada aceleración del curso de los acontecimientos, si no hacemos esto nos revelaremos pura y simplemente como unos miserables aventureros políticos... (pues) el objetivo de la socialdemocracia es la transformación radical de las condiciones de vida de toda la humanidad y por eso mismo los socialdemócratas no se dejarán desconcertar por la larga duración de su trabajo".

Desde luego, el reconocimiento del conservadorismo y quietismo actuales de la clase obrera sólo puede generar pesimismo en quienes alimentan su optimismo revolucionario con el menguado combustible de una confianza irracional en el triunfo inmediato o cercano. Y, sobre todo, puede generar pesimismo en quienes se acercan al proletariado con un criterio estrictamente local y ven a la clase obrera únicamente como clase de la sociedad argentina, no como integrante del proletariado universal⁵.

En cuanto a los conservadores propensos a derivar tranquilidad de la presente condición de la clase obrera argentina, cabe recordarles que todo lo que existe merece perecer, y a su debido tiempo perece. FIN

1 "El marxismo no ignora en modo alguno factores tales como la tradición y el temperamento nacional. La dirección fundamental del desarrollo histórico, por supuesto está determinado por el progreso de la lucha de clases, pero las formas de este desarrollo, su ritmo, etc. pueden variar apreciablemente bajo la influencia del temperamento y la tradición nacional, los cuales han sido ellos mismos formados en el pasado bajo la influencia del progreso de la lucha de clases". — Trotsky, *Whither France*, p. 59.

2 "¿Años el primer deber de quien busca la verdad no es avanzar directamente sobre la verdad, sin mirar a izquierda ni a derecha? La verdad es tan poco discreta como la luz. Si la discreción constituye el carácter de la investigación, ello es índice del temor que se tiene a la verdad, más bien que índice del temor que se tiene al error. Es un medio que paraliza cada vez que se da un paso adelante: Gracias a ella, la investigación experimenta obligatoriamente un santo temor de descubrir el resultado: es un preservativo contra la verdad". — Marx, *Oeuvres Philosophiques* (Costes Editeur, París 1927) p. 127.

3 Lenin, *¿Qué Hacer?* (Claridad, Bs. As., 1946) p. 176. En enero de 1917 Lenin decía en una conferencia que era dudoso que su generación —tenía entonces 46 años— viviera lo suficiente "para ver las batallas decisivas de la próxima revolución" [rusa]. ¿Se imagina alguien a Lenin "pesimista"? Ver Lenin, *Sochineniya*, XIX p. 357.

4 Para el marxista ninguna cuestión de importancia puede encerrarse en un marco nacional. Ante los ojos de un Lenin el mundo aparece como un solo campo de combate en que los distintos pueblos y clases sociales sostienen una guerra gigantesca.

1 Tradicionalmente los revolucionarios marxistas han considerado como agente de cambio histórico al proletariado industrial, y han centrado su trabajo político sobre los obreros fabriles y no sobre los trabajadores más pobres del campo y de la ciudad. "Nuestra labor, ante todo y sobre todo, se dirige hacia los obreros de la fábrica, de la ciudad. La socialdemocracia rusa no debe desperdiciar sus fuerzas, sino concentrarlas para actuar entre el proletariado industrial... Pero... no queremos decir con ello, ni mucho menos, que se desentienda de... ese proletariado industrial diseminado fuera de las fábricas, en las ciudades y aldeas y cuyas condiciones de vida son mucho peores... Los socialdemócratas rusos consideran inoportuno dirigir sus fuerzas hacia los artesanos y obreros agrícolas... No es práctico, enviar agitadores a los artesanos y obreros agrícolas, mientras quede por realizar tal cantidad de trabajo entre los obreros fabriles de la ciudad... Están profundamente equivocados los que acusan a la socialdemocracia rusa de... desconocer la masa de la población trabajadora, por atender sólo a los obreros fabriles. Por el contrario, la agitación en las capas avanzadas del proletariado es el camino más seguro, el único camino para conseguir también el despertar de todo el proletariado ruso". — Lenin, *Las tareas del socialdemócrata ruso* (Luzitars, Bs. As. 1946) pp. 125-26.

2 "Recordamos como hace medio siglo, el democrata ruso Chernichevsky, dando su vida por la revolución, decía: «Triste nación, nación de esclavos de arriba a abajo todos esclavos». Los esclavos rusos, los que lo son abiertamente y los que lo son de manera disimulada no quieren acordarse de estas palabras. Sin embargo, para nosotros, esas eran las palabras de un verdadero amor por la patria, de un amor nostálgico a consecuencia de la falta de espíritu revolucionario en las masas de la población rusa". — Lenin, *Sobre el Orgullo Nacional de los Rusos*, *Sochineniya*, XVIII, p. 81.

La Evolución
Industrial y la
Clase Empresaria
Argentina

FICHAS Nº 1, abril 1964

Wright Mills

FICHAS Nº 2, julio 1964

La Clase Obrera:
Mito y Realidad
del Proletariado

FICHAS Nº 3, setiembre
1964

La Argentina
Moderna:
Dinámica del
Estancamiento

FICHAS Nº 4, aparecerá en
noviembre 1964

El Modelo
Maoista
de Revolución y
de Acumulación
Primitiva

FICHAS Nº 5, aparecerá en
enero 1965

Fichas
de Investigación
Económica
y Social



LA ARGENTINA MODERNA: DINAMICA DEL ESTANCAMIENTO

MODERNIZACION
Y ATRASO

El problema de hacer de la Argentina una nación moderna —planteado por Sarmiento en términos de “civilización o barbarie”— aún no ha sido resuelto. El país se ha modernizado, pero su retraso respecto a los países avanzados es mayor hoy que en los días de Sarmiento. ¿Cuáles son las bases sociales del atraso? Tal es el tema del número 4 de FICHAS.

FERROCARRILES
Y ESTANCIEROS

La propiedad de la red ferroviaria, sumada a otros factores, dio a Gran Bretaña una posición hegemónica en la sociedad argentina, hegemonía compartida por la élite dirigente criolla. Esta vinculación generó el mito de “la indestructible solidaridad de intereses entre los estancieros y los ferrocarriles ingleses”, y otros mitos suplementarios, tales como “el Banco Central creado por el experto inglés Niemeyer” —e incluso el mito de “la revolución pro británica de 1955”. El número 4 de FICHAS aporta materiales relativos a esos mitos. Ellos indican que el gobierno que nacionalizó los ferrocarriles fue, paradójicamente, el último gobierno pro-británico en la historia argenti-

CLASES Y
METROPOLIS

¿Dependencia: ¿Autonomía?
¿Cuál es la naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis del mundo capitalista? A estos interrogantes apuntan varios trabajos a publicarse en el número 4 de FICHAS DE INVESTIGACION ECONOMICA Y SOCIAL. Aparece en la segunda quincena de noviembre.